

EL CANTO DEL VIENTO

(ATAHUALPA YUPANQUI)

Corre sobre las llanuras, selvas y montañas, un infinito viento generoso.

En una inmensa e invisible bolsa va recogiendo todos los sonidos, palabras y rumores de la tierra nuestra. El grito, el canto, el silbo, el rezo, toda la verdad cantada o llorada por los hombres, los montes y los pájaros van a parar a la hechizada bolsa del Viento.

Pero a veces la carga es colosal, y termina por romper los costados de la alforja infinita.

Entonces, el Viento deja caer sobre la tierra, a través de la brecha abierta, la hilacha de una melodía, el ay de una copla, la breve gracia de un silbido, un refrán, un pedazo de corazón escondido en la curva de una vidalita, la punta de flecha de un adiós bagualero.

Y el viento pasa, y se va. Y quedan sobre los pastos las "yapitas" caídas en su viaje.

Esas "yapitas", cuentas de un rosario lírico, soportan el tiempo, el olvido, las tempestades. Según su condición o calidad, se desmenuzan, se quiebran y se pierden. Otras, permanecen intactas. Otras, se enriquecen, como si el tiempo y el olvido -la alquimia cósmica- les hicieran alcanzar una condición de joya milagrosa.

Pero llega un momento en que son halladas estas "yapitas" del alma de los pueblos. Alguien las encuentra un día. ¿Quién las encuentra? Pues los muchachos que andan por los campos por el valle soleado, por los senderos de la selva en la siesta, por los duros caminos de la sierra, o junto a los arroyos, a junto a los fogones. Las encuentran los hombres del oscuro destino, los brazos zafreos, los héroes del socavón, el arriero que despedaza su grito en los abismos, el juglar desvelado y sin sosiego.

Las encuentran las guitarras después de vencido el dolor, meditación y silencio transformados en dignidad sonora. Las encuentran las flautas indias, las que esparcieron por el Ande las cenizas de tantos yaravíes.

Y con el tiempo, changos, y hombres, y pájaros, y guitarras, elevan sus voces en la noche argentina, o en las claras mañanas, o en las tardes pensativas, devolviéndole al Viento las hilachitas del canto perdido.

Por eso hay que hacerse amigo, muy amigo del Viento. Hay que escucharlo. Hay que entenderlo. Hay que amarlo. Y seguirlo. Y soñarlo. Aquel que sea capaz de entender el lenguaje y el rumbo del Viento, de comprender su voz y su destino, hallará siempre el rumbo, alcanzará la copla, penetrará en el Canto.

TIEMPO DEL HOMBRE

La partícula cósmica que navega en mi sangre
es un mundo infinito de fuerzas siderales.
Vino a mí tras un largo camino de milenios
cuando, tal vez, fui arena para los pies del aire.

Luego fui la madera. Raíz desesperada.
Hundida en el silencio de un desierto sin agua.
Después fui caracol quién sabe dónde.
Y los mares me dieron su primera palabra.

Después la forma humana desplegó sobre el mundo
la universal bandera del músculo y la lágrima.
Y creció la blasfemia sobre la vieja tierra.
Y el azafrán, y el tilo, la copla y la plegaria.

Entonces vine a América para nacer en Hombre.
Y en mí junté la pampa, la selva y la montaña.
Si un abuelo llanero galopó hasta mi cuna,
otro me dijo historias en su flauta de caña.

Yo no estudio las cosas ni pretendo entenderlas.
Las reconozco, es cierto, pues antes viví en ellas.
Converso con las hojas en medio de los montes
y me dan sus mensajes las raíces secretas.

Y así voy por el mundo, sin edad ni destino.
Al amparo de un Cosmos que camina conmigo.
Amo la luz, y el río, y el silencio, y la estrella.
Y florezco en guitarras porque fui la madera.

A. Y.

1.

LA LEYENDA Y EL NIÑO

De todos los cuentos y leyendas que de niño escuché esta leyenda del Viento fue la inolvidable. Se metió en mis venas quemándome la sangre, sumándose a mi vida para siempre.

La narraban los únicos hombres capaces de contar cosas universales: la peonada de las viejas estancias, los estibadores que volaban sobre los tablones con su carga de trigo o de maíz, el paisanaje de las esquilas en esos octubres de nubes redondas como vellones dispersos por el cielo, los gauchos que cruzaban aquellas pampas abiertas, donde las leguas sólo podían ser vencidas por la espuela y el galope.

Los días de mi infancia transcurrían, como la de todos los changos, de asombro en asombro, de revelación en revelación. Nací en un medio rural, y crecí frente a un horizonte de balidos y relinchos. Los espectáculos que exaltaban mi entusiasmo no consistían en mecanos, rompecabezas, volantines o barriletes. Era un mundo de brillos y sonidos dulces y bárbaros a la vez. Pialadas, vuelcos, potros chúcaros, yerras, ijares sangrantes, espuelas crueles, risas abiertas, comentarios de duelos, carreras, domas, supersticiones, mil modos de entender las luces malas y las cosas del "destino escrito". En aquellos pagos del Pergamino nací, para sumarme a la parentela de los Chavero del lejano Loreto santiagueño, de Villa Mercedes de San Luis, de la ruinosa capilla serrana de Alta Gracia. Me galopaban en la sangre trescientos años de América, desde que don Diego Abad Martín Chavero llegó para abatir quebrachos y algarrobos y hacer puertas y columnas para iglesias y capillas, y de cuyos contratos quedan algunos papeles revisados por el Dr. Lizondo Borda y transcritos en sus *Documentos coloniales del Tucumán*, obra publicada por la Universidad tucumana hace veinticinco años. Por el lado materno vengo de Regino Haram, de Guipúzcoa, quien se planta en medio de la pampa, levanta su casona, y acerca a su vida a los Guevara, a los Collazo, gentes "muy de antes", cobrizos, primitivos y tenaces, con mujeres que fumaban en pipas de yeso a la hora crepuscular, cerca de la amplísima cocina donde se refugiaban algunos corderos "guachos".

Todo ese mundo, paz y combate en mis venas entre indianos, vascos y gauchos, determinaban mis alegrías, mis sustos, acuciaban mi instinto de muchachito libre, me hacían crear un idioma para dialogar con los juncos de los arroyos. Cuántas veces evoco aquellos días de mi infancia, y me veo, con apenas seis años sobre mis chuncas, montado en un petiso doradillo, "en pelo", un "bocao de sogá", y galopando entre los pastizales, sintiendo en las desnudas pantorrillas el lanzazo de los cardos azules, oyendo el alerta de los teros en los bajíos, atravesando una

alameda que me hechizaba con sus extraños silbos en la tarde, llegando luego a mi casa con la bestia sudada y temblorosa de nervios y fatiga, para escuchar con una falsa actitud de arrepentimiento los reproches de mi madre, y sentirme premiado en mi "gauchismo" por la mirada seria y serena de mi padre, "tan paisano y tan sin vicios" como comentaban nuestros escasos vecinos.

Porque en mi casa paterna el tabaco y el alcohol eran desconocidos. Vivían mis mayores en una limpia pobreza, donde sólo brillaban los aperos y la decencia. Mi Tata era un humilde funcionario del ferrocarril, pero nada podía matar al gaucho nómada que había sido. Es así que siempre, en ocasión de los traslados que eran numerosos por razones de su labor, se mudaba con su familia y su tropilla. Jamás dejó de tener buena caballada, y era su placer quitarles el orgullo a los chúcaros jineteándolos con fiereza que asombraba. De ahí que nosotros, mi hermano y yo, gustáramos enhorquetarnos en un bagual al amanecer, momentos antes de partir hacia la escuela, y en un potrero, un alfalfar, nos teníamos escasos segundos sobre el chúcaro que nos hacía "mostrar el número de las alpargatas" al segundo corcovo. Y es así que solíamos llegar a nuestra clase escolar con un costado del guardapolvo teñido de verde y mojado por el rocío, amén de alguna magulladura nunca demasiado seria.

Así transcurren las horas de mi infancia, con infinitos, viajes de pocas leguas en una aventura en la que no faltaban ni el drama ni la pena, porque no todo era el libre galopar por esas pampas, o el aprendizaje de la "visteadá" con puñales de mimbre, o leer la colección *El Parnaso argentino* en voz alta, o escuchar al Tata cuando adornaba las últimas horas de los domingos tañendo su guitarra y sumergiéndose, en un bosque de vidalás que le traían tantos recuerdos de su antiguo solar santiagueño. No. También la pena comenzó a anidar en mi corazón cuando vi a Genuario Bustos, un gaucho que mucho admiraba, muerto, con tres balazos: en la espalda. Lo balearon cuando montaba en su redomón. y sólo alcanzó a decir: "¡Así! no se mata a un hombre!" Y se fue deslizándose, con el cabestro en la mano, hasta quedar inmóvil, mientras su sangre teñía los cascos del caballo. Aquello fue un impacto en mi sensibilidad, pues yo tenía otro sentido de la muerte en los hombres. Vi degollar cientos de reses, hasta bebía la sangre caliente de los novillos. Pero, pensaba que los hombres morían de otro modo, que la muerte no llegaba así, con tan desnuda violencia. ¡Genuario Bustos! He visto gauchos después. Había gauchos entonces. Pero para mí Bustos era un arquetipo del gaucho. Tenía el mismo temple y el mismo pudor de mi padre. Lo veo, llegando a mi casa, después de manear su caballo y mirarlo un rato; detenerse ante el portón e inclinarse, quitándose las espuelas y ocultando bajo su corralera el mango plateado de su daga, y luego

llamar con suave golpe, en función de visita. Por hambre que tuviera, apenas probaba algo de la comida, y bebía agua, y su discurso era brevísimo, cordial y prudente. Y allá en su casa, en su rancho de puestero era ejemplo de trabajo en los corrales, en los arreos, en el cuidado de la familia. Hasta cuando algo gracioso le producía risa, se llevaba la mano a los bigotes como frenándose para no descomponer su eterna actitud de paisano entrado en razón. ¡Genuario Bustos! Ahora, a cerca de medio siglo de su partida de este mundo, lo recuerdo y le agradezco el poncho que me echaba encima en los atardeceres de agosto, el espectáculo de su caballo tan bien enseñado, su ejemplo de hombre cabal, y la voz grave y serena que muchas veces me narraba sucedidos de la Pampa que tanto conoció.

Allá cerca de la pequeña estación ferroviaria, enclavada en el desierto, con apenas seis o siete casas y ranchos por vecindario, se levantaban los galpones donde se almacenaba el cereal que los gringos traían desde las colonias. Trigo, cebada, maíz ... En tiempos de entrega, los canchones se poblaban de carros, bueyes y caballos de tiro. Entonces aparecían, como las gaviotas sobre los surcos, los estibadores, la peonada galponera, los hombreadores de bolsas.

Todos eran criollos, en su mayoría pampeanos. Bombachas "batarazas", chiripá, o una arpillera cruzada en las caderas. Luego, gruesas camisetas, un gran pañuelo a cuadros, el eterno y deformado ex sombrero, alpargatas blancas con bordados rojos o azules. Y aun en plena tarea de hombrear, estibar, acomodar, la charla apenas se, interrumpía. Miles de refranes, de intencionadas coplas. Cuentos de carreras, inundaciones, amoríos o duelos criollos que se hilvanaban en el ir y venir de los paisanos entre los tablones y las estibas. Algunos volaban con las bolsas sobre sus hombros para no perder el final de un cuento o una respuesta ingeniosa.

Sin participar en las charlas, controlaba el estado del cereal el enviado de las compañías agrícolas, el receptor. Este personaje, "calador" en mano, enviaba su certera estocada a cada bolsa, y extraía un puñado de maíz, o de trigo, que luego observaba con mirada de entendido, durante toda la tarea.

Mi placer era subir por el resbaladizo tablón, por supuesto sin bolsa encima de mi hombro. Y más de una vez probé la dureza del suelo en esas travesuras.

Pero mi mundo alcanzaba su tono de maravilla cuando por la tarde se reunían los paisanos a la sombra del galpón, cansados pero contentos. Algunos tenían sus caballos en los potreros cercanos. Otros, "los de ajuera", se amontonaban por ahí nomás. Y era entonces cuando, con las últimas luces de la tarde, comenzaban los cuentos más serios. Y allí también, mientras a lo largo de los campos se extendía la sombra del crepúsculo, las guitarras de la pampa

comenzaban su antigua brujería, tejiendo una red de emociones y recuerdos con asuntos inolvidables. Eran estilos de serenos compases, de un claro y nostálgico discurso, en el que cabían todas las palabras que inspirara la llanura infinita, su trebolar, su monte, el solitario ombú, el galope de los potros, las cosas del amor ausente. Eran milongas pausadas, en el tono de do mayor o mi menor, modos utilizados por los paisanos para decir las cosas objetivas, para narrar con tono lírico los sucesos de la pampa. El canto era la única voz en la penumbra. Aquellos rústicos estibadores, aquellos carreros que horas antes eran puro refranes y chanzas, estaban transitando otros caminos. Cada cual iniciaba un viaje a su recuerdo, a su amor, a su pena, a su esperanza. La vida me enseñó después que muy pocos públicos serían capaces de superar en atención y calidad de alma a esos seres crecidos en la soledad pampeana.

Apretado junto a ellos, mirando sus grandes manos, sus rostros curtidos, mi corazón no viajaba. Allí estaba, frente al cantor, bebiendo sin entender mucho, las cosas que decía. Me sentía totalmente ganado por la guitarra. Este instrumento se hizo presente en mi vida desde las primeras horas de mi nacimiento. Con guitarra alcanzaba el sueño. Con una vidala, o una cifra que entretenían mi padre y mis tíos. Pero ese fogón breve de los estibadores, ese canto tan serio, tenía una magia especial. Ellos me ofrecían un mundo recóndito, milagroso, extraño. Yo no los miraba ya como heroicos proletarios de la pampa. Me olvidaba que ratos antes se llamaban Alcaraz, Montenegro, Leiva, Páez ... Eran, por obra de la música, como príncipes de un continente en el que sólo yo penetraba como invitado o como descubridor. Eran seres superiores. ¡Sabían cantar!

Así, en infinitas tardes, fui penetrando en el canto de la llanura, gracias a esos paisanos. Ellos fueron mis maestros. Ellos, y luego multitud de paisanos que la vida me fue arrimando con el tiempo. Cada cual tenía "su" estilo. Cada cual expresaba, tocando o cantando, los asuntos que la pampa le dictaba. Y la llanura posee una inacabable sabiduría. Eso lo sabían muy bien esos gauchos de aquel tiempo. Nada inventaban. Sólo transmitían. No eran creadores. Eran depositarios y mensajeros del canto de la llanura, misterioso, heroico, melancólico, gracioso o apenado, según el tema.

Es que esos hombres hablan penetrado en la leyenda del Canto del Viento. Ellos habían trajinado los caminos sobre los que el viento había dejado caer las hilachitas de muchas melodías, de cantos de coplas, de misterios. Y en las tardes, luego del trabajo, le devolvían al Viento los cantares perdidos, y aun le entregaban otros, nuevos y viejos. Y yo, muchachito libre, niño de campo abierto, chango arropado de silencios tímidos, era testigo de ese ritual sagrado: El hombre, carne de pueblo, levantando de los pastos un canto. abrigándolo con su

amor y su sueño, lavándolo con su esperanza, y usando como un arco la guitarra, lo devuelve al viento para que lo lleve lejos, en su vuelo infinito y misterioso. Sin yo saberlo, en ese instante hechizado de la recuperación del canto, se estaba delineando en mi corazón el rumbo cabal de mi Destino.

Cuando el largo silbido inconfundible de mi padre ordenábame el retorno a la casa, yo abandonaba la rueda de paisanos, cruzaba lentamente las muertas vías que brillaban bajo la luna nueva, y al entrar a mi cuarto me tendía sobre mi pequeño catre de tientos, sintiendo que el corazón me dolía de tantas emociones.

II

EL CACIQUE BENANCIO

Un rostro de oscura greda, burilado por el viento, tenía el Cacique Benancio. Hombre grande, en cuyas manos un rebenque parecía una fusta. Vestía como el más pobre de los paisanos, con su viejo chiripá desteñido, su chaleco gris ocultando la gruesa camiseta, una ancha faja, tirador de cuero y rastra plateada, y un enorme facón.

Vivía a diez leguas de Roca, entre los Toldos y Junín (provincia de Buenos Aires), donde mi padre desempeñaba sus tareas ferroviarias. Y los dos se estimaban y respetaban como buenos amigos.

Algún otro fin de semana, galopábamos como si fuéramos a despertar al sol, hacia la tolдерía - ranchos amontonados- del cacique Benancio. Cuando la mañana abría la luz, ya habíamos pasado las chacras, los campos de Olegui, y la pampa nos ofrecía angostos callejones entre los cardales.

1

Y era un gusto observar el asustado vuelo de mirlos, pirinchos, cardenales, cabecitas negras, buscando mejores paraderos bajo un sol tímido que comenzaba a pintar su paisaje de ombúes y gramillas. Margaritas pequeñas, rojas y azules, salpicaban el camino, y en las breves etapas de descanso, yo gustaba el dulzor de los "cabitos" de esas flores guardadoras de mieles pampas.

Mi padre era poco amigo de explicaciones. Pienso que tal vez prefería enfrentarse al paisaje, a los hombres, a las cosas que pueden ayudar a entender la vida, para que poco a poco yo sacara mis propias conclusiones. Tenía, sí, el buen tacto de no ofrecerme espectáculos vulgares.

Muchas veces, con una mirada o una palabra, me ordenaba alejarme de gentes que él no consideraba oportunas o dignas para mis ojos.

Me cuidaba sin que yo me percatara. Jamás tuve mejor baquiano que mi padre, en la pampa y en la vida.

Para aflojar la cincha del caballo, yo observaba su manera, y lo imitaba hasta en los menores detalles, aunque con menos eficiencia. Y luego de cinchar de nuevo, también yo daba la palmada sobre el apero y pasaba la mano amistosamente sobre el cogote del flete, para en seguida montar y emparejar la marcha al paso tranquilo. Y ese era el momento en que mi Tata deshilvanaba algún viejo tema de estilo que yo escuchaba en silencio, mientras miraba hacia adelante la inmensidad de la llanura, los teros allá en la orilla del cañadón, el vacaje ramoneando, los chajaes entropillados, y algunos flamencos somnolientos entre el salpicón de juncos, bajo un revolotear de mariposas que anunciaban tempranas primaveras.

Y llegábamos al rancherío de Benancio. Días antes, el cacique habla mandado a un hombre a mi casa, - para invitar "potranca". Allí probé por vez primera carne de potranca, asada y en puchero. En lugar de pan, una lata llena de fariña. Y para beber, caña, vino, y agua.

Rodeaban la mesa hombres y mujeres. Los niños comían aparte, pero yo era invitado especial. Los pampas comían en silencio. Sólo hablaban mi padre y Benancio. Este sorbía ruidosamente un enorme hueso caracú, y me producía gracia verlo dar tremendos golpes con el hueso en la esquina de la mesa para aflojar la médula. Yo lo observaba con un interés mezclado de temor y admiración. Miraba su larga melena lacia, peinada al medio, sus ojos pequeños y vivaces en los que brillaba siempre la autoridad. Su voz no era, en cambio, tonante, corno me había imaginado. Era ligeramente aguda, y el hombre abría mucho la boca para pronunciar las vocales. De esas visitas al rancherío del cacique Benancio, que fueron muy pocas en mi infancia, supe que era ofensa para él y su gente indicarlos como indios. Cuando se hacía menester aludir a su condición racial, Benancio, o cualquiera de los suyos, decía: Yo, ¡Pampa!, y se llevaba la mano al pecho, sin violencia, como si fuera a jurar. Benancio habla pertenecido a la tribu mayor confinada en Los Toldos, partido de General Viamonte. Se decía que por su afición a la carne de potranca, y por su audacia para robar yeguarizos, le hablan pedido el pueblo. Y el hombre se alzó con cincuenta y tantos pampas fieles a su mando.

Entre el rancherío, dentro del cual, sobre ramas y viejos lazos extendidos llameaban ponchos, ropas y carnes charqueadas, los changos y los perros armaban en la tarde una :gran algarabía que parecía no molestar a nadie.

Allí escuché una vez a alguien que tocaba la guitarra. Y no era un pampa, sino un paisano, un gaucho que hacía tiempo habla elegido ese lugar, tal vez como refugio. Como en esos años no se ofendía con la pregunta a nadie, el hombre estaba tranquilo. ¿De dónde había llegado galopando? ¿Qué cosas lo llevaron hasta el rancherío del cacique Benancio? Eso era de no averiguar. Y el paisano cumplía arando, sembrando maíz, amansando potros. Y alguna que otra vez, la guitarra le arrimaba en la tarde la sombra de alguna querencia. Porque esa virtud tiene la vihuela: Despierta antiguos duendes, desbarata el olvido, borra leguas y acerca, idealizado, el recuerdo de seres y momentos que el hombre cree haber dejado atrás para siempre.

. Es enorme el poder evocativo que se esconde en la guitarra. Es la única llave con que el paisano, puede enfrentar y vencer a los fantasmas de la soledad.

Esa tarde en la tolдерía, entre pobrísimos ranchos, la vida me regaló otro espectáculo: el del gaucho andariego, inclinado sobre el instrumento; rezando su trova, sin molestarse del bullicio de los muchachitos, ni de alguna risa guaranga de los pampas. Allí estaba el hombre, batiéndose con su propia sombra, mientras un La Menor le ofrecía las seis melgas sonoras del encordado, para que sembrara cualquier semilla, menos la del olvido. Volvimos, camino de Roca, ya muy entrada la tarde. Galopamos bastante trecho, mientras la luz auxiliaba la visión. Luego pusimos los caballos al tranco. Había niebla cerca de los cañadones. Y un cielo embrujado de azul y diamantes se extendía sobre el gran silencio de la pampa. Yo no percibía cabalmente ese silencio de la llanura. No tenía edad ni conciencia para contener las cosas del misterio cósmico. Ahora, al evocar aquellos días, comprendo que pasé por los caminos que llevan a la hondura, donde brilla la raíz de la vida como un cuarzo milagrero en la entraña de la tierra. Pero en aquellas horas sólo sentía fatiga física, y un raro sentimiento de pena y curiosidad no del todo definidas. La música escuchada me seguía, como trotando junto a mi caballo, como llenando el aire de sonos y consejas, como prendiendo en cada fleco de mi ponchito una saetilla poética, un desgarrón de trova, algo de esas voces perdidas por el viento legendario. No fueron muchos los años que viví y trajiné la pampa. Pero esos tiempos de mi infancia están bañados de magias guitarreras. En ciertas horas de este dédalo que es la existencia actual, siento la necesidad de evocar el camino andado, de medir las leguas recorridas en el tiempo, no para quedarme en ellas, sino para considerar la distancia entre la tierra y mi destino, entre el paisaje y mi corazón. Y me sumerjo entonces en aquel mundo de gauchos y paisanos y guitarras. Y regusto la miel de los estilos, la nostalgia de las pausadas milongas sureñas, el acento machazo de las cifras. Si, muchas veces, cuando esta era de profesionalismo sin mensaje expande su insubstancialidad sobre esta romántica tierra

generosa, mi corazón reclama la ayuda de aquellos recuerdos. Y vuelven a mi las vihuelas traductoras del paisaje, y escucho a los rústicos hombres de la pampa entregando sus salmos de distancia y pureza. Hombres de vigoroso brazo y decisión rápida. Hombres de coraje y con pudor. Hombres paridos por la inmensa llanura. Y sin embargo, niños, en su acercarse al misterio de la música, como quien se asoma al misterio de un jagüel para rescatar la luna.

Por aquellos días ya me había acercado a la guitarra. En una sola cuerda recorría parte del diapasón buscando armar la melodía que más me gustaba: La Vidalita.

El instrumento pertenecía a mi padre, y no nos era permitido usarlo. De manera que sólo de a ratos y a hurtadillas podía yo tocar el sencillo tema de la vidalita.

En esos tiempos llegó a Roca un cura catalán: el padre Rosáenz, sacerdote, jugador de truco, y violinista.

Mis padres resolvieron confiarme a la tercera de las virtudes de Rosáenz. Y mi cuarto comenzó a poblarse de métodos de Eslavas y Fontovas. Mi pequeño ambiente, en cuyas paredes hablan rebotado siempre los ecos de vidalitas, estilos y trovas paisanas, conoció entonces un nuevo asunto: Una voz delgada y desgana que solfeaba Redondas y Blancas y Negras en inacabable tortura. Así, todo un año, con viajes a la capilla, violín bajo el brazo. Pero una tarde el curita me pilló travesando una vidalita con todo el largo del arco. Como yo no tenía destreza para sostener el violín en la barbilla, recurrí a la pared en la que apoyé la perilla, y entonces el tema se me hacía más fácil de tocar.

Fue la primera y última vez. Fue un concierto folklórico de debut y despedida. Porque mi profesor, olvidando el latín me dijo algunas cosas en su cerrado catalán, y me dio un bofetón. Corrí a mi casa, y sólo allí pude llorar. Y no quise volver a las clases de violín. Mi pobre madre me acusaba de ser rencoroso. Pero yo no odiaba al padre Rosáenz porque me hubiera pegado a mí, sino porque había herido a la vidalita. Esto no se lo perdonaría jamás. Y nunca volví a estudiar el violín.

Y las paredes de mi cuarto volvieron a poblarse de timbres criollistas. Los ecos de la Pampa custodiarían mi sueño, y nunca osaría nadie castigar la tímida donosura de una vidalita.

Al poco tiempo mi tata me llevó a la ciudad para presentarme a un hombre, a un artista, un maestro: don Bautista Almirón.

Ese instante frente al maestro fue definitivo para mi vida, para mi vocación. Entraba yo para siempre en el mundo, de la guitarra. Aún no había cumplido ocho años, y la vida me daba un glorioso regalo: ¡Ser alumno de Bautista Almirón!

Después fui comprendiendo que la guitarra no era sólo para temas gauchescos. Su panorama musical era infinito, mágico.

Muchas mañanas, la guitarra de Bautista Almirón llenaba la casa y los rosales del patio con los preludios de Fernando Sors, de Costes, con las acuarelas prodigiosas de Albéniz, Granados, con Tárrega, maestro de maestros, con las transcripciones de Pujol, con Schubert, Liszt, Beethoven, Bach, Schumann. Toda la literatura guitarrística pasaba por la oscura guitarra del maestro Almirón, como derramando bendiciones sobre el mundo nuevo de un muchacho del campo, que penetraba en un continente encantado, sintiendo que esa música, en su corazón, se tornaba tan sagrada que igualaba en virtud al cantar solitario de los gauchos.

Ya en manos de tan colosal conductor fui estudiando a Carulli, Aguado, Costes. Solía quedarme hasta tres meses en casa de Almirón, y otras veces galopaba tres leguas hasta la ciudad para cumplir mis clases, y también para asistir a los cursos de idioma inglés con el profesor Joseph Cónlon.

En casa del maestro, una de sus hijas, Lalyta, avanzaba cada vez más segura, con buenos dedos y claro entender, en el universo guitarrístico. Menor que yo, apenas alcanzaba su pie la esquina del pequeño banquito. Pero su dedicación había de tener los mejores frutos.

Años han pasado. Muchos años. Pero el maestro Almirón tiene todo el homenaje de mi espíritu enamorado de la música. Nunca pude terminar cursos completos con él. Fueron etapas interrumpidas por mi pobreza, por estudios de otra índole, por traslados de mi gente, y por giras de concierto de don Bautista. Pero estaba el signo impreso en mi alma, y ya para mí no habría otro mundo que ese: ¡La guitarra! La guitarra con toda su luz, con todas las penas y los caminos, y las dudas. ¡La guitarra con su llanto y su aurora, hermana de mi sangre y mi desvelo, para siempre!

III

HACIA EL NORTE

“Empieza el llanto de la guitarra.

Llora. Como llora el viento
sobre la nevada.

Es inútil callarla.

Es imposible callarla...”

FEDERICO GARCÍA LORCA

Roca era una aldea en aquel tiempo. Tenía como tantos poblados de la llanura, un par de comercios, una escuela. una capilla, una cancha de pelota (cuyo bar era también sala de conciertos), un curandero y una vieja estación ferroviaria.

Luego, un vasto rancharo - cinturón de paja y adobe - con sus pequeños corrales.

Allí residían los peones, los gauchos, los jornaleros, los hombres de curtido rostro, de firme mirar, fuertes manos encallecidas, hombres de mucha pampa galopada.

Allí se desvelaban las guitarras. En las abiertas noches estrelladas, cantaban las Galván, Eran cuatro hermanas, dotadas de hermosa voz, y noche a noche adornaban su pobreza con los mejores lujos de una vidalita, o de alguna otra nostálgica canción de la llanura.

Y en el silencio de la aldea, todo parecía más bello cuando las Galván sumaban al misterio de la noche las coplas del tiempo aquél.

Suspendiendo nuestra ronda y juegos de corridas, los changos, desde el canchón de la estación ferroviaria, escuchábamos el claro y lejano canto de las Galván.

Sabíamos que se acompañaban con la guitarra, pero la voz del instrumento, más que oírse, se adivinaba en los intervalos y pausas. Sólo las cuatro voces femeninas, como emotivas enredaderas, trepaban por los hilos de la luna para devolverle al Viento los viejos cantares de la pampa ...

*Caminito largo,
Vidalitá,
de los sueños míos.
Por él voy andando,
Vidalitá,
Corazón herido ...*

Estos recuerdos duermen en mi corazón desde hace muchísimo tiempo. Alguna vez asomaron, como duendes asomados sobre la pirca de mi existencia. Sobre todo una noche, cuando escuché - hombre ya - en la plaza de Santa María de Catamarca, a un grupo de niñas cantando la Zamba de Vargas bajo la luna.

Pero este andar sobre la hermosa tierra catamarqueña ya tenla en mí otro sentido. La vida me habla soltado todos sus lobos, y yo transitaba por las sendas de América luciendo desgarrones, atajando alaridos recónditos y entrando a los montes para ocultar mi llanto.

En cambio, aquella vidalita de la infancia prolongaba la imagen de la inocencia, y todo era música para mí. Hasta el miedo se hacía música en mi corazón, porque la candidez, los cantos y el hogar me llenaban de candelas el camino.. -

Una noche los dioses pusieron en boca de mi padre la frase que habría de fijar definitivamente mi destino de chango agarrado al hechizo de la guitarra:

-¡Nos vamos a Tucumán! Esa noche, la tierra desenredó todos sus caminos para ofrecérmelos. Florecieron todas las constelaciones de mi fantasía. Mi corazón se arrodillaba ante el Viento para jurarle amor y lealtad, y sumarse a la grey de buscadores de cantos perdidos. Desde esa noche comenzaba el llanto de la guitarra.

"Es inútil callarla. Es imposible callarla. . . "

Partimos hacia el norte. No puedo precisar mis sensaciones cuando miré el potrero donde pastaban mis caballos preferidos. Y la alameda, y el callejón y los altos galpones y los paisanos trajinando.

Los pasajeros hablaban de asuntos que yo no entendía. La palabra guerra era extraña a mi mundo, aunque algo me hacía presentir su sentido terrible. Era en agosto de 1917, y un lento tren envuelto en polvaredas me llevaba hacia el norte de la Patria. Nadie hubiese sido capaz de disputarme mi lugar junto a la ventanilla, donde se me brindaban los más cambiantes panoramas.

La luz estaba llena de guitarras. Allí estaba mi academia, mi universidad. Y esa pequeña vihuela que llevaba junto a mí, parecía vibrar recibiendo quién sabe qué mensajes de amor y de pena, de gracia y soledad.

Anticipándome al embrujado coro de los coyuyos, penetré en la tierra santiagueña. Era como cavar profundo hasta hallar la raíz del árbol en cuya savia se nutrió mi sangre.

Mi Tata, comandando los anhelos de toda la familia, miraba hacia la selva en la media tarde caliente. Lo ganaba el pago hasta empañar sus ojos, mientras cruzaba ese país, de algarrobos, pencales y quebrachos. ¡Su país!

Allá en el fondo de los montes, donde el misterio doraba sus mieles, dormían las viejas vidaldas que alimentaron su corazón de quichuista.

Las pequeñas estaciones se escalonaban en la ruta. Real Sayana, Pinto, La Rubia. . .

Multitud de changos asaltaban las ventanillas ofreciendo empanadas de pollo (al segundo bocado nos tropezábamos con algún diente de vizcacha), pequeñas "catas", zorzales enmudecidos de terror, cigarrillos de chala y emplumadas pantallas.

La noche vino al fin, borrando esa pobreza que nos lastimaba, ese durar rodeado de nada, esa condición de vida que nosotros no podíamos remediar.

Cuando apuntó el alba, la tierra tucumana, como adivinando todo el amor que habla de despertar en mí, tendió sus praderas verdes, idealizó el azul de sus montañas, y levantó su mundo de cañaverales, para recibir a un chango de escasos diez años que llegaba desde la lejana pampa inolvidable, con el corazón ardiendo como una brasa en el pecho, y una pequeña guitarra en la que tímidamente florecía una vidalita.

Empujado por el destino, protegido por el viento y su leyenda, la vida me depositó en el reino de las zambas más lindas de la tierra.

Yo llevaba un cuaderno, de apuntes, para anotar mis impresiones desde que abandoné la pampa en que nací. Pero no sé por cuál extraña razón, ese cuaderno no registró jamás una nota sobre Tucumán.

Quizá fuera porque todo lo que desde entonces he vivido en esa bendita tierra, había de quedar escrito en mi corazón.

Así anduve los caminos del Tucumán de aquellos tiempos; un Tucumán que luego viví durante muchísimos años y que ha cambiado u olvidado muchas costumbres que fueron tradicionales. Así transité sus arrabales, escalé su montaña, por la que un día rodé ante los ojos horrorizados de mis padres, por salvar una naranja que se me escapó de las manos.

Lo que hoy es Avenida Mate de Luna, se llamaba camino del Perú. Era un ancho callejón bordeado de tipas, yuchanes y moreras, que en aquel entonces contaba con un pequeño trencito para acercarse hasta donde hoy llaman La Floresta. Allí había una vertiente y una pequeña feria. Las mujeres vendían empanadas, chancacas, quesillos. Y había arpas y guitarras, sosteniendo la permanencia lírica de la zamba.

El viaje se hacía en volantas y coches tirados por caballos y mulas, hasta la misma falda del Aconquija. Y los apeaderos eran el Molino, la Yerba Buena y el arroyo de la Carreta Volcada. Y en estos lugares siempre se desangraba la copla. Porque a la sombra generosa de los Algarrobos y Aguaribayes, las guitarras tucumanas, incansables, pausadas, endulzaban la tarde. La música parecía agotarse, morir al final de cada zamba; y de nuevo renacía su manantial de saudades. Los rasgados eran precisos, suaves y firmes a la vez, quizá más fuertes en los primeros cuatro compases, que indican la iniciación de la búsqueda simbólica del amor, que ordenan el gesto de serena altivez antes de elevar el pañuelo; luego los rasgados cobraban una

especial ternura, mientras el cantor resolvía las frases que cerraban la copla. Y ese era el momento en que el bailarín extendía el brazo, como si el ave blanca que su mano aprisionaba buscara un ademán de planeo y descenso sin prisa; como si el pañuelo quisiera contemplar su propia sombra en el suelo.

Estos detalles de la danza los escuché muchas veces cuando niño, y Dios sabe cuánto me han ayudado tiempo después, cuando todos los paisajes guardados en el alma, comenzaron a liberarse de mí en alas de las zambas que escribí para pagarle a Tucumán mi enorme deuda de emoción.

¡Aconquija!

He conocido después multitud de montañas, infinitas cumbres, imponentes sierras. Pero ninguna tan llena de música como la augusta montaña tucumana de aquellos tiempos.

Por momentos creí que todo el Aconquija era una Salamanca prodigiosa, en cuyas grutas guardaba su tremenda carga de cantares el Viento aquel, cuya leyenda me lanzó por el camino de las guitarras.

Mi gente estaba relacionada con algunos tucumanos residentes en la ciudad capital, en Tafí Viejo, en Ranchillos, en Simoca.

En las tertulias de los mayores era mi placer participar. Ellos trataban temas de la tierra, hablaban de hombres, de caminos, de paisanos y montañas, de antiguos arrieros, sucedidos, cuentos.

Así, hiciéronse familiares los nombres de Oliva, Jaimes Freyre, Ezequiel Molina, Valdés del Pino, Cañete, Rivas Jordán, Oliver. A ellos escuché por vez primera la voz "baguala", una tarde en que discutían sobre el canto de los Kollas. El maestro Cañete, músico de banda militar, autor de la "Zamba del 11, sostenía el nombre de "baguala". En cambio, Oliva se inclinaba por la denominación de "arribeña".

Pocas zambas y canciones llevaban un nombre definido. Generalmente se las identificaba por alguna frase ya popularizada de su letra o estribillo, o de su región de origen, o del lugar donde fueran escuchadas. De ahí que muchas zambas alcanzaran notoriedad con el nombre de "La del Manantial", "La de Vipos", "La carreta volcada", "La Anta muerta", "La chilena monteriza".

Muchas de estas zambas escuché. Y luego, pasados los años volví a oírlas, aunque ligeramente cambiadas en su línea melódica, y con otros nombres. Y también supe que a la vejez se les aparecieron los "padres".

Durante cien años, las bellas melodías tucumanas habían endulzado los domingos del surco, sin que a nadie se le hubiera ocurrido apropiárselas. Los músicos se honraban con tocarlas o cantarlas. No estaban escritas. Se aprendían sin que nadie las enseñara. Es decir, se aprehendían. Eran canciones del viento, eran hilachitas halladas porque sí, se acercaban a las guitarras y a las arpas para adornar la tristeza, la nostalgia, el amor o la esperanza de los hombres.

Cada región tenía una modalidad particular, pero si existían cinco versiones de una misma zamba, todas ellas ostentaban un mismo carácter tucumano. Tenían "el mismo aire". Presentaban igual fisonomía; un corazón tiernamente dolorido, un discurso fácil y lógico, comprensible; una pequeña historia de amor y de ausencia, un azul empañado de gris; un espíritu dolido por la ingratitud, y siempre galano, cantando los asuntos de su juventud con la mejor pureza.

El hombre tiene un idioma. La tierra tiene un lenguaje. Y en el canto popular, el hombre habla con el lenguaje de su territorio. En él se expresa el monte florido, el río ancho, el abismo y la llanura, aunque los versos no traten en detalle las cosas de la región. La música, la pura melodía, desenvuelve su canto y traduce "el pago", la región.

El hombre canta lo que la tierra le dicta. El cantor no elabora. Traduce.

IV

PASABAN LOS CANTORES

Pasaban los cantores ... Al final del verano, como los pájaros, pasaban los cantores buscando anidar en los corazones más cálidos.

Llevaban guitarras de luto, cubiertas por negras fundas. Y se usaban guitarras de tipo español, con clavijas de palo.

Su repertorio era de lo más variado: Tangos, fados, valsos, glosas, cifras y estilos. Sólo en los provincianos del norte jugaban las zambas sus mejores lujos.

No existía la radiotelefonía. No había micrófono, ni altoparlantes. Todo se cantaba a viva voz, sin más auxilio que las ganas de cantar.

Era un desfile de hombres, y algunas muchachas, que recorrían el país, de pueblo en pueblo, dejando una canción, un sencillo recuerdo, una emoción perdurable.

Pasaban los cantores ... Levantaban su tribuna lírica en las canchas de pelota, en los bares, en los comedores de las fondas, en el salón de las sociedades de fomento. O bajo los árboles, cuando había "cuadreras", y en las canchas de bocha, cuando habla tabeadas.

Eran los amigos del Viento, que salían a cantar por los caminos.

Eran pobres, porque siempre cantaban para el pueblo. Y el pueblo tenía pocas monedas. Su fortuna brillaba de otra manera. Era un tesoro que no cabía ya en la alcancía del corazón.

Y esa riqueza no se mezquinaba:

*"Moneda que está en la mano
quizás se deba guardar.
Pero la que está en el alma
se pierde si no se da..."*

MACHADO .

Pasaban los cantores con su carga de versos, con sus historias de duelos criollos, de rebenques fatales, de carrera brava, de malones y cautivas, de caballos moros y caballos bayos, de tostados y alazanes ligeros como una flecha; con sus trovas de amor galano, donde campeaba el eco de la literatura del siglo dieciocho. Pasaban los - cantores con sus "versos fuertes", plenos de rebeldía, fustigadores de toda injusticia, letras que denunciaban el abuso y la explotación del poverío, trovas exaltadas y corajudas, unidas a los nombres de Barret, Fernández Ríos, Ghiraldo, Castro, Díaz, Pombo, Acosta García.

Cada paisano se sentía traducido por el ánimo del canto. Cada criollo se sentía menos solo, porque alguien estaba cantando las cosas que a él le bullían en el corazón.

Pasaban los cantores sumándose al paisaje romántico del tiempo. Santos Vega no era todavía una leyenda. Y el Martín Fierro se vendía a veinte centavos, o se daba de "yapa" tras un barril de yerba.

El Cacique Benancio había muerto. Roque Lara tropeaba hacienda cortando alambradas en la campaña del pampero, cien leguas al Sur, Bairoleto se trenzaba con la partida, y algunos payadores cantaban sus "hazañas". Y Fabián Montero, gaucho bravo, se escapaba de los corrales de las comisarías de la pampa con sólo silbar a un potro bragado, que saltaba cercos y se tendía fingiéndose muerto cuando así se lo ordenaba su dueño.

Pasaban los cantores, sencillos, limpios, cordiales y austeros, sembrando el cancionero de la Patria por ciudades y aldeas. Las guitarras no eran heridas por las púas, que sólo se usaban para los mandolines y bandurrias. Las vihuelas eran sabias en rasgados y punteos, en arpegios suaves y criollos. Cada cantor

tenía su rasguído, su manera de pulsar el tema gauchesco. Y la intención se ajustaba a la tonalidad. Se vivía el canto con autenticidad, con fervor. Y la estimación de sí mismo y el respeto al auditorio hacía que nadie cantara frivolidades. **El destino del canto era serio, porque estaba ligado al destino del hombre.**

Yo era apenas un adolescente. Y pasaba mis días entre el trabajo, el estudio y el deporte. Pero todo esto quedaba postergado cuando en la noche el viento me acercaba la voz de los cantores.

Ya no tenía a mi padre junto a mí, y era yo el responsable de la familia. Y era chango, y me gustaba correr por la llanura, y entender la magia y las linotipos de las imprentas, y preparar mis exámenes, y boxear, y jugar tenis.

Pero la voz de los cantores me daba la luz que mi alma necesitaba para no ser un muchacho demasiado triste.

Desde la vereda, pegado a los ventanales, solía escuchar a los trovadores que pasaban por mi pueblo. Y no estaba solo. Éramos un grupo, un racimo de changos anhelosos de gustar el mensaje del canto. Con la estremecida nostalgia de mi corazón, aún les agradezco a los oscuros cantores que alimentaron mi sed de saber coplas. Ellos no saben todo el bien que me hicieron, todo el consuelo que me alcanzaron.

Luego corría a mi casa, y fijaba en la guitarra algo de lo escuchado. Y procuraba aprender un nuevo rasguído, una modalidad, una pausa, un arpegio.

Tenía ya lo heredado de mi padre, de mis tíos, de aquellos hombres que cantaban en la tarde junto a los galpones, frente al misterio del campo abierto.

Tenía en mi, resonando como un eco sagrado, las lecciones y consejos del maestro Almirón, que había partido con toda su familia para instalar su conservatorio en Rosario de Santa Fe.

Estos acontecimientos me autorizaban - con sus lógicas limitaciones -, para discriminar sobre el cantar que escuchaba. No me engañaban fácilmente en materia de tema criollo. Cuando un cantor hablaba y cantaba su décima, algo dentro mío me indicaba si era una trova aprendida en la ciudad o tomada del cancionero anónimo de la pampa.

Es que yo venía de la soledad, y había oído ya a los hombres que conocían el Canto del Viento, a los paisanos que recitaban la leyenda del Viento y su bolsa de coplas.

En algunos cantores, el lenguaje campero era postizo. Trabajosamente incrustaban un vocablo "guasó" en su discurso poético. Y yo me sonreía pensando con el refrán: "Te pisaste, Pancho". Pero cuando el trovero se expresaba tranquilo y seguro de su mensaje, yo creo que todas las bendiciones de la noche lo consagraban.

Recuerdo un hombre así: Nazareno Ríos. Alto, delgado y fuerte. Usaba saco negro, bombacha ancha y lustrosas botas. Una golilla blanca con monograma. Su guitarra tenía una estrella en la boca. Era un brocal nacarado lleno de embrujo.

Cantaba con gran dignidad, imponiendo silencio y respeto. Recorría con la mirada el salón lleno de hombres, criollos en su mayoría, y no era necesario pedir compostura al auditorio. Antes de iniciar el "estilo" o la "milonga", hacía un acorde pleno y firme. Las cuerdas emparejaban su tropilla de sonidos, como alistándose a la orden del domador. Y luego de una brevísima pausa, Nazareno Ríos comenzaba su preludeo, expresivo, anunciador de bellezas. Y alzaba su voz entonces, y nos daba la pampa en cada verso:

*"En las caronas tendido
el mundo era puro pasto.
Y así, sin haber dormido
me desvelaba en los bastos
pensando en aquel olvido ."*

Dos noches seguidas cantó Nazareno Ríos en la cancha de los Salamendy.

Y dos noches, aunque no completas, yo alistaba mis antenas junto a la ventana para escucharlo. Creo que de todos los cantores criollos que pasaron por el pueblo, fue Ríos quien me produjo la más honda impresión, la más cabal sensación de estar oyendo a un gaucho, al que se sumaba una rara condición de artista.

Su público lo escuchaba con deleite paisano. En aquel tiempo parecía un éxito. Pero ahora pienso que el mensaje ardoroso y agreste del cantor era recibido por media docena de hombres. Eran cosas demasiado importantes las que cantaba. Y los que escuchaban, tenían un sentido periférico del campo. Conocían, sí, todo lo referente a la campaña, a la pampa y sus trabajos, su gramilla, sus heladas, su verano y su cielo. Pero se les escurría el misterio de la tierra, Esa dimensión la comprenden aquellos que aplaudían poco, y se quedaban pulsando el aire aún después del canto.

*"Hay que cuidar lo de adentro,
que lo de ajuera es prestao - - ."*

Cada palabra tenía para él un tono, un color, una vibración determinada. Jamás decía dos versos de la misma manera. Cantaba para todos, pero daba la impresión de que cantaba para cada uno. Era el auténtico traductor de las cosas que pasan por la vida del hombre.

*"La lejura es buena cura ...
Lo dice un refrán mentao.
Pero al final me han topao
sus ojos, su pelo suelto,
como si me. hubiera güelto,
o no hubiera galopiao..."*

Pasaban los cantores, chingolos de la pampa y de la sierra. En las noches otoñales nos arropaban con la conversación de las bordonas, enamoradas de su propio acento. Y la milonga era llana, extendida como un galope en la llanura. Las cuerdas agudas intentaban apenas travesear con un tema, con una idea sin mayor desarrollo. Y de pronto las bordonas le salían al encuentro, como censurando liviandad, como poniendo orden al discurso de la guitarra, como emparejando la tropa de sonidos hasta retomar la huella profunda, en la que hombre y guitarra comienzan a entenderse para que nazca la dignidad del canto.

¡Nazareno Rios! Ignoro en qué rincón de la Patria se apagó la luz de su guitarra. Pero el Viento de la leyenda recobró, gracias a él, lo mejor de los cantos perdidos en la pampa. Tiempo después la vida me llevó por los caminos, junto a los trovadores de aquel tiempo. Los versos y los sueños habían de amortiguar los golpes y desengaños. Acompañé a los hombres que sabían cantar. Algunos dioses se empequeñecieron. Otros siguieron la ruta luminosa. Yo llevaba en mi sangre el silencio del mestizo y la tenacidad del vasco. Había ya librado infinitas batallas en mi adentro.

"La lejura es buena cura..."

Me llené de lejuradas y saudades, aprendiendo los modos del canto, las formas del decir de las comarcas.

Mi amor por el periodismo, mi fervor por el trabajo junto a las linotipos y los componedores, me hacía acercarme a los diarios y a los cronistas. Así, alguna vez pasé por la ciudad de Rosario, y me acerqué a un diario que dirigía Manolo Rodríguez Araya.

Yo hacia notas de viaje, crónicas del campo, narraba sucesos y escribía sonetos.

Una noche, Manolo se me acercó y me dijo: "- Tú que eres medio guitarrero, prepárate para escribir sobre un guitarrero: Ha muerto el maestro Bautista Almirón".

Lo que pasó por mí, no sabría contarlo. Sentado frente a una máquina de escribir, rodeado de muchachos que trabajaban cada cual su tema, que gritaban cosas y nombres y deportes, y telefoneaban afiebradamente, estaba mi corazón desolado. ¡Y tan lejos de ahí!

¡Qué selva de guitarras enlutadas contemplaban mis ojos en la noche!

El destino quiso que fuera yo, aquel chango lleno de pampa y timidez, quien escribiera una semblanza del maestro.

De un tirón, como si me hubiera abierto las venas, me desangré en la crónica. Hablé de su capa azul y su chambergo, de su guitarra y de su estampa de músico romántico, sólo comparable a Agustín Barrios en el sueño y el impulso.

Cité su Albéniz, su Tárrega, su manera de orar en los preludios. Hablé de sus alumnos, sin incluirme, por supuesto.

Y luego caminé, no sé por dónde, en la ciudad desconocida. Revivía uno a uno los detalles de mi conocimiento del maestro Almirón. Tenía necesidad de nombrarlo para mí solo en la noche. Y no me animé a verlo muerto. Quiero creer que sigue por ahí, trajinando mundo con su capa y su guitarra y su arrogancia.

"La lejura es buena cura..."

Y yo llené mi vida de caminos. Me sumé a los hombres desvelados que buscaban cantares sembrados por el legendario viento de la Patria.

Yo siempre fui un adiós, un brazo en alto.

Un yaraví quebrándose en las piedras ...

Cuando quise quedarme, vino el Viento,

Vino la noche me llevó con ella.

V

ENTRE RIOS

"Hermosa tierra entrerriana,
símbolo de rebeldía,
vas curando el alma mía
con el sol de tus mañanas.
Te admiro fresca y lozana
en las orillas del río,
amo tu monte bravío,
amo tus campos sembrados
amo tus yuyos mojados
con el vapor del rocío."

A. Y-

Rastreando la huella de los cantos perdidos por el viento, llegué al país entrerriano. Sin calendario, y con la sola brújula de mi corazón, me topé con un ancho río, con bermejos barrancos gredosos, con restingas bravas y pequeñas barcas azules. Más allá, las islas, los sarandizales, los aromos, refugio de matreros y serpientes, solar de haciendas chúcaras- Lazo. Puñal. Silencio. Discreción.

Me adentré en ese continente de gauchos, y llegué a Cuchilla Redonda, desde Concepción del Uruguay. Llevaba un papel para Aniceto Almada. Y días después - hacen ya treintaitantos años -, crucé por Escriña, Urdinarrain, y fui a parar a Rosario Tala.

Era una ciudad antigua, de anchas veredas, con más tapiales que casas. Anduve por los aledaños hasta el atardecer, sin hablar con nadie, aunque respondiendo al saludo de todos, pues allí existía la costumbre de saludar a todo el mundo, como lo hace la gente sin miedo, o sin pecado.

Al filo de la noche, penetré en la ciudad. La luz de las ventanas apuñalaba la calle. Algunos jinetes pasaban al galope.

Busqué el mercado y entré a un puesto de carne. Almada me había indicado a un hombre allí: don Cipriano Vila.

Era un gaucho alto, fornido, medio rubión, de bigote entrecano. Había un grupo de hombres rodeando una pequeña mesa, paisanos y amigos de Vila. Bebían lucera y charlaban en voz baja. Yo saludé y me arrinconé cerca de la mesa. Nadie me miró dos veces.

Hay un acuerdo tácito. Un entendimiento. Una voz de adentro que hace callar, y esperar, y prudenciar. Y todo forastero debe conocer este código. Sobre todo si se es paisano.

Ya no había clientes, y yo no compraba carne. Don Vila cerró su puesto, quitóse el delantal blanco y se me acercó:

-¿Cómo le va, amigo ... ?

- Bien, señor - le contesté.

El hombre sirvió un vaso de lucera y me lo ofreció. Bebí un poco y miré al dueño del puesto con gesto cordial.

Al rato, don Vila sabía quién era yo. Pocas palabras bastaron.

Cerca del río Gualeguay, a dos leguas de Tala, me instalé. Era un rancho típico, torteado de barro y cueros contra la humedad, en plena selva entrerriana.

Tenía un doradillo orejano, animal nuevo y muy voluntario. Tenía la necesaria soledad. Y el río tajando el monte. Y todos los pájaros cantores tendiendo en la niebla de las mañanas sus trinos abiertos.

Un año redondo pasé en ese lugar. Salía a los caminos, .recorría leguas, desde Lucas González hasta la legendaria selva de Montiel. Asistía a las carreras cuadreras de Sauce Sud, a las yerras de Puente Quemado, dejaba velas encendidas en el rincón de Lanza Vieja, respetando rituales tradicionales del paisaje. Y siempre retornaba a mi rancho junto al río.

Don Cipriano Vila era de una sola palabra, como la mayoría de los entrerrianos.

Una vuelta, me dijo:

-Aquí le traigo un amigo. Confíe en él.

Y me presentó a don Climaco Acosta, un paisano menudo, vestido de negro, como recién enlutado.

Conocí mucha gente en el tiempo que anduve por Entre Ríos. Mucha gente buena, hospitalaria y discreta. Pero estos dos hombres, Vila y Acosta se ganaron un monumento en mi corazón. Ellos rivalizaban en generosidad y criollismo. Los vi pialar en los corrales. Los vi correr en el monte. Los vi participar en festejos paisanos, bailar mazurcas, chamamés y gatos. Los vi componer lazos y caronas. Los vi guitarrear, tañendo cuidadosamente las vihuelas.

Acosta era un hombre simple y muy sensible a la música. En aquel tiempo sólo muy rara vez se pronunciaba la palabra Patria, pero la ocasión de decirla alcanzaba un alto grado de responsabilidad y respeto. Recuerdo el gesto de don Climaco, con los ojos brillando de emoción y coraje y amor, mientras escuchaba una danza argentina: La condición. El sólo enterarse de que alguna vez la había bailado el General Belgrano, lo obligaba a rendir todas las tolдерías montieleras que le gritaban en su alma de gaucho sencillo, libre y montaraz.

Creo que desde esa vez que en su rancho, en la intimidad, toqué esa danza, recién gané la ancha amistad inolvidable de Climaco Acosta.

Las guitarras bullían en milongas floridas, en cifras y estilos, en chamamés y chamarritas ...

*En el pago entrerriano nací
donde alegre florece el ceibal.
Y en mi infancia de gaucho aprendí
a escuchar desde niño la voz del zorzal.*

En el andar por tierras montieleras puede comprobar que el cancionero comarcano no era muy nutrido.

Entre Ríos ostentaba un cantar de tipo objetivo, parecido al que usan los uruguayos del noroeste. Gustaba también de la música guaraní, y la pampa le habla acercado sus triunfos, sus cifras, y algunos estilos y trovas. Pero la manera de tocar la guitarra era florida, "llena'e moños", un poco a la manera orientala.

El aporte folklórico de la zona entrerriana era más cabal en refranes, cuentos y chascarrillos. Y son los entrerrianos - o eran - muy hábiles en el trabajo del cuero. Los aperos. caronas, cojinillos de carpinchos y perico-ligero, se hicieron famosos. Lo mismo pasaba con los sobrepuestos de hilo trenzado, hechos con todo el lujo campero. Con sólo pasar la mano a contrapelo, quedaban frescos y listos para aguantar galopes largos entre los montes o a lo largo de los palmerales.

En esos tiempos escuché cien historias sobre el "lobizón". Cada pocas leguas cambiaba la historia; le quitaban o agregaban modos y características. Entre Ríos es, quizá, la provincia argentina que más versiones cuenta de la famosa leyenda de las selvas alemanas sobre el "lupus-homo" - el hombre-lobo -, de las narraciones antiguas.

Los hombres contaban estas historias con toda seriedad, entre mate y mate, en esos montes entrerrianos llenos de rumores nocturnos. Los changos escuchaban con tremendos ojos, y de vez en cuando miraban hacia la endeble puerta del rancho, que el viento de la noche batía levemente. Me imagino el insomnio de los muchachitos, ya que nosotros, galopando las leguas del retorno, creíamos ver también, a los costados del callejón, la sombra fatídica del mito selvático.

¡Entre Ríos! ¡Cuánto viví en ese año, allá por mil novecientos treinta, desconocido músico, ignorado coplero, improvisado maestro de escuela, tipógrafo, cronista, vagabundo y observador, recorriendo pueblos, aldeas, campañas, donde sembraban y domaban potros los famosos gauchos judíos de Gerchunoff, donde el matrero entraba a las pulperías y bebía junto

a la puerta, a un tranco de su caballo que lo esperaba con la rienda arriba; donde la palabra superaba a todo documento; donde la queja y el ¡ay! eran patrimonio exclusivo de las muchachas; donde el alarido era una aguda flecha del regocijo paisano; donde el alma se poblaba de nuevas fuerzas brotadas de un paisaje sin mansedumbre: monte de tala y ríos con remansos, haciendas chúcaras, gauchos baguales, toda la tierra en armas, lanza, vincha, espuela y corazón, bajo una luna redonda que pasaba sin descubrir el misterio que anidaba en el fondo del hombre y del paisaje ...

*Es pobre este verso mío,
pero aunque esté mal trazado
¡quién no se siente inspirado
para cantarle a Entre Ríos!
Si en el ramaje sombrío
canta orgulloso el zorzal.
Si allá sobre el totoral
canta sus penas el viento,
dejen que en este momento
yo cante mi madrigal.*

Para tomar el callejón hacia el monte en que vivía, en Tala, pasaba junto a una ancha casona, de varios balcones. Era un severo edificio color gris, con jardín interior. El abanico de una palmera señalaba el tope de los techos.

Yo aprendí a quitarme el sombrero junto a la puerta de esa casa, sin haberme atrevido a entrar jamás.

Cada cual tiene su manera de honrar a la gente que distingue. Y yo no hallaba otro modo que manotear el barbijo de mi sombrero, rindiendo mi mejor saludo para el caballero criollo que habitaba esa casa: Don Martiniano Leguizamón.

Tiempo después he tratado a su gente, a sus hijas, damas emparentadas con los Finocchetto de Buenos Aires. Me ha ligado a ellas una gratísima amistad. Pero nunca confesé estas cosas que hoy escribo, quizás porque abrigo la esperanza de que alguien, en mocedad prudente, sienta cómo reconforta ese minuto en la noche, al pasar frente a la casa de quien nos enseñó a querer la Patria, la comarca, el pedacito de tierra, cántaro guardador de todas las ternuras.

Flotaban en el aire entrerriano los versos de Fernández Espiro, de Andrade, de Panizza, de Saraví. Borroneaba su primer cuaderno de estudiante Martínez Howard. Vibraban las guitarras cultas del coronel Machado, de Surigue, de, González y Barreiro. Cantaban las vihuelas populares de Bartoli, de Badaraco, de Pitín Carlevaro, troveros de la costa del Paraná. Allá, por Feliciano, el moreno Soto levantaba sus coplas en la noche, entre el gramillal de los Kennedy. En Diamante se desvelaba el chango Tejedor, la más dulce voz de esa costa. Pero nada me hacía olvidar el rincón espinoso de las puertas de Montiel, pasando Lucas González, donde rezaban su entrerrianidad Climaco Acosta y Cipriano Vila.

Ellos también devolvieron al Viento las hilachas del canto, perdido. Ellos nutrieron de temas ejemplares mi alforja de muchacho andariego, sin calendario ni fortuna, caminados por los montes bravíos sin más brújula que un desvelado, corazón paisano.

Alguna vez retorné a las ciudades entrerrianas: Paraná,. Concepción, Concordia ...

Pero no he vuelto a pisar la hosquedad montielera, donde viví un año ejerciendo los más diversos oficios. Evoco ahora sus caminos, el misterio de los montes emponchados de niebla en las mañanas, el galope de mi caballo sobre suelos polvorientos o en los anchos callejones barrocos. Me detengo frente al rancho de los Cuello, viejos hacedores de carunchos, cigarritos de noble tabaco oscuro; charlo con Aguilar y Pajarito Ayala; oigo el típico grito del gaucho en el fondo del monte, y lo siento a mi poncho como si me abrazara, con el abrazo pesado de prenda mojada; como si de nuevo anduviera aprendiendo vida en ese mundo sagrado y agreste, misterioso y sin olvido, de la selva entrerriana.

VI

GENUARIO SOSA, UN ENTRERRIANO

Genuarlo Sosa era un hombre importante: era domador. Moreno, delgado y fuerte. Cuando caminaba, aflojaba un poco la pierna izquierda, balanceándose, como si fuera a estribar.

Es que a fuerza de trajinar con los potros, años y años, se habla creado la costumbre de vivir con una mano cerrada, como apretando imaginarias riendas y cuando andaba de a pie, lo hacía como adivinando la sombra de un corcovo. Son cosas que da el oficio ...

Tenía una risa ancha, como su amistad. Y la usaba seguido, porque amaba la vida, porque era limpio y honrado, y cuando miraba, fuerte y hacia adelante, lo hacia con la serena altivez del gaucho entrerriano. Ostentaba en su frente una cicatriz con forma de luna nueva, recuerdo de un entrevero.

Por ahí, cuando alguien hacía alusión al asunto, Genuario Sosa reía, y girando la cabeza mostraba su nuca mechuda, mientras decía:

"¡Mirá lo que son las cosas! Atrás no tenga ni una. Será que no he disparao."

No era una fanfarronada la suya. Lo había probado muchas veces, y todo el pago sabía que Genuario no fue nunca gallina ni farol. Era eso, nada más ni nada menos que eso: un gaucho entrerriano.

La cicatriz era el rastro de un duelo en medio del monte. Había cortado por derecho con un paisano que se andaba portando mal con una parienta suya, y este paisano, con otro compinche, lo esperó una tardecita en el paso Colorado, entre los matorrales de la Costa del Gualeguay. Genuario Sosa iba prevenido porque había olfateado algo, y cuando a pocos metros le salieron los otros al medio de la picada, montados, Genuario se agachó y desató el estribo derecho, mientras detenía la marcha de su caballo.

Sus enemigos se le vinieron "al humo", uno con facón y otro haciendo arma de su rebenque, uno por cada lado de la huella. Sosa sabía qué animal montaba, y cuando calculó llegado el instante, hundió su espuela en la bestia y la obligó al salto hacia la derecha. El rebencazo se perdió en el aire, pero el estribo de Genuario cayó sobre la cabeza del paisano

no que ahí nomás quedó sobre la tierra desmayado, tendido "como lagarto siestero".

Puestos los jinetes de frente nuevamente, Genuario convidó: *¿Se apiemos?*

El otro, sin contestar, hizo pie a tierra. Se enfrentaron, esta vez a poncho y facón. Entre finta y rodeo, se estudiaban. No habla más testigos que los árboles costeros en cuya verde maraña

asomaban algunas flores palidonas y pequeñas.. A poca distancia, dos zainos y un moro estaban quietos, desentendidos del drama.

Cuando al cruzar el paso para evitar el ataque, Sosa se enredó en una espuela y trastabilló, fue cuando el otro le volcó de revés el filo del puñal sobre la frente.

Fue un golpe limpio, rápido, "legal". Dicen los antiguos, que "la sangre enardece a los toros y a los gauchos". La primera impresión de Sosa fue de rabia, de enorme rabia apenas contenida. Pero la rabia enceguece, y eso es malo. Ya bastante enceguecía el raudal de la sangre que corría sobre el rostro de Genuario.

Había que aprovechar como táctica esa herida. Y la aprovechó. En un momento hizo como que se debilitaba. Aflojó las rodillas y se llevó el poncho a la cara.

El otro, ni lerdo ni perezoso, amagó una finta y se fue de "hacha". Pero Genuario había desenvuelto en su ademán su poncho, y arrojándolo sobre la cabeza de su rival, estiró velozmente el brazo armado hasta despertar el primer quejido. El primero, y el último.

Muchos detalles hubo en este duelo. El "dormilón", golpeado con el estribo, habla estado sentado sobre la tierra, a poca distancia, dolorido y medio mareado, y mirando a los hombres, sin la menor intención de intervenir.

Genuario tuvo que hacerse cargo de los dos. Los "cuartió" hasta el pueblo y allí los entregó y se entregó.

Estuvo varios años "adentro". Había sido asaltado, y se había defendido con todas las reglas del honor gaucha. Su conciencia estaba tranquila. Por eso, en la cárcel no se envició de matonismo, ni se ensoberbeció. Cuando salió en libertad, siguió trabajando, en su oficio, y en su pago. Allí lo conocí, en las costas del Gualeguay.

Algunas tardecitas salíamos a caballo. Pasábamos por la vieja casona de don Martiniano Leguizamón. Recordábamos las obras de este narrador inteligente. Una vez le pregunté si había leído algo de don Martiniano, y me contestó: "En casa los gurises saben algo de eso. Yo apenas si puedo contar los callos de mi mano." Y sonreía, entre abochornado y gracioso. No había tenido tiempo de ser escuelero. La miseria lo apretó desde niño. Su ciencia se desarrolló en pastos, caballos, lazos, rebenques y huellas entre el monte. En esos trajines vivió toda su vida. Se doctoró en jineteadas, y no tuvo conciencia de su fama de domador. Creía que la cordialidad hacia él era el natural premio a su honradez de paisano.

Ahora, desde hace un tiempo, descansa bajo los talas, en un perdido rincón de Cuchilla Redonda. Tierra entrerriana lo cubre. ¿Qué mejor bandera?

VII

DESTINO DEL CANTO

*Nada resulta superior al destino del canto.
Ninguna fuerza abatirá tus sueños,
porque ellos se nutren con su propia luz.
Se alimentan de su propia pasión.
Renacen cada día, para ser.
Sí, la tierra señala a sus elegidos.
El alma de la tierra, como una sombra, sigue a los seres indicados
para traducirla en la esperanza, en la pena, en la soledad.
Si tu eres el elegido, si has sentido el reclamo de la tierra,
si comprendes su sombra, te espera una tremenda responsabilidad.
Puede perseguirte la adversidad, aquejarte el mal físico,
empobrecerte el medio, desconocerte el mundo,
pueden burlarse y negarte los otros,
pero es inútil, nada apagará la lumbre de tu antorcha,
porque no es sólo tuya.
Es de la tierra, que te ha señalado.
Y te ha señalado para tu sacrificio, no para tu vanidad.
La luz que alumbró el corazón del artista
es una lámpara milagrosa que el pueblo usa
para encontrar la belleza en el camino,
la soledad, el miedo, el amor y la muerte.
Si tú no crees en tu pueblo, si no amas, ni esperas,
ni sufres, ni gozas con tu pueblo,
no alcanzarás a traducirlo nunca.
Escribirás, acaso, tu drama de hombre huraño,
solo sin soledad ...
Cantarás tu extravío lejos de la grey, pero tu grito
será un grito solamente tuyo, que nadie podrá ya entender.
Sí; la tierra señala a sus elegidos.
Y al llegar el final, tendrán su premio, nadie los nombrará,*

*serán lo "anónimo",
pero ninguna tumba guardará su canto ...*

Varios años tardó en disiparse la polvareda levantada por los malambos que trajo Andrés Chazarreta con sus santiagueños, allá por el veintiuno, en aquel cielo memorable del Politeama, con el espaldarazo formidable de Ricardo Rojas.

Fue un verdadero impacto en plena calle Corrientes. Hombres y mujeres, cantores, músicos, campesinos, artistas del monte, conmovían noche a noche al porteño con sus "remedios", "marotes" y "truncas", y los endiablados mudanceos del "malambo".

Doña Nachi, en escena, cebaba mates "denderas", mientras el ciego Aguirre tañía su arpa, y Giménez, Colazán y Suárez competían en las danzas más donosas.

Todo era puro, honesto, auténtico. Todo tenía el preciso grado de misterio que confieren el pudor y la gracia de los seres sencillos desempeñándose en el arte. Es decir, haciendo arte de "su" hábito de bailar y cantar, haciendo arte de "su" modo de mirar, coquetear, de vestir y lucir una floreada pollera. En suma: haciendo arte de "su" folklore.

*¡ Ay, vidalita,
ramo de azahares,
eres el alma
de estos lugares!*

Comenzaba la presidencia de Alvear, y su esposa, con la autoridad que dan la cultura y el desinterés, movía los hilos de los mejores acontecimientos de la lírica y el canto popular.

Florece el cancionero de la patria.

Traían los santiagueños las viejas canciones de la selva, las danzas seculares, los ritos salamanqueros, las coplas del arenal, las telesitas.

Nadie cantaba zambas, ni gatos, ni bailecitos, ni vidaldas compuestas "a último momento". No. El temario era rigurosamente folklórico, general, plural y anónimo.

*Aquí está mi rancho, ay,
perdido entre los jumiales.*

Las calles porteñas parecían respirar un aire de chañares florecidos, un aroma de churquis y poleos, un acento de guitarras nostálgicas, un retumbar de bombos auténticamente legüeros.

*Mi pena se hunde en la bruma
que flota en los salitrales ...*

. Patrocinio Díaz - cantora y moza de encendidos ojos norteños, florecía noche a noche en la vidala. Alzaba la caja - luna llena de magia y de copia- y con ella andaba, verso adentro, rastreando la nostalgia.

*Cuando salí de mis pagos
de naidas me despedí*

Las danzas argentinas, en los teatros y en las salas tradicionalistas se bailaban respetando carácter, espíritu y coreografía. Distancia, ademán gentil, y ausencia total de "divismo". Nadie se desvivía por ser la primera figura. Cada cual lo era en el preciso momento.

Los malambistas antes que zapateadores, eran bailarines. Nadie era tipo "standard". Cada uno tenía su personalidad, su prestigio de responsabilidad.

Nadie jugaba - dentro de las danzas criollas- al "bolero de Ravel" ni al uso españolísimo de girar unidos cadera a cadera, como notamos hoy, en teatros, salas y peñas, donde la mayoría de evolucionados artistas criollos luchan por matar lo puro del folklore, para luego luchar por resucitarlo "a su manera".

En medio de la polvareda de los santiagueños, aparecieron provincianos de Tucumán, Catamarca, Córdoba, Mendoza. Trajeron ellos el auténtico folklore de sus pagos, el cantar antiguo, la copla perdida, la trova galana.

Amaya y Marañón, tucumanos, arrimaron sus cañas dulces con las zambas más lindas de la tierra. Eran guitarras traviesas, nerviosas, prontas al entrevero entre paisanos. Eran voces lugareñas, que cantaban con amor, con autoridad el cancionero de su comarca. Igual cosa pasaba con Hilario Cuadros, Morales, Alfredo Pelaia, con Ruiz y Acuña, con Saúl Salinas y Gregorio Núñez, con Cristino Tapia, Chavarría y Montenegro, con Carlos y Manuel Acosta Villafañe, con Marambio Catán, Cornejo, Frías, nombres éstos que representaban cuatro provincias, cuatro modalidades, distintas formas de expresar el cancionero. Será que cada uno de ellos poseía una fuerte personalidad artística. Todos se conocían, eran amigos, eran criollos, y para nosotros constituían una academia donde aprendíamos lo puro de cada región

argentina. Nadie disparaba en la chaya ni en la cueca; las danzas eran medidas, señoriales, expresadoras de un estado de gracia que sólo la música podía traducir.

Estos cantores eran sensibles al aplauso del público, pero para obtenerlo no recurrían jamás al "bluff". Cantaban interpretando, valorando la palabra, la copla, la tradición y la tierra.

...

*Dicen que las golondrinas
pasan la mar de un volido.
Así lo pasaré yo
cuando me echés al olvido...*

Difícil será hallar a alguien que se plante frente a frente a la moza y comience a desenvolver el misterio de la zamba con mejores recursos que Ramón Espeche.

"Zapatear no es patear el suelo", decía don Andrés Chazarreta.

En esos tiempos, una tucumana hacía su segundo viaje a Europa, llevando a los salones más aristocráticos la canción argentina. Era Ana S. de Cabrera, fina dama, hábil guitarrista que caminó los más claros senderos del canto popular. Cantó "bailecitos", "vidalitas", trovas diversas ante los públicos más exigentes. Una noche, en la primavera de Europa, la rodearon reyes y condes, princesas y nobles caballeros. Fue en el palacio de la Alhambra, en Granada, donde realizó su concierto a invitación de Alfonso XIII.

Estoy seguro que esa noche estuvo presente allí una reina que superaba en linaje y calidad a todo el auditorio: la Zamba, la danza más hermosa de nuestro país argentino.

La Banda Oriental nos envió sus cantores, formados, cabales, duchos en la guitarra. Muchos estilos, cifras, milongas y coplas del Uruguay anduvieron por nuestros caminos, como rastreando el milagro del canto que produjeron tiempo antes los Podestá. Humberto Correa, Miguel Gúrpide, Gravis y Pascual; cruzaron mucha pampa nuestra cantado y sembrando los lujos de su tierra. Yo los oí, allá por los montes entrerrianos, cuando el paisanaje galopaba leguas para escuchar un estilo bien cantado, una cifra heroica, una canción de esas que el viento ha perdido para que la encuentren los desvelados cantores de la Patria.

Así, tras la polvareda santiagueña, tras el suelo lírico de mendocinos, cordobeses, catamarqueños y tucumanos, apareció de pronto en Buenos Aires una voz cálida, entrañablemente criolla. Esa voz entregaba en los salones nativistas una serie de zambas anónimas, plenas de paisaje traducido con acento nostálgico; esa voz que daba el tono lírico-popular de

la tucumanidad. Sí, llegaba de Tucumán, y ninguna otra voz de pueblo hubiera representado mejor ese país de cañaverales y montañas boscosas, de gentes sencillas, toscas y románticas a la vez, país de la zamba, la vidala, la baguala del alto valle, país de las guitarras serenas y profundas, país de nubes y pañuelos de sueños y trabajos.

Era la voz de Martha de los Ríos, que aportaba al caudal folklórico la fuerza de un temperamento raramente dotado, la inquietud de un corazón lleno de amor para el canto de las tierra.

~

56

*También eres grandioso cuando la dulce estrella
arroja desde el cielo su luz sobre tu sien.
Cuando la luna blanca su claridad destella,
bajando con su lumbre tan plácida y tan bella
tus bosques de nogales, de cedros y laurel.*

*¡Oh, Tucumán, yo evoco tu espléndido Aconquija,
evoco tus risueñas colinas Yamaní!
Pero lo grande y bello, de Dios obra prolija,
que de tu cielo diáfano el manto azul cobija,
son tus floridos bosques a orillas del Salí.*

O. Oliver

Pasaban por Buenos Aires voces de muchachas artistas, voces gratísimas: Julia Ferro, La Serranita, Margarita Silvestre, Virginia Vera, Zulema Ucelli, Celia Louzán. El canto argentino lucía bien alto en boca de estas cantoras que mantuvieron durante años el prestigio del cancionero popular.-

Cuando asisto al espectáculo de los nuevos valores - o mejor dicho, de las nuevas figuras del canto criollo -, suele dolerme en algunos la vanidad que ostentan, la suficiencia - frágil arma- que los empavona, el irrefrenable deseo, de brillar pronto y alto aunque no estén preparados todavía para lo exacto y trascendente del arte. Y recuerdo a los viejos cantores que

aparecieron tras la polvareda de los primeros artistas santiagueños, los que conmovieron a Buenos Aires con un cancionero auténtico, anónimo y antiguo. Evoco la trayectoria de aquella muchacha tucumana, Martha de los Ríos, su sencillez, su cuidado por aprender y decir cabalmente el tema en estudio, su ausencia de vanidad que la engrandecía, su ancho sentido de la amistad, su tucumanidad evidenciada en todo momento. Y no puedo menos que rendir el homenaje del mejor recuerdo para los cantores de aquel tiempo que pasearon sus cantares por Buenos Aires, donde cabían los desvelos y la nostalgia de los provincianos.

VIII

LA CORPACHADA

Eusebio Colque detiene la marcha de sus burros en el Angosto de la Vertiente. El paso es estrecho, y la carga podría chocar con el murallón del cerro, haciendo perder el equilibrio a las bestias, despegándolas.

Hay que descargar. El hombre desata las riatas, afloja las coyundas, sus manos hábiles tiran de las puntas "cabalitas", sin nudos, y cuidadosamente deposita en la tierra los dos barriles de buen vino vallisto, y otras cosas.

Luego, conduce de tiro a sus burros unos cincuenta metros, hasta donde la senda se ensancha. Transporta después, a brazo, las cargas y se dispone a acomodar de nuevo. Prepara coyundas y riatas, tira, compara, mide, ajusta al fin, decididamente. Quita el poncho que hizo venda para los ojos de los cargueros, y hace chasquear una orden en sus labios resecos, y sigue la marcha, valle arriba.

Eusebio Colque va llevando encargos para su patrón, que lo espera en el puesto de Falda Azul.

Salió de Tilcara cuando el cristal del alba se destrozaba en el canto de los gallos. Salió con las ushutas húmedas de noche, de sombra, de bruma, después de corretear por el potrero para pillar sus burros. Su heroico calzado indio se mojó con el llanto de los pastos. Aun en la media tinta del alba, como un diamante, una gota de rocío adherida al tiento talonero, hacía quebrar la luz de la última estrella de abril.

Con un trago de aguardiente y un acuyico bien colmado de buena coca yungueña, punteó hacia el Alfarcito, cuesta arriba. Y así, hora tras hora, observando la carga, los burros, el cielo, las peñas y el campo, fue ganando distancia. Cerro Pircado, Corral de los Huanacos, Piedra Parada, Huyra - Huasi, Falda Larga, Corral de Ventura, La Puerta, Quirusillal, todos estos nombres son etapas sin descanso, son jornadas vencidas por el kolla de los valles altos. En todo este trayecto, sólo dos ranchos levantan apenas sus cumbreras sobre el breñal. Lo demás, piedra, arena bermeja, viento fuerte y canto de agua, llevando hacia la quebrada mensajes de soledad ...

Eusebio Colque marcha en la tarde fría y fugitiva. Está a dos horas de Falda Azul.

En las lomas, el viento hace estremecer los pajonales, y poco a poco las sombras roban el paisaje. Algún pájaro silencioso pasa rozando las lomas, hacia su nido solitario.

En el camino, el corazón de Eusebio tiene resonancias extrañas. Puede viajar cuesta arriba o cuesta abajo, sumergirse en su mundo interno, ahondar sus problemas, sin distraerse por eso, sin dejar de arriar sus bestias, componer su carga y observar el estado de la senda.

Eusebio Colque tiene una edad indefinida. Podría lo mismo tener cincuenta años, y nadie exageraría adjudicándole más de sesenta.

1

Nada más difícil que acertar la edad justa de un kolla. El montañés del norte jujeño desorienta siempre en este sentido. En la montaña, se mantiene la tradición oral, heredada de padre a hijo; las confidencias tratan lo mismo cosas del hogar indio, íntimas, sobre la casa, la sangre, el corral o las peñas, como se extiende también en el relato de viejos sucedidos, moralejas, consejos y prevenciones, en que intervienen recuerdos de gentes desaparecidas hace muchos años. De manera entonces, que no es esta memoria del hombre, que nos hace confundir acerca de su edad. Tampoco lo es su silencio, pues calla siempre, desde que nace, hasta que el sol lo busca en vano para seguir alumbrando sus pasos por la vida.

Ahora mismo, andando por caminos angostos donde la muerte se agazapa en amenaza eterna, Eusebio es una vida envuelta en un silencio grande, en un solo silencio sostenido por la fuerza de una idea, por la dulzura de un recuerdo, o por el agitarse de un mundo sin fronteras que bulle, canta, goza y llora dentro del alma humana.

Como este hombre, hay varios miles en el norte jujeño, nacidos en la Quebrada, o en la Puna, o en la selva que limita la montaña con lo desconocido. Rostro cobrizo, rasgos definidos, cuerpo pequeño y recio, incansable caminador, observador inteligente, supersticioso por raza

y por tradición, lírico, fiel, como también huraño, hermosamente salvaje, como el paisaje que lo vio nacer ...

Eusebio Colque lleva apuro. Sabe que hoy ha sido día de yerra en los campos de Mamerto Mamaní. Fue éste quien le encargó los barriles de vino, "por si la chicha resultara escasa".

Por eso, quiere llegar al corral antes de que termine la faena. Conoce la cantidad de terneros que trajinarán con señal y marca, los toros que castrarán, y calcula que al caer la tarde se procederá a botar el ganado del corral, para iniciar la ceremonia ritual de la corpachada, homenaje de devoción y gratitud a Pachamama.

¡La corpachada! ¡Cómo había de perderla él, que desde chango asistió a todas las corpachadas del cerro nativo! . . .

Los burritos han descendido por áspera senda hasta el río de Quirusillal, y remontan ahora la última cuesta, mansa ya, sin peñascal que lastime los pasos.

En la tarde, donde una claridad extraña y melancólica resiste a la bruma, marcha el arreo. Tras los burritos, Eusebio, pequeño y silencioso, con el poncho calado, asomando la cabeza por la ventana de la prenda india para contemplar el mundo encajado entre las cumbres de su pago nativo.

Por momentos, el huayra aliviana el nublado, desmadejándolo, haciéndolo tender el vuelo, asentándolo luego por ahí; a ratos lo vuelve, lo lleva lejos, con intención de despedazarlo entre las peñas, lo rescata en seguida y lo entretiene en la media altura sin decidirse a abandonarlo en alguna parte. Ya no tiene colores el cielo sobre los cerros del Oeste. El frío y la cerrazón han robado a la luz de la tarde sus mejores matices. Hasta las matas puneñas, duras y amarillas, tienen ahora el tono pardo y dolorido de la tierra. Es la hora en que comienzan a animarse los misterios de la montaña, es el minuto largo del ocaso vallisto, de la luz grisácea, el guijarro que se suicida trazándose en el fondo de los huaycos, desde donde llega, clara y dulce, la voz de los ríos reclamando la luz de la primer estrella ...

Envuelto en su poncho raído y amigo, Eusebio Colque llega al corral del abra de Falda Azul.

Los peones están terminando de botar el ganado del corral. Todos están emponchados, porque la cerrazón parece "garvia", como la llama a la garúa. Sobre los pastos aplastados, aquí y allá, se han inmovilizado los lazos, y están sucios de tierra, de pelos y de sangre. Han trajinado mucho estos lazos. En las faenas indocriollas de estos lugares, como también en otras

comarcas, el lazo es la prolongación del brazo humano, y la presilla parece estar sujeta al corazón del hombre, afirmado en anhelos y coraje camperos.

Al mediodía había comenzado la yerra. El patrón y el puestero, los primeros en iniciar la pasada, han volteado la pareja de vacunos que serán los "novios" de la yerra de este año: un torito de año y medio y una ternera de ojos húmedos y balido clamoroso.

Brigidita, la puestera de Molulo, bautizó a las bestias, haciéndoles beber chicha. "Los novios" pujaban por deshacerse del lazo que los mantenía contra el suelo, lomo a lomo. Las mujeres coronaron las huampas con flores de lana teñidas de rojo, amarillo y morado. Todos palmearon los cuartos de "los novios". Eso da suerte.

Luego, no hubo brazo ocioso. Entre gritos y tropeles, chanzas y caídas, se animó el corral. Lejos huyeron los pájaros del abra, refugiando su miedo en los bosquecillos de las quebradas.. Cerca de la puerta del corral, están las brasas para calentar las marcas. Buen fuego reparador, que perfuma el aire con olores de carne asada y ancos rescoldeados a campo abierto. Allí se prepara el yerbio con alcohol, buen fuego sobre estas alturas, atendido por kollas floristas y changos comedidos.

Eusebio Colque está ahí, junto al fogón, saboreando el yerbio. Alguien se hace cargo de su arreo. Alguien le informa sobre el desarrollo de la yerra.

Bajo el anochecer brumoso, con las alas de los sombreros cayendo sobre las caras como capotas, los hombres y las mujeres de Falda Azul se disponen a corpachar.

Junto al bramadero, en el centro del corral, han practicado un hoyo, en el que enterrarán las señales, los pedazos de colas, las hojas de coca, la chicha.

Mamá Rosa, vieja puestera, dirigirá la ceremonia de la corpachada, rito de la gratitud india para la Madre de los Cerros, para la máxima divinidad de la montaña, para Pachamama, misterio creador de la fuerza que anima la vida andina, que auspicia el viaje, que ayuda a vivir y a morir, a amar y a olvidar; para Pachamama, deidad desconocida y bien amada, que tiene su refugio en las grutas ignotas de la sierra, entre música de queñas invisibles, arpas encantadas y tibiezas inefables; para Pachamama, dueña y señora de los picachos y de los pastos, de las bestias y de los hombres, la que se enoja en los temblores, la que protesta en el rodar de los truenos, la que extravía al hurgador que ofende la tierra buscando oro, estaño y plomo; para Pachamama, la que sueña cuando la luna es grande, la que suspira cuando el aire es suave, la que llora con el lloro fresco y mudo de los pedregales, la que busca en el silencio de las chozas las frentes entristecidas y los ojos pequeños, cerrados más que por el sueño, por la fatiga de andar, de sufrir, de esperar ...

Están corpachando los kollas en el abra de Falda Azul. En el hoyo del corral, todos depositan sus ofrendas: coca, tabaco, flecos, crines, señales, flores humildes, hechas por las pusteritas. Si esas gentes pudieran vivir sin corazón, los hombres lo enterrarían - cofre de angustias, de cantares y de goces- en ese rincón simbólico.

Mamá Rosa, solemne, canta. En las coplas corpacheras se piden venturas y beneficios, se suplican perdones. Mamá Rosa canta y conversa con la tierra, arrodillada frente al hoyo: "Para que vuelva a los potreros el novillo perdido. Para que la nieve y las heladas no perjudiquen los pastos... Para que los changos sean grandes y buenos. Para que el tigre y la víbora no mermen el ganado en los montes. Para que ella, Mamá Rosa, vieja, enferma y casi ciega, pueda dirigir futuras corpachadas ...

Eusebio Colque también tiene algo que decir a la tierra. Se arrodilla. Y mientras habla, va depositando en el hoyo, lentamente, hoja tras hoja, la coquita de su chuspa, y algún fleco de su poncho. Por el tajo breve de sus ojos penetra, el crepúsculo montañés con su frío, su niebla y su misterio, y alimenta el espíritu de ese hombre de los caminos.

Y Eusebio murmura apenas: "Para que mis burritos no se me lo mueran. Para que mis pieses no se cansen aunque yo esté viejo. Para que mi mujer se sane de ese mal que no la deja respirar. Para que mi hijo que está en Yavi, no sea ingrato, y me lo traiga a mi nieto, así lo puedo ver, y acariciar, y contarle muchas cosas que él debe saber . . ."

Y el hoyo simbólico sigue recibiendo las ofrendas de Mamá Rosa, de Eusebio Colque, de Mamerto Mamaní, de todos, hasta de las pusteritas y de los changos del fogón, hasta del maestro de la escuelita de Molulo, abajeño que asiste, entre curioso y conmovido, a la ceremonia de la corpachada.

Dirigidos por Mamá Rosa, todos cantan la copla ritual:

*"Que la Pachamama los reciba,
regalitos de la tierra ...
Que la Pacha nos ampare,
que multiplique la hacienda ...
Aunque se agrande el corral,
que se güelva cielo y tierra..."*

El aire se pone más helado. El nublado se asienta, sobre el abra. Está cerrando la noche y el alma de las piedras está dolorida de murmullos. Por los listones de los ponchos, ruedan hasta temblar en la punta de los flecos, las lágrimas del ocaso.

Los kollas han concluido la corpachada. Han trajinado, han cantado, han bebido, han cumplido con la tierra. Ahora, se dirigen al puesto, como sombras afiladas en medio de la cerrazón. La fila india porta bultos de leña, asados, yuros lazos, marcas. Sólo hay dos o tres jinetes. Los demás, como siempre, como toda la vida, haciendo sobre la tierra una huella breve con la suela heroica de las ushutas.

Mamá Rosa cuelga su copla en la niebla:

*Que la Pacha nos ampare,
que multiplique la hacienda*

Eusebio Colque ha dicho todo lo enorme e importante que tenía que decir. Camina ahora, mudo, más liviano de alma, con una sensación parecida a la serenidad. ¡Cómo no lo ha de escuchar a él, la Pacha!

Alta noche.

Mientras el nublado se asienta lejos, una media luna triste y fría, vela los campos dormidos.

Por momentos, de lo hondo de las quebradas parte el ahogado mugido de algún toro que en la tarde sufriera la humillación de su poderío. La bestia huele y siente su derrota y queda como embramada en el bosque enmarañado de los huaycos.

Dentro y fuera del rancho del puesto, duermen los kollas bajo sus ponchos húmedos. En la cocina, un fogón muriente apenas rompe las sombras. Algún perro ahuyenta con una queja los fantasmas de su pesadilla.

Allá, en el corral del abra, sobre los pastos humedecidos, el aire comienza a mismir la lana de su silbo, y en la puiska invisible del remolino rueda lejos un madejón de silencio.

A veces, cuando la luna vence las brumas errantes, el murallón de cumbres parece animarse, y el pajonal se puebla de músicas extrañas, de voces de vertientes, de voces altas, afinadas de luna, de voces de guijarros y despeñados.

En la meseta, con la cabeza gacha y las orejas hacia atrás, meditando más que durmiendo, los cinco burritos de Eusebio Colque parecen anudarse con el aliento cálido, en un ansiado descanso.

Blanqueando sobre el campo quebrado, bordeando los barrancos, se estira, angosta y anhelante, la senda que une ese mundo sufrido con la vida inquieta y más amable, de la Quebrada de Humahuaca.

Agradeciendo las ofrendas de los hijos del cerro, desde su gruta ignorada, PACHAMAMA, fuerza misteriosa de la vida en la montaña, contempla su dominio de piedra, pastizal y soledad

...

IX

EL VALLE CALCHAQUI

Muchos han sido los viajes, giras y travesías que realicé a lo largo de los llamados Valles Calchaquíes.

Los he topado desde diversos sitios. En ocasiones, llegaba a ellos desde la Quebrada del Portugués, en el Sur tucumano. Otras, me asomaban al misterio de esa alta tierra desde Amaicha del Valle, o bajando del Alto de Ancaste, en Catamarca, o pasando por "Las Criollas", al fondo de San Pedro del Colalao, como quien busca los rumbos de Cafayate. O desde Pampa Blanca, en Salta, o desde los Laureles, Río Blanco, Quebrada del Toro.

Otras veces, luego de una larga excursión por el Chañi Chico de Jujuy, he topado Cerro Moreno, punta de los Salares, camino de Atacama, y torciendo al Sur luego de padecer los vientos de Acay y Cachi, llegando en una semana de trajines a la huella histórica del Valle.

Todos estos viajes los hice a lomo de mula. Jamás anduve por esas regiones en automóvil. En aquellos tiempos, era imposible usar otro medio que no fuera el caballo o el mular, pues no habla sino caminos de herradura. Luego se habilitaron caminos entre las montañas.

.Pero estando cerca y con algunos días disponibles, no he querido llegarme al valle calchaquí en automóvil. Prefiero mirar este aspecto de mi vida, esta etapa de mi juventud, como cosa cumplida, como ejercitación o disciplina de la paciencia y del amor a América. Lo siento como una manera de respetar a Pachamama.

Además, en aquellos días nos acompañaban los libros de la conquista y asuntos de nuestro continente. Sabíamos casi de memoria la tarea de Diego de Rojas, de Villacorta, Alvarado, Jerónimo de Cabrera, Gaspar de Medina, Montesinos. Conocíamos las aventuras de aquel andaluz travieso, el falso inca Bohórquez, su reinado en alto valle, su enjuiciamiento en Lima, su fuga, su desaparición.

Nos apasionaban Rojas y Arguedas, Chocano y Darío, Palma y Freyre. Leíamos con muchísimo interés a Echeverría, a Alberdi, a Juan Carlos Dávalos, a Canal Feijóo, a Fausto Burgos, a Jaime Mollins, Hernández, Javier de Viana, Herrera, nos eran familiares, como también la seria obra de don Adán Quiroga, su "Calchaquí", y las incursiones etnológicas de Lafone Quevedo, de Ambrosetti y Debenedetti, de Ricci y Podnasky. Los Comentarios del

Inca Garcilaso eran nuestra Biblia folklórica, nuestro radar en la bruma del mundo incásico. Y nos consolaban en la soledad de los caminos los yaravíes de Mariano Melgar, los huaynos de Alomías Robles, los temas aymarás de Cava y Benavente.

Algunas veces, por ahí, norte adentro, nos enfrentábamos con gente que tenía algo que decirle al mundo, a nuestro mundo. Y es así que en una aldea pequeña, o en un sencillo salón de provincia, escuchamos charlas y conferencias de Torres López sobre el Amazonas, el Acre y Matto Grosso, y asistimos a los trabajos y desvelos de un joven musicólogo que caminaba paso a paso el valle y la sierra inmensa anotando melodías, frases, gritos y antiguas danzas. Se llamaba Carlos Vega, Y hoy representa con autoridad y talento a los hombres sabedores del canto de América.

Nos habíamos formado una idea de nuestra tierra. Una idea romántica, llena de sueños heroicos, sin calendario y sin fruto económico alguno. Queríamos conocer nuestra Argentina, metro a metro, cantar junto a los arroyos, dormir en las grutas o bajo los árboles, pasar las tardes leyendo los libros que llenaban las alforjas, y andar, sin otro propósito que conocer, cantar, bailar una zamba, conquistar un amigo, enjoyar de paisajes la nostalgia para que nada nos pareciera demasiado triste.

Ansiábamos resucitar el gaucho que los abuelos depositaron en nuestra sangre, queríamos atesorar el canto del Viento, y este anhelo nos entregaba dificultades y desvelos.

Pero todo lo vencíamos. Hambre y sed, fatiga y soledad, eran para nosotros motivo de experiencia, pero jamás los sentimos enemigos capaces de doblegarnos.

Queríamos merecer la honra de haber nacido sudamericanos, y cada viaje al Valle Calchaquí era como un curso en una infinita universidad telúrica. Esquivábamos las "farras" en lo posible. Buscábamos las "reuniones", las escenas con danzas, con vidalas, con versos, con cuentos del campo, con referencias históricas. Es decir, cada uno de nosotros, quería aprender cosas que nos ayudaran a crecer por dentro.

Hacíamos chistes sobre la tercera dimensión, sobre el sentido de profundidad, o de conciencia del ser. Pero ahora pienso que no era por gracia la referencia. Mis compañeros de viaje fueron diversos, según las provincias y los años, y siempre me han tocado en suerte excelentes personas, jóvenes o maduros, todos buenos camperos, paisanos prudentes y sufridos, y gente con espíritu. Gastábamos con frecuencia un dicho de mi tío Gabriel:

- "Pa ser alto y ancho, basta con puchero y mazamorra..."

Y como entendíamos que sólo con eso no se llegaba a Hombre, leíamos con gran dedicación cuanto libro llegaba a nuestras manos, y caminábamos, sin apuro, libres como el viento, por

todas las huellas del Valle Calchaquí. Rara vez acampábamos en algún puesto, o en una aldea. Nos placía desensillar al aire libre, bañar las bestias, atarlas a lazo largo, luego lavar nuestras ropas, preparar alguna vianda sencilla.

Uno anotaba cosas del viaje, otro "tinquiba" el sombrero como acompañando con ritmo una copla de baguala. Otro, allá, sobre el bordo, meditaba, o rezaba.

Uno de los viajes más felices, lo realicé hace veinticinco años, con Ruiz de Huidobro y Felipe Chocobar. Los dos, criollos y jinetes, los dos, capaces del más grande esfuerzo; los dos, siendo uno culto y de tradicional familia tucumana y el otro indio de la comunidad amaicheña, probaron ser aptos para entrar en el misterio de las salamancas, para penetrar en el mundo de los símbolos, para callar cuando era menester oírlo al silencio.

Esta excursión, que duró más de cuarenta días, la iniciamos en Raco (Tucumán) y abarcó tierras de Catamarca, Salta y Jujuy. Fuimos por las montañas y todo el Valle Calchaquí y volvimos por el camino nacional, por el carril que ahora denominan Ruta 9. Sólo que en Lumbreras (Salta) abandonamos el ancho y fácil camino para penetrar a las boscosas serranías de Anta, donde pasamos varios días cazando monos y tapires americanos y rastreando pumas entre el Río Espinillo, Cerro Pelao y Río Las Víboras, cerro adentro, más allá de la vieja finca de los Matorras.

Llevamos, además de las mulas de montar, dos mulas chaznas con los avíos, ropas, libros, un charango, una flauta de caña y una vieja caja vidalera. Con estos elementos y un firme corazón esperanzado, cualquier criollo puede recorrer el mundo contando tradiciones de su patria, y aprendiendo el canto de otras tierras.

Siempre he pensado que nada es mejor que viajar a caballo, pues el camino se compone de infinitas llegadas. Se llega a un cruce, a una flor, a un árbol, a la sombra de la nube sobre la arena del camino; se llega al arroyo, al tope de la sierra, a la piedra extraña. Pareciera que el camino va inventando sorpresas para goce del alma del viajero.

Además, el hombre tiene la facultad del canto, y como no es necesario cantar hacia afuera, haciéndose oír, el viajero "de a caballo" puede sentir todas las coplas vibrando en su garganta sin que sea menester emitir un solo sonido. Y puede lograrse un estado de gracia o de emoción intensa. Yo lo he experimentado en largos viajes y durante años. Muchas veces me han señalado como si fuera una sombra callada que pasa, cuando en realidad mi corazón flotaba como la espuma en el tope de una ola, y todo el canto del mundo, desde el más olvidado yaraví hasta un coral de Bach, pasaban ayudando a mi vida, estremeciéndome de dicha, de pena o de emoción. Más de una vez estos recónditos conciertos me han dejado

rendido de fatiga, luego de tanta exaltación. Y así he vencido muchas leguas, y así he aprendido a descubrir las mil llegadas de un largo viaje, mientras la bestia ajusta su marcha a un rítmico tranco, y los caminos se pueblan de hechicerías en su afán de merecer el Canto del Viento.

Penetrar en el Valle Calchaquí, atravesarlo, vivir en él, significa una deliciosa experiencia. Algunas veces, un viejo dominico, el padre Robles, solía decir que si Dios hubiera elegido lugar para su paz, se hubiera decidido por la zona comprendida entre Colalao del Valle y Tolombón.

-Ahí todo está sereno – decía -. Hay una paz bíblica, alcanzada, madurada.

Yo creo que tenía mucha razón en su apreciación. He atravesado esos valles a distintas horas, en tiempo diverso. He bajado de las nieves, en descensos peligrosos, en que la mula resbala sobre barro nevado juntando sus patas, mientras abajo y lejos brama el río. He pasado bajo el plomo de la siesta en los veranos, observando en las aldeas las viñas maduras, el membrillar repleto, las ciruelas coloreando en los patios, las acequias claras y frescas; he caminado leguas bajo la luna grande de los valles, como atravesando una senda de plata.

Muchas veces, en las orillas de los pueblos, cuando se busca el rumbo hacia la noche abierta, hacia el desierto, el valle nos regalaba su pedazo de copla bagualera. Un gaucho, un vallisto, nos cruzaba en la senda con ruidaje de cueros, guardamontes y espuelas.

La voz, áspera, más alarido que música, coleaba notas agrias en el aire. Pero en pocos segundos, cuando la distancia comenzaba a idealizar las cosas, la "baguala" alzaba su clarínde saudades, y no creo que se pueda oír nada más bello, ni más criollo.

El fuerte crujir de cueros se habla esfumado. Y la espuela era un tierno tintinear lleno de encanto, mientras la voz del paisano era como una flecha salida del corazón de la tierra:

*"Yo soy Jacinto Cordero
la lima que corta el fierro..."*

El Canto del Viento ha buscado las arenas del Valle Calchaquí, para sembrarlas de coplas y tonadas, y refranes y sentencias. En cada rancho se cobijan los hombres bagualeros que el Carnaval reclama, en esas tardes en que la chaya suelta sus palomas de harina y la albahaca comienza su reinado con repecho en las trincheras, zamba cajoneada y luna cómplice.

Es una incomparable emoción cruzar por esos valles soleados, mirando allá lejos algunas cumbres nevadas, tratar con el paisanaje lleno de tradición y cordialidad, contemplar esas rutas que ganan las cumbres, por donde transitaron los conquistadores, ver el amplio escenario

donde los Calchaquíes ofrecieron durante más de cien años tenaz resistencia. Como sombras de la epopeya de América parecen escalar los altos montes y desde allí contemplar, como estatuas de greda y soledad al mundo entero, los ojos de Chelemín, Chumbita y Juan Calchaquí.

¡Juan Calchaquí! Fue libertado para ir y ordenar la rendición de su gran pueblo indio, y caminó hacia el oeste, pasando de cumbre a cumbre, y una mañana, en lo alto de un peñasco, gritó su grito último y se lanzó al abismo.

Por esos valles, y en la oscura mirada del paisanaje vallisto, anda el alma de Juan Calchaquí, libre y señor del valle, armado cacique de todas las tradiciones de bravura, coraje y sentido de la soberanía. Quizá mucho de él alienta en la baguala, en esa infinita poesía sin palabras que es el canto de la inolvidable tierra calchaquí.

Al cerrar este breve capítulo, quiero fijar los versos de una canción escrita hace treinta años, y que ningún cantor de fama ha cantado nunca. Es un hermoso tema de baguala dramática, que pertenece a la colección de un pianista que viajó mucho por ese norte luminoso: Arturo Schianca.

Hace muchos años, en Salta, Schianca me dio estas coplas, con su texto musical correspondiente. Solíamos cantarlas por las noches más allá de Rosario de Lerma, cerca de Los Laureles, a la orilla del río Blanco, donde pasé largas temporadas.

Y en la vieja ciudad salteña, caminando entre plática y poema, con Díaz Villalba, Barbarán Alvarado y Julio Luzzatto, solíamos entonar esta baguala tan seria y cabal. Luego, cerca de 1943, la estrené oficialmente en el teatro Rivera. Indarte de Córdoba. La cantaba un coro formado por estudiantes norteños de la universidad cordobesa. Desde entonces, no he vuelto a escucharla. Un día la encontrará alguien, hermosa y olvidada en un camino. La limpiará de arenas y nevadas y pensará que se ha topado con una joya. Y será verdad.

“CALCHAQUE”

Soy de raza Calchaque

Raza que adora al sol

Sol que nos dio la vida

Vida que fue de amor.

No han quedao mas que piedras

Pa' recuerdo y dolor

De la raza Calchaque

De los hijos del sol.

Ya no existe mi raza

Ya no alumbra mi sol

No han quedao mas que piedras

¡Piedra es mi corazón...!

ROMANCE DEL ENTIERRO KOLLA

Quemaba el sol en la blanca
calleja de Maimará.
El añil del duro cielo
lucía su eternidad.
Alfombra tierna de flores
iba tendiendo el tuscal
mientras enero dormía
su siesta en el pedregal.

De pronto, mientras bullía
la abeja sobre el maizal,
el rojo sobre la alforja,
y bajo el cielo la paz,
por la calle larga, larga,
en un apretado haz
pasó la muerte callada.
Pasó la vida a la par.

Delante, la cruz de palo
sin nombre para nombrar.
Detrás los indios de bronce,
alcohol, silencio y pesar.
Cholas de viejas polleras,
manos de fogón y erial.
La vida llevando muerte
en un mismo caminar.

Rosas de papel y engrudo
jamás han de perfumar.
Para ayudarlas lloraron
las tuscas de Maimará.
Rumos de comadres kollas
falsificando un rezar
pasó por la calle larga.
Vida con muerte a la par.

Fuera la novia del hombre,
o la madre, ¿qué más da? ...
Fuera un changuito de ensueño,
buscador del Más Allá.

Fuera un hombre de los surcos
hermano del pedregal ...
Pasó la vida y la muerte,
quien se fue, y el que se irá.

Muerte que pasas callada
por la siesta de cristal
con rezos de ojotas indias
sin pompas ni funeral.
¡Llévate esta flor siquiera,
mi copla y mi soledad,
y este cántaro de sueños
rotos en el pedregal!

Quien lleva la muerte adentro
tiene una fuerza vital.
Si el hombre busca lo inmenso,
la muerte es inmensidad.
Desdicha del pensamiento
que poco puede volar
y busca simples razones
para poderse explicar. ..

Por la calle larga, larga,
un día me han de llevar
con cruz de madera indiana
sin nombre para nombrar.
Quiero un cortejo de coplas,
y por tumba, el pedregal.
¡Después ... déjenme con ella,
con mi novia soledad!

X

LOS MISTERIOS DEL CERRO COLORADO

Seguramente cuando Lugones, en sus magníficos *Poemas Solariegos*, hizo referencia a las "grutas pintadas del Cerro Colorado", no imaginó jamás la repercusión que su cita, habría de tener en el enjambre de estudiantes y estudiosos de arqueología, folklore y etnología, apasionados buscadores del ayer artístico de las colectividades.

Nuestra Córdoba, en el corazón geográfico del ayer argentino, presenta yacimientos arqueológicos ya famosos en el mundo. Nuestra gente, Imbelloni, Aníbal Montes, Lozano, Márquez Miranda, Rex González, han trabajado tenazmente en los distintos Inti-Huasi cordobeses. En Ongamira, en Pampa de Olaen, en Achala, en Cuchi-Corral y en Cerro Colorado, este último frontera de los departamentos Río Seco, Tulumba-Sobremonte.

Nuestros aguerridos investigadores han hurgado todas las piedras, toscas y areniscas hasta dejar al descubierto todos los signos de la cultura indígena, la labor de los artistas sanavirones y comechingones, la influencia de Tihuanacu y Cuzco en los cultos del enterratorio en huacas y tinajones, los ritos del viaje y de la muerte, y las diversas manifestaciones del entendimiento sobre la medicina, la siembra, la lucha en la selva, etc.

Casi sin ayuda oficial en la mayoría de los casos, costeando de su propio peculio las excursiones, excavaciones, traslados, etc., "hurgadores" de cerros han probado la importancia de los yacimientos arqueológicos y etnográficos de Cerro Colorado. Así fue que se produjo, hace treinta años, la llegada de los señores Gatner desde Londres. Estos ingleses estuvieron meses enteros entre chañares, picachos y vertientes, anotando, copiando, oteando constelaciones en las noches. Fue de ello el primer libro importante, nutrido, sobre Cerro Colorado. ¡Pero se llevaron el Sol de Inti-Huasi, descuajado de la mole pétreo, y ahora se exhibe en un museo de Londres!

El sabio Pedersen lleva años ya viajando por el mundo, de la isla de Pascua hasta los Pirineos. Estuvo, como todo inquieto, meditando en las cuevas de Altamira, copiando los viejos petroglifos de Transilvania, y en las grutas azules de Starazagora, cerca de la Macedonia búlgara, donde los Balcanes custodian maravillas arqueológicas. Pues, este investigador Pedersen, todos los años, desde hace más de quince, camina los angostos vallecitos de Cerro Colorado, y lleva estudiados más de cuatrocientos dibujos indígenas en la región, determinando la edad, la condición de los pueblos indios que los produjeron, comparándolos con otras culturas de América, Europa y Oceanía, haciendo, en fin una enorme labor de esclarecimiento y análisis. Lástima que tan valiosa obra, que abarca seis grandes tomos, tendrá que publicarse en danés, porque no alcanzó a tocar la sensibilidad de nuestros editores. ¡Claro! Son obras demasiado caras sobre asuntos "ya viejos" ...

Mientras tanto, Cerro Colorado, desde el 15 de marzo de 1958, es monumento nacional. Son centinelas de sus reliquias etnográficas todos los vecinos, que suman ciento cincuenta en la legua cuadrada. No faltan "turistas" que borroneen piedras, o hurten flechas, o estropeen senderos. Pero esto se comprende. Hay todavía gente que no ha aprendido a oír la voz de todos los dioses que le transitan por la sangre a nuestra América deslumbrante y misteriosa. Cuando se sube a las cuestas del Veladero, del Cerro Mesa, del Colorado, del Cerro de las Cañas o del Cerro de los Pumas, se va hacia los sitios exactos de los mangruios comechingones. Ahí se descubrieron tumbas, algunas momias. Allí se hallan puntas de flechas, pequeños huaicos en el granito. Y a lo largo de esta cadena de sierras, centenares de cuevas con dibujos en rojo-negro, en rojo-blanco, con tinturas indelebles. Figuras de caciques,

de guerreros. Escenas de luchas con pumas. Llamas, multitud de llamas "enfloradas, de andar suave", como decía Zerpa, pintadas con belleza y precisión por los artistas aborígenes.

Y allá abajo, cerca del río de los Tártagos, o al pie de la Quebrada Brava, los claros ranchos del paisanaje cerreño, entre higueras, algarrobos y piquillines. Allí están los Saravia, los Bustos, los Contreras, los Argañaraz, los Guayanes, los Medina, los Samamé. Cualquiera de ellos tiene bisabuelos enterrados en la comarca. Al custodiar las reliquias indias, guardan el eco diez veces sagrado de las coplas que caminaron carnavales y navidades, encendidas de amor y de amistad, de gracia y de nostalgia. Porque Cerro Colorado es un país de guitarras y de cantores. Allí nadie aprende a tocar la guitarra. Los changos observan a los viejos guitarreros lugareños. Los oyen diariamente, y un día salen rasgueando un "Gato" con un sentido del ritmo y una seguridad tal que envidiarían sanamente los jóvenes de "Guitarreadas". El nieto de Tristán Saire, el domador, era buscado como "musiquero" en los bailes de cumpleaños y bautizos. Y tenía seis años. Y Luis Martínez, maravilloso chango de ocho años, cuando, en los domingos, bajan de los autos los "turistas", al ver a algunos de ellos con una guitarra, grita: "¡Ahí llega un alumno ... !" Y canta feliz hasta entrada la tarde, y zapatea, y dice de memoria mucho del Martín Fierro. Luego están los maduros: el indio Pachi, moreno y buenazo. Roberto Ramírez, incansable y creador de chacareras; el montaraz Rodriguez, cuidador del Cerro y "coplero de los caminos." Y luego todos: porque todos, en alguna medida, rasguean guitarra, sueltan su copla en la tarde, mientras los rebaños descenden retozando, y las palomas cruzan de monte a monte, como un mensaje que va pintando sombras sobre los surcos de las chacras maiceras.

En el Cerro no hay hoteles, ni electricidad, ni estaciones de servicio. Es decir: todo es perfecto, como cuadra a una aldea pequeñísima, con gente sencilla y buena, y profundamente honesta; con caballada flor, con hondas quebradas y plácidas arenas; con un reino de zorzales, reina-moras, juan-chiviros y palomas; con higueras y duraznos, y tunas; con aromas de doradilla, menta y romero; selvas de berros en los arroyos, y viejas trenzadoras de hilos bermejos y azules junto a primitivos telares.

Hace más de veinte años, la vida me llevó por un camino de chañares florecidos hasta el Cerro Colorado. Andábamos en un viejo camión, dando exhibiciones de películas mudas. El "telón" era una sábana cruzada en los caminos, de árbol a árbol. Sabíamos cobrar cincuenta centavos "del lao que se puede leer", y veinte centavos del otro lado. Teníamos un público de botas y espuelas, de alpargatas, y casi todos en sulky o de a caballo. Luego se realizaba el "concierto", y se ofrecía cinco pesos de premio a la mejor mudanza de malambo. No al mejor bailarín, sino "a la mejor mudanza". Así recorrimos todo el norte de Córdoba y la región

santiagueña, desde Sol de Julio, Ojo de Agua, Sumampa, hasta los venerables jumiales de Salavina. Así se nos pobló el corazón de vidaladas y saudades. Y como los poetas no escriben sin brújula, bendigo la sagacidad y el consejo de Leopoldo Lugones, que señaló, para goce del alma y retozar de mi caballo, las famosas "grutas pintadas del Cerro Colorado".

Y CANTABAN LAS PIEDRAS

*Y cantaban las piedras en el río
mientras mi corazón buscaba en vano
las palabras exactas en la tarde.*

*El Cerro Colorado soltó sus aguiluchos
y se quedó en silencio como un nido vacío.
El agua tiene pájaros; yo siento sus gorjeo,
El agua tiene penas, insomnios y delirios.
El agua es la conseja del abuelo
que midió el mundo con su paso firme
hasta encontrar la arena,
y envejecer tranquilo.*

*Y cantaban las piedras en el río.
En el arpa dorada de la tarde
guardé mi copla de guijarro antiguo.
Vino la noche al fin,
distinta en cada uno, para el árbol,
para el aire, la piedra y el caballo.*

*Yo construyo la noche dentro mío.
Corro de estrella a estrella y las enciendo
Bebo en copa de ocaso los vinos de mi sueño.
Mía es la sombra azul y su misterio.
Veo como retornan los pájaros al monte.
Yo custodié sus nidos.
Los pastores ya bajan la montaña.
Los pastores sembraron en la sierra su silbo.*

*Ya olvidé la belleza de la tarde.
Triunfó la noche azul sobre mis ojos.
La noche me salió como una estatua.
Para hacer su hermosura me salí de mí mismo.
Yo repartí en pedazos mi noche sobre el mundo.
Y me quedé esperando con la mano tendida.
Contemplando la arena, pura sombra infinita.
Yo, que hice la noche, me quedé sin mi noche.
Me quedé sin mí mismo.
Y el sueño me rondaba sin alcanzarme nunca.
Y cantaban las piedras en el río.*

XI

LA LAGUNA BRAVA

"Yo busco hombres. No paisajes ... Así me respondió Juan Alfonso Carrizo, el folklorista catamarqueño, tenaz buscador de coplas y cantares, autor de los más nutridos cancioneros provincianos, estudioso, investigador, buen cristiano y leal amigo.

Me lo topé allá por Banda Florida, al otro lado de Villa Unión, en el oeste riojano, en 1940. El hombre preparaba su hermoso Cancionero de La Rioja. Los maestros de la zona le tenían preparado coplas y cuadernos con leyendas, chascarrillos, maldiciones, alabanzas o sentencias recogidas de viejos lugareños. Luego, Carrizo, en su retiro conventual, haría la selección, ajustando la clasificación por época y contenido, estableciendo la relación entre lo autóctono y lo adaptado, desentrañando así los asuntos que llevan a conocer de verdad el alma de los pueblos, las líneas generales y esenciales de su fisonomía espiritual y moral, su inclinación a la gracia o al drama, a la esperanza, a la rebeldía o a la resignación.

Yo estaba lejos de esa disciplina. Caminaba por mi tierra ganado por el misterio irresistible de la leyenda del Canto del Viento.

En La Rioja, alguien me había dicho que en plena cordillera, a dos jornadas completas al oeste de Jagüé de Arriba, había tres lagunas, muy grandes. Y una de ellas, con un enorme oleaje como si a través de la mole andina, en cavernas recónditas se comunicara con el agitado mar Pacífico.

Y quise ver la laguna, y por esa razón una noche hice alto en Banda Florida, en casa del maestro Roberto de la Vega, donde tuve el placer de hallar a don Juan Alfonso Carrizo.

Mayo preparaba sus nubarrones grises entre los desfiladeros de la precordillera, y los vecinos echaban un poncho puyo sobre sus hombros al caer la tarde. Luego de unas horas de amable charla con de la Vega y Carrizo, con evocaciones del valle calchaquí, de Tucumán, Salta y Jujuy, con coplas dispersas y nombres ligados a nuestros afectos, invité a Carrizo a trepar la cordillera y visitar la Laguna Brava. Fue entonces cuando me respondió sonriendo: "Gracias, amigo. Yo busco hombres. No paisajes. ..."

Al día siguiente, partí solo, condecorado de inspector de soledades. Descansé en Villa Castelli, bajo los tamarindos, junto a viejas pircas de adobe de una sola calle larga. Y por la tarde llegué a Vinchina.

Don Custodio Astorga, encargado de la "Aduana", me indicó la casa de Héctor Carreño, a quien yo debía solicitar las mulas para la aventura.

Gentilísimo, don Carreño ordenó encerrar una tropilla, y esa noche, luego de cenar, hicimos la lista de las cosas para el avío. Colaboraron el maestro Alanis y don Moisés González, el anciano guitarrero de Vinchina, arriero retirado y cantor eterno.

González tomó el asunto como propio, con gran celo, y recomendó especialmente dos kilos de polvo de carbón, "pa cruzar arroyos escarchaos", evitando que las mulas resbalen y caigan al abismo.

Me indicaron, como baquiano, a Félix Cruz, un criollo cuarentón, morrudo, callado. Y el 20 de mayo partimos montados en sendos mulares, llevando dos bestias de carga. Felizmente no había Zonda cuando nos metimos en la Quebrada llamada precisamente Del Zonda, un angosto callejón de diez kilómetros cuesta arriba, al que es imposible cruzar sin tiempo sereno. Merendamos en la Quebrada de los Loros, admirando paisajes de encantamiento. Y llegamos a Jagüé con las últimas luces del día, a casa de los Robledo, donde pernoctamos.

Es decir, donde yo dormí, porque Félix Cruz se había evaporado. Llegó al aclarar del día siguiente, hediendo a grapa vallista. Pero el hombre se justificó. Había salido a saludar viejos compañeros de arreo, a averiguar cosas del camino, asuntos del andar. Portaba juegos de herradura, varios cabos de vela y algunas huascas.

A la media mañana abandonamos Jagüé. Ya no veríamos poblaciones. Entre jarillas y pajonales, por un estrecho sendero, hicimos un largo trecho. Cruz iba adelante, y de a ratos yo escuchaba su silbo, desarrollando una breve madeja de melodías.

Era un compañero ideal. No hablaba. Por momentos, detenía su bestia y cuando nos apareábamos me indicaba los nombres del camino:

"Esto es Piedra Grande. Luego viene la Barranca de Zabaley. . . " Y dando un chistido a la mula, ganaba la senda, cuesta arriba.

Cuando el sol enderezaba hacia las altas cumbres del Cerro Leoncito, entre el Veladero y el Plateado, vimos que nuestro camino se encontraba con otro que zigzagueaba entre las laderas y se perdía hacia el noreste.

"Esa senda, si la sigue, lo lleva a Tinogasta de Catamarca", me dijo. *"Se juntan aquí, y en dos horas estaremos en Punta del Agua".*

Y así fue. Cuando comenzaba a refrescar de veras, llegamos a una choza apenas levantada, construida con lajas y puertas de cardón. Estábamos en Punta del Agua.

Allí vivía un verdadero solitario. Un minero, hurgador de socavones.

"Las lunas, cuando se gastan, se vuelven cuarzo", decía el poeta.

Y este hombrecito pequeño, italiano del Piamonte, llegado de niño a nuestra tierra, luego de tareas diversas en Buenos Aires, topó las cordilleras y hacía diez años que vivía en Punta del Agua. Sus manos, todos los días, infinitos días de soledad, en un deslumbramiento de piedras, viento, sol y luna, golpeaban la montaña, trizando las lunas gastadas que enjocaban el misterio de los socavones.

El minero me habló en largas horas, y en frases breves, con un particular sentido de los intervalos, de su vida en la montaña. Me contó historias de vicuñas, de chinchillas y chinchillones, de berilo y wolfram, de cuarzos y nacaritas.

Ya Cruz me había advertido que no hiciera preguntas. Yo consideraba inútil la advertencia, puesto que por respeto y por principio jamás pregunto nada a nadie. Quien quiera hablar, que hable, que exponga, que se confiese, si es su gusto, su necesidad, su agrado. Desde chico aprendí, entre paisanos que en la soledad el diálogo está demás. El monólogo es el lazo de un solo tiento que va armando sus rollos, encebados de prudencia, de comprensión, y termina por pialar los más altos sentimientos de la buena amistad, de la altiva y cabal relación entre los hombres del campo.

Se puede dialogar con respecto a la naturaleza, a potros y pastos. Pero jamás intentar penetrar la sagrada zona del corazón de un paisano, o descubrir de golpe su íntimo pensamiento.

"Allégate a la gente por camino ancho ande te vean de lejos; así no se enredan las cosas, y todo será mejor. . ."

-decía mi Tata. Y estas enseñanzas, agrestes y valederas, me sirvieron para sentirme muy amigo del minero solitario de Punta del Agua. Al día siguiente, cuando partí hacia las cumbres, pensaba, quizá por criolla ocurrencia, que hablamos coincidido con Juan Alfonso Carrizo, que buscaba hombres para sus asuntos de recopilador, como yo paisajes para la sed de mi sueño, y comprobando, al fin, que el mejor paisaje es el del Hombre.

Pechamos las soledades, mulas muertas; pastos amarillos. Abra de los Chinchilleros, Corral de los Cóndores, la Laguna Verde, la Cruz de Lindoro Rios, y al fin, la Laguna Brava.

Estas etapas nos costaron tres jornadas bien cabales.

Alcanzamos un refugio cordillerano, construido en forma cónica, al que se entraba como a un caracol hasta dar con una estancia amplia, en la que cabían cómodamente hasta cinco jinetes con sus cabalgaduras. Allí encendimos un buen fuego con leña de kéñua, "leña' i toro", y bebimos buen "yerbiao". Afuera, dispusimos manear las mulas, darles un poco de maíz quebrado en el morral, y dejarlas junto a una vertiente bordeada de un áspero pastizal oscuro.

Estábamos sobre los tres mil metros, hacía frío, y contemplamos una sucesión de cumbres donde parecían quebrarse, maravillosos arcoiris en una catedral de espejos.

Pero la famosa Laguna Brava era también un espejo quieto, dormido en la meseta andina, sin el menor oleaje. A veces un aletazo de viento rizaba a contrapelo el matorral de juncos de la orilla, y se dibujaban pétalos de una acerada rosa sobre el agua, en semicírculos que se ampliaban graciosamente hasta perderse en la paz de la tarde. Pero en los tres días que acampé allí, no vi jamás ni siquiera a la laguna, "brava".

Es posible que mi informante de La Rioja me haya jugado una broma. Es posible, también, que alguien, en día de viento fuerte, haya visto la Laguna Brava con un movimiento como de oleaje. Luego, la fantasía, la imaginación de los arrieros, la leyenda en fin, quizá hubiera construido una bella historia de esa plácida laguna andina. . De todas maneras, no me arrepiento de haberla conocido.

El andar por el oeste riojano desde Huandacol hasta Jagüé, me regaló paisajes y me relacionó con gentes amabilísimas y criollas. En Huandacol escuché esta vidala, que, llamé "del hombre feliz":

*"En mi campito riojano
madura el maíz ...
Buscando felicidades
muchos se ausentan de aquí.
Yo, sin dejar estos pagos
las dichas vienen a mí.
¡Qué lindo poder decir:
Yo vivo feliz!*

*En mi campito riojano
madura el maíz..."*

Juan de Dios Flores la cantaba, aprendida de un anciano pariente. Y una mujer madura, escasa de leña para su fogón, repicaba en su tambor mientras cantaba con aguda voz:

*"Qué casta será la mía. Mi magre no fue cantora.
Cuando oigo sonar la caja se me hace el mundo totora."*

Y Moisés González, el legendario trovador de Vinchina, cantaba en largos versos historias y compuestos sobre acontecimientos ocurridos en la vida de su región. Contaba de un chileno que apareció un día, trató con los campesinos, rodeó hacienda y mulares guapos, pagó religiosamente y llevó la tropa a Chile, por el mismo camino que yo haría cuarenta años después.

El buen chileno repitió la operación al año siguiente, pagando unos pesos de más por cada res. Y otro año más llegó, reuniendo una tropa grande, y dijo que esta vez lo tendrían que esperar unos dos meses por el dinero, "porque habían cambiado las leyes en su tierra . . .", y ahora pagaban contra la entrega de la hacienda.

Todos los vecinos le aceptaron. ¡Era tan bueno!

Y todavía lo están esperando. Nunca más volvió. Nunca más vieron al chileno, jinete en un macho zaino, animal vivísimo, voluntario, de envidiable "marchao".

*"Cayó un chileno a Vinchina.
Hombre de linda palabra.
Era una fiesta en el pueblo
cada año que se allegaba..."*

González cantaba esa y otras historias jugosas de Vinchina.

Allá, en el extraño refugio andino, Cruz me contaba despaciosamente las aventuras de los reseros, los viajes hasta San Antonio, primera aldea chilena del valle de Vicuña. Desfilaban seres alegres, solemnes, cuentos sobre cóndores, fábulas de don Nazario Vargas, el drama de Lindoro Rios, la paciencia de los chinchilleros ...

Yo escuchaba, como cuando niño, esas historias, y casi todas estaban vinculadas a los hombres que conocían la leyenda del Viento.

Los cantos, las historias de paisanos, reseros y puesteros, confirmaban la base real de esa fuerza que hace caminar a los trovadores por todos los caminos, anhelantes y desvelados.

La luna de los Andes, como un tambor hechizado, me sugirió algún tema: Un preludeo que después titulé "Danza de la luna".

La vida de los campesinos me dio los elementos para el "Regreso del pastor", y para la "Vidala del malquistao", que el crítico Borda Pagola, de Uruguay, denominó "Vidala dolorosa" años después.

No resisto a la tentación de relatar un episodio de esas tres noches pasadas en un refugio cordillerano.

No quiero cansar al lector con detalles de una "rastreada" de vicuñas en la meseta, que duró muchas horas; ni el placer de llenar una alforja con la flor de la "poposa", una especie de hongo cristalino que crece bajo las peñas de esos parajes, y que usan en el lavado del cabello, y para curar "las vistas irritadas".

Alguna otra vez narraré la vida de las "picadas", mezcla de lechuza y paloma, anunciadoras del Zonda y de las nevadas grandes.

La última noche pasada en el refugio, a la par de la Laguna Brava, estábamos junto a un débil fuego, fumando, en silencio, en ese silencio que tanto respetan los paisanos, sabedores de que la meditación es un rito.

Afuera, un silbo creciente de viento libre. Arriba, una luna llena, que ya habíamos admirado, y un inmenso misterio callado, de cumbre a cumbre.

De pronto, Félix Cruz habló:

-En Vinchina estarán los amigos zambeando lindo...

-¿Alguna fiesta? -le pregunté.

-¡Claro! Y ya me habían apalabrado para ir. Como es 25 de Mayo ...

¡Verdad! Sin calendario, ni reloj, era otro universo en que vivía, otras las sensaciones. Me resultaban pequeños los ojos para ver las cosas de esa inmensidad, para conocer piedras, guijarros, cumbres, bichos, vertientes, pastos, historias, huellas, leyendas ...

Nos pusimos de pie, y brindamos por la Patria, bebiendo un aguado café de nuestros jarros de lata.

De repente, tuve una idea, una ocurrencia. Mi alforja se habla descosido cuando en Vinchina, días antes, cargaba clavos y otros objetos de metal. Y recordé que en la noche remendé la alforja con una cuerda de guitarra, una "tercera".

Corrí al rincón de los aperos, y hallé la prenda de viaje. Despacio fui deshaciendo el torpe hilván hasta recuperar completa la cuerda.

Luego, la até, bien tensa, al mango de mi rebenque. Y a manera de puente, le añadí una caja de fósforos.

Don Cruz me miraba con una sonriente curiosidad, sin entender la razón de mis movimientos.

Es que me estaba fabricando una vihuela de una sola cuerda.

Varias veces tuve que asegurar la tensión de esa "tercera", hasta que, probándola, alcanzó una nota que me conformó.

-Bueno, don Cruz – le dije-.

- Ahora nos vamos a dar un concierto en homenaje al 25 de Mayo.

Y, abordando la mera melodía, ya que pulsaba una sola cuerda, toqué unos compases del Himno Nacional.

Cruz, de pie, quitóse la gorra andina, y su sonrisa desapareció.

Luego, La Zamba de Vargas, y una Vidala Chayera, y hasta canté en voz baja algunas coplas. No sé cuánto tiempo estuvimos ganados por una particular emoción, a raíz de una ocurrencia que más parecía una "sonsera", pero que en el transcurso de la noche adquirió la importancia que tienen las cosas cuando sentimos que nos galopa en la sangre un cálido y sagrado fuego.

Al día siguiente emprendimos el regreso.

Recuerdo cómo festejé una salida de Cruz, cuando para vencer la Hollada de los Chinchilleros metíamos espuela a las mulas. Recordando algo de la noche anterior, gritó:

-¡No le afloje, don! ¡Métale con la guitarra también ...

Y seguimos, por las largas sendas que descienden hasta Jagüé. Allí quedaban las cumbres, las mesetas, las vicuñas esbeltas y ariscas, las flores extrañas de la poposa, las mudas pisadas, la nieve en los rincones de las peñas. Y enseñoreada en su condición de espejo de soledades, con su marco de juncos y guijarros, la apacible y legendaria Laguna Brava ...

XII

VOCES EN LA QUEBRADA

Caminando territorio jujeño sabemos que nos internamos en la antesala del gran silencio americano.

Reino de arcilla y cobre, alto y seco, huraño y sereno a la vez. Duramente tuvo que combatir la espada del Conquistador frente a la astucia y valentía de los homahuacas, los oclloyas, los casahuindos, los atacamas, pueblos indios de enorme tradición labriega, "allpa-runa" (hombres-tierra), hermanos del maíz y de la quinua, grey de los antiguos ritos del Ande,

caminadores de todas las leguas, alma de yaraví, perfil de cóndor, silencio de agua mansa, espejo de la Puna.

A lo largo del territorio jujeño observamos los viejos pucaráes, los mangrullos, atalayas, las tamberías, antigales y cementerios indios.

De tiempo en tiempo, los investigadores nos muestran nuevos descubrimientos, acequias perdidas, ciudades enterradas, armas, huacas, momias, restos de la cultura de los pueblos, nexos de las civilizaciones de otrora.

Y siempre, por encima de todo lo destruido, lo borrado, lo no averiguado, por sobre todas las dudas de la lengua extinguida y las poblaciones dispersas, priva la raza del Ande.

Sí. Aún hoy, con todo el avance arrollador de estos tiempos de ciencia y mecánica y deslumbradora técnica, aún hoy pesa sobre el paisaje jujeño un aire cargado de silencios viejos, no triturados jamás en la alquimia de la Colonia. No. Aún hoy vemos, detrás de las palabras españolas y del perfil mestizo, el sello de aquella edad de greda y sol y cobre y ríos y labrantíos azules más allá de los tolares y los iros. (pasto)

Custodiando ojos más grandes y siempre oscuros, un cercode pestañas chuzas, aindiadas. El arcoiris, quebrándose a cada paso en las alforjas de los caminantes. El ritmo del andar, siempre igual; boca burilada por la raza, como el tiempo sobre la arcilla; el cabello lacio, el diálogo casi secreto, armonía entre hombre, tierra y sol.

Así, también, su canto, su danza, su música. Si el charango tendió su acerada risa sobre los carnavales kollas, las flautas de caña no perdieron la grave dignidad de su nocturnidad melancólica. Los erkes y erkenchos traducían abolidos roles guerreros. La guitarra, incorporada al pueblo con la Colonia, abría caminos intimistas para el amor y la amistad.

Pero en Jujuy, el hombre, la criatura humana es superior a los medios de expresión musical de que se vale para expresarse. Es que el hombre jujeño, el mestizo, no puede aún traducir sino una voz de las muchas voces que le bullen dentro de su sangre. Por eso, hurta a veces en el discurso del canto aquello que puede llevarlo a revelar su verdad, su profunda verdad, y se entretiene entonces tejiendo con hilo de copla hispana, una trama de amor y de nostalgia que lo presente manso y efectivo, en lugar de soberbio, luchador, guerrero y orgulloso de su soledad y de su indianidad.

*"Arroja la quena, porque no has sabido
encontrar en ella sino el dolorido
son de tus angustias. ¡Levanta la frente!
Que desde lo alto de la cordillera,*

*eres poncho al viento como una bandera
que flota en los siglos, misteriosamente..*

R. CHIRRE DANÓS

Los mismos "marchantitos" que hallamos junto a las cercas de las estaciones ferroviarias, desde Yala hasta La Quiaca. Las mismas imillas de cara redonda como manzanitas de Huacalera, son las manos que sostienen la zamba de .Febrero, el bailecito del verano, el tambor bagualero que rueda su quejumbre el año redondo, de ventana a ventana, de corral a corral, de soledad a soledad.

La rueda del canto, con la cantora al medio, viene de las lejas del tiempo, eternizando los ritos agrarios del Ande.

Esos pueblos jujeños, de angostas callejuelas de piedra, asoman la vida quebradeña cargados de años, con algo de las viejas aldeas españolas. Sólo el silencio, el altivo silencio es el sello definidor de esos caseríos. Hay pueblos que alcanzan el prestigio por la palabra, por la anécdota, o por el héroe. En Jujuy, las villas, las aldeas alcanzan su notoriedad por el silencio, que es su historia, su pasado, su dignidad, siempre actual, su sello más elocuente y cabal.

De ese silencio salió Domingo Zerpa, el poeta indio de Abra Pampa, caminando cien leguas con sus versos:

*"Versos chiquitos
tamaño un dedal,
para los bolsillos
de tu delantal."*

Un día caminó las sendas abajeñas, con su primer libro: .Puyapuyas. Nos gritó su rebeldía, su amor, su pesar. Como todo poeta, ya desde niño soportaba la nostalgia. Y nos pobló el paisaje con rebozos y ponchos, con zambas bailadas en la Puna, con arreos distantes, con miedos y con sueños.

Y tras él, Jujuy fue despertando al viejo canto indio. Y apareció la copla de su pariente, Víctor Zerpa; y de su hermano de poncho, Leopoldo Abán.

Y comenzaron los charangos a producir bailecitos; y las guitarras se desvelaron en los patios interiores, recordando cantares de otros tiempos.

Así, actualizaron el folklore jujeño los Castrillo, los Arroyo, los Jiménez, los Alvarez, los Lerma, los Aramayo, los Aparicio, los Yerba, los Castañeda, los Gallardo, los Osorio.

. Sin hacer profesión de su arte, los jujeños cantaron a su tierra, a sus montañas coloridas, a sus cerros nevados, a sus caminos altos. Y seguían siendo maestros de escuela, estudiantes, hacendados, peones, o "marchantitos".

Don Dalmacio Castrillo, por ejemplo, venía de viejas familias de Humahuaca, y conocía acabadamente el cancionero de su tierra. En charango, quena o guitarra tocó danzas durante cuarenta años, y enseñó a muchos cantores y folkloristas los temas de su región.

Lermita, el maestro de Juella, componía coplas quebradeñas. Roberto Yerba, hermosa voz para el canto jujeño, hacía recordar un poco a aquel gigante del cancionero quebradeño que fue Dagoberto Osorio, el último gran trovador de la Quebrada de Humahuaca.

. Varios bolivianos se sumaron a la difusión del canto jujeño. Felipe Rivera, Félix Caballero, el cochabambino de Tola Pampa; Nievas, Benavente y Cabezas, el tarijeño, gran cantor de mecapaqueñas.

Es que el paisaje es el mismo; el color del poncho, el ocaso largo, la voz antigua del aymará o el quechua, la ushuta, la vicuña, el camino, la esperanza, el silencio. Un mismo universo sin fronteras amasa las palabras del canto puneño, más allá o más acá de Inca-Cueva.

El mismo candor en las imillas, la misma honda de huato para los changos menores; el mismo lote de peladores para la zafra de todos los años. Flauta de caña para la nostalgia; tambor para la copla; camino largo para el mismo adiós.

El camino. Nada puede impulsar al nacimiento de la copla, al discurso llamador de las quenás, al melancólico bullicio de charango como el camino.

Y nadie es capaz de andar tanta distancia como el nativo jujeño.

El kolla, puneño o montañés, vallisto o quebradeño, es el gran infante de América. Una vez que uniformó su marcha, nada lo distrae, nada es capaz de alterarlo. Ya es abundante la anécdota en tal sentido. Ya es archiconocida aquella respuesta del indio:

-Voy yendo, señor . . .

Inútil formularle alguna pregunta, rogarle que se detenga, insinuarle algún interés. La respuesta será la misma, lacónica, obstinada: -Voy yendo, señor ... Y es verdad; va yendo ... Hacia las salinas, o rumbo al poniente, donde se estiran sedientas las huellas que llevan a Santa Catalina, a Rinconada, va yendo ... A la Manca Fiesta, que reúne en noviembre una muchedumbre de seres amasados con greda, cobre, sol y olvido, va yendo ... Hacia Iruya o Santa Victoria, aldeas semienterradas en la desolación, a las que se llega desde caminos del

alto, entrando por veredones a la altura de los techos, va yendo ... Rumbo a la ciudad, por rutas abajeñas, Maimará, Purmamarca, Tumbaya, Volcán, León, Lozano, va yendo ...

En invierno, con su hato de llamas. En verano, con sus burritos cargueros, portando lanas, o minerales, o azufre, o bloques de sal, o tinajones, virkes, cántaros, va yendo el kolla; va yendo, señor ...

La leyenda del Viento, si alguna vez tuvo raíz de historia cabal, ha nacido en ese camino de la altipampa, allí, en esa senda parda, entre el iro crepitante y la luna india.

Porque los pueblos jujeños atesoran gran cantidad de cantares; algunos de indudable raíz española, otros, llegados del Ande késua, por las noches del yaraví, por la magia de los huaynos y los serranitos, otros trabajados en el alma criolla, elaborados en la fragua de los carnavales, en la fuerza de los misachicos, en la abnegación de las procesiones de cerro a cerro, en la caravana que baja a los cañaverales, que entra a los bosques, que sube a los ríos nacientes, que penetra en las cavidades del estaño.

Los cantares en la tierra jujeña no se pueden expresar sin conocer la región donde se originaron. Para cada asunto, el charango requiere una expresión, un arpegio diferente, un tiempo pausado o vivo, una intención rítmica. No se satisface la interpretación imaginándose la comarca, intuyendo la gracia o la pena del hombre jujeño. Puede llegarse, si, a un torpe remedo, a una forma imitativa del canto. Pero no se podrá jamás aprehender el misterio de la tierra y su canto, si no se ha penetrado en el alma de ese pueblo de pocas palabras y muchos caminos, poblado por hombres ásperos y sencillos, como niños tercos limitados por esquemas de miedos no superados.

La rústica flauta de caña, llamada Quena, gime en las noches, a lo largo de la histórica Quebrada de Humahuaca. Aun en estos días mantiene el espíritu de la raza, la dignidad de sus tonos antiguos, el reclamo del amor, el lamento del largo camino, la adoración de los dioses del Ande, el misterio de las huacas.

Son los hijos de la raza de bronce. Son los mestizos, los criollos, los mozos quebradeños y puneños, actualizando la perdurabilidad del rito, lejos de todo eso que empaña la tradición de la quena, lejos del tema innoble, del cántico banal y falsamente gracioso que usan muchos profesionales del canto popular. No debiera ofenderse al espíritu del norte luminoso y tradicional, tocando "pájaros campana" y "escondidos" en quena, y toda suerte de asuntos exitistas. Ignoro si esas cosas se hacen por falta de información o por ambición no controlada. De cualquiera manera, no tiene nada que ver con el mensaje de la tierra jujeña, ni con la leyenda del Viento, ni con el silencio traducido en el ay de las flautas, allá, en la noche alta de

Jujuy, que en medio del progreso sigue teniendo la misma luz antigua, el mismo gesto de cobre, greda y sol, el mismo misterio que escribe leyendas en cada camino de la montaña maravillosa.

XIII

DAGOBERTO OSOBIO, EL ÚLTIMO TROVADOR DE LA QUEBRADA

La Quebrada de Humahuaca es quizá la presencia geográfica más ejemplar de nuestra tierra. Ejemplar, porque pareciera enseñarle al hombre el camino para definir su arquitectura espiritual como argentino y como criollo.

Tiene pasado. Pasado indígena, cobrizo, el sonoro silencio del cántaro, tan antiguo y tan lleno de frescores. Tiene una historia de hechos que cumplieron anhelos de Patria. Tiene la otra historia: la de todos los días, la de los caminos que llevan al salar, o a las vicuñas, o a las minas, o al alto valle, o a la Puna, abierta y estaqueada como la esperanza del indio.

De esos pagos era Dagoberto Osorio, el último trovador de la Quebrada. Me parece verlo, cruzando las calles de aquella Maimará de hace veinte años, montado en su oscuro, de sobreaso, con las alforjas coloreando, y sus breves espuelas de plata ritmando la marcha, en esas mañanas claras del mayo quebradeño.

Pasaba Dagoberto Osorio, cuarenta años, alto, delgado y fuerte, con un perfil aguileño y una mirada firme y cordial a la vez. Guitarrista y cantor, dotado de una hermosa voz, Osorio ha recorrido las aldeas y villas de la Quebrada, desde Yala, Volcán, Tumbaya, Purmamarca, Malmará, Huichairas, Tilcara, Juella, Huacalera.

Las fincas viejas, las estancias del Cerro Moreno, de Ocloyas y Huaira-Huasi; las lejanías de Coxtaca y Abra de Cóndores; en todos los ranchos kollas; en todas las ventanas de los pueblos anidó su voz de cantor criollo, dejando coplas y sueños, sentencias y amores, palabras para el retorno y para el adiós.

Osorio tenía una modalidad particular: nunca fue hombre de grupo, ni cantor por "mingao" o por encargo. Era, como se dice allá, un poco "empacao". Dagoberto Osorio pasaba por Tilcara, o Maimará, o Tumbaya, a caballo, cubierto con un gran poncho, o una capa azul, debajo de la cual portaba su guitarra. "De a caballo" se acercaba a la ventana de la gente amiga, bajo la madrugada que encendía en el cielo las mejores candelas para el rito y "de a caballo" nomás, golpeaba llamando la atención y soltaba su canto emocionado, su zamba, su

baguala, su trova galana. Y sin esperar la palabra de gratitud, movía riendas y tocaba espuelas, partiendo al sobrepaso.

Cuando las gentes salían para hablarlo, Osorio estaba lejos, más allá de los álamos y los molles; estaba ya queriendo arrimarse a las arenas bermejas del Río Grande, como quien gana los campos para lavar una pena, o esconder una emoción en el misterio de los caminos de piedra.

Los quebradeños con años, y con paisaje, lo recuerdan aún. Una criolla, "la de endeveras", como él decía, mantiene el recuerdo, firme como el airampo fiel a la montaña.

Y nosotros, cada vez que cruzamos esa leyenda multicolor que dicta tantas cosas y que se llama Quebrada de Humahuaca, creemos ver, andando a la par de las acequias, con su guitarra y su copla, y su saludo cálido, a Dagoberto Osorio, el último trovador de la Quebrada ...

XIV

LA COMARCA EMBRUJADA

Hay en mi tierra una comarca embrujada. En el cuerpo de mi país está enclavada con la anchura, la calidez y el misterio de un corazón.

Lerdos pasan los soles, como si quisieran poner a prueba el estoicismo de los hombres y la validez de la selva.

Lentas resbalan las lunas sobre los quebrachales, pintando las escenas que sólo en esos montes se han de ver.

Cuando la primavera comienza a entibiar el aire, los poleares regalan su aroma, ampliando las tardes junto a los caminos.

Por las mañanas, las primeras horas se pueblan de balidos. Son las majadas de cabras, a las que se les dio puerta abierta, y salen con travieso albedrío a los montes vecinos, junto a los cerros de tala, piquillín y garabato. En los corrales quedan los cabritillos nuevos, de voces casi humanas e infantiles, llamando inútilmente.

Muchachitos transitan hacia el pueblo, rumbo a la escuela. Van a pie, o montados sobre un borrico.

Tienen la tez bronceada y el pelo lacio. Las voces remedan susurros en las ramas, gracias de trino y ala, inflexiones venidas de lejos en el tiempo, amasadas durante el sueño luego de esos cuentos narrados por los abuelos.

Las siestas abarcan casi la totalidad del día. Calor, resolana, aire inmóvil.

Sólo en los montes restallan los ecos del hachazo que abate los quebrachales.

Sólo en los montes se uniforma, poco a poco, el coro de los coyuyos, cuyo canto "ayuda a que madure la algarroba".

Esa comarca tiene un río indio y un río castellano. Como las viejas leyendas de la raza, que duermen bajo la piel del pueblo, o laten en el pulso de los narradores típicos, el río indio siente bajo la arena el agua sumergida que corre, o duerme, o se muere cuando el parche de la tierra alcanza a traducir la voz de los desiertos. Ese es el río Salado.

El otro río, en cambio, se amplía, y se hace pampa de estero, surco y cañadones. Quince leguas cuadradas, sin cercos ni alambradas, abarca el ensanchamiento del río Dulce. Allí los pastizales. impresionan por su altura, y en los canales, entre yuyos y zanjones, sigue siendo el río "El Dulce", y ofrece la ocasión de su gran cantidad de pescado, de flamencos canilludos, de garzas pensativas.

Los pájaros pequeños ponen su canto en las mañanas, antes de que el sol comience a calentar los pajonales y las hondas huellas barrosas, en las que acechan la yará y la cascabel. Las yeguas galopan al reclamo del garañón, libremente, y en la media tarde de los estereros suelen cruzar las sendas las corzuelas, los zorros y los pumas.

La comarca embrujada, allá, por el oeste, por la ruta de los soles en derrota, se va quedando sin pájaros, sin bosque. La selva se detiene, se retuerce, se llena de espinas. La sombra del árbol se vuelve cosa anhelada. La penca, el tunal, el quisca loro, el uclé, toda la gama de la cactácea desértica inicia su reinado, hasta que la tierra cobra una apariencia de paño abierto para diamantes trizados. ¡El salitral!

Dice la leyenda que las salinas se formaron con el llanto de todas las vidalas, con el ay de todas las ausencias, con la pena producidas por todas las ingratitudes.

La comarca embrujada alza muy alto su selva allá por el nordeste, donde la tierra inicia su corcovo hasta llamarse morro, barranco, bordo alto, ladera y cerro.

Allí es brava la selva, bravo el hombre, chúcaro la hacienda, áspero el camino, arisca la canción. ¡La canción! Lo que pierde de ternura lo gana en verdad corajuda.

Allí, donde el misterio se torna agresivo, la vidala pierde su liturgia, y la bordona se transforma en látigo. La región toma el nombre de Copos, y los cánticos agrestes son conocidos con el nombre de "copeñas".

Allí anidan el gato ona, el yagueté, los monos pequeños, el oso hormiguero; el majao, jabalí salvaje.

Allí el gaucho conoce retobo en su sombrero, mitón para su puño, colete y guarda-calzón, guardamonte, y carabina

Cuatro rumbos, y cuatro paisajes totalmente distintos. Cuatro rumbos, como las puntas de una cruz. Cuatro rumbos que así unidos en el corazón de nuestro país, forman una comarca hechizada; una provincia antigua y bienamada: Santiago del Estero.

*"Soy de la tierra
de los calores
donde florecen,
hermosas flores.
Soy santiagueño,
bésame, sol."*

Reza el hombre su vidala. La selva es su templo. La selva, el arenal, la sombra del algarrobo, o el desierto. Pero ahí está el hombre santiagueño durante cuatro siglos golpeando el parche de su tamboril, cuatro siglos esperando la hora azul de la tarde para colgar el fantasma de su soledad en lo alto de una copla:

*"Cuando se calla la tarde
me pongo a mirar el sol.
Si ella me quiere
pobre no soy."*

*"Y a recordar de una prenda
que andaba queriendo yo.
Si ella me quiere
pobre no soy.,,"*

Suena el tamboril, y sus ecos ruedan por los caminos de la selva sin que las aves se inquieten. "La caja es la luna llena de la vidala . . ." dice el poeta..

*"Tierrita salavinera
donde nací.
Si he de perderte, mi pago,
quiero morir. . ."*

El tum-tum de la caja no es la resonancia de un mero, golpe, dado con el sólo objeto de fijar un ritmo. Quizá lo sea para el forastero, para el que oye "desde afuera", para el que no tiene miel de palo y un hondo grito desesperados diluidos en la sangre.

El son de la caja contiene el jadeo sublimado de la tierra.

Respira la selva, fatigada y antigua, y su quejumbre queda guardada entre los parches del tamboril. Ruedan las lunas sobre los desiertos. Pasan sobre los montes callados, como extraños tamboriles en busca de un corazón necesitado de coplas.

Las salamancas del monte encienden las fraguas de su hechicería, y el hombre halla el camino de su consuelo, la puerta de su dicha, el rincón donde su soledad se convierte en esperanza.

Es precisamente ahí, en el tope de ese minuto sagrado, cuando en el corazón del santiagueño comienza a nacer el misterio de la vidala.

Nace el salmo, ungido por los fervores más puros del alma humana. El hombre está rodeado de todas las lejanías necesarias para el advenimiento del canto. Al levantar la "caja" hasta su sien, al casi reclinar su cabeza para escuchar el primer sonido que ha de orientar el tono cabal de su melodía; al sentir que se anudan en su alma todos los caminos, al tener conciencia de que la selva está junto a él, como un altar apretado de nidos, de viejos mensajes, de abuelos en

sombra, al ver que asoma la luz de la primera palabra de la vidala, el hombre sabe ya que está a punto de cumplir con todos los dioses que manejan el aire, la arena, el árbol, la luz y la sangre de su tierra.

Entonces, sí, ya puede cantar, abiertamente, su copla. Puede recitar su salmo. Puede rezar su vidala.

*"Todos los que cantan bien
cantan de puertas pa'adentro,
Mi dulce cantar.*

*Yo como canto tan mal
canto de sereno al viento.
Mi dulce cantar.*

*Antes que el gusto,
el dolor
siempre viene a perturbar
a mi corazón"*

Salavina, Suncho Corral, Campo Gallo o Atamiski, Troncal, Añatuya, Real Sayana o La Banda, Sumampa, La Cañada ,o Monte Redondo ... Por los cuatro rumbos de la comarca embrujada ruedan los ecos del tamboril vidalero.

Nada puede debilitar su sagrada quejumbre, porque ella no es solamente un hombre y su tambor, sino el Hombre y su Universo, la criatura humana, apretada de miedos, de anhelos y fervores, de amor y de humildad, ayudándose con la luz de su canto para contemplar el misterio del mundo. Su propio misterio.

*"¡Ay, Vidalita,
miel de pesares.
Eres el alma
de estos lugares!"*

La guitarra -jagüel de soledades- se abrazó con el hombre en la magia de la vidala.

Y muchos viejos quichuistas, algunos ciegos, ofrecían en la sobretarde del salitral o de la selva el tímido lloro de sus violines, tocando una vidala, una de esas vidalas sin palabras, sin más palabras que las que musita el alma arrodillada de quien reza su canto "sonchop-icúmpi", "corazón -adentro".

Vidalas para el amor y la amistad, para el Carnaval y el regocijo abundan en el cantar popular santiagueño.

Pero son como los pájaros vistosos. Ala, color, gracia y despedida. No quedan, no perduran mucho tiempo en el árbol. Se van. Siempre se van. Es que les falta la necesaria densidad. El peso de la pena. La carga del misterio. El solemne temor del hombre-niño. Ese imponderable que, como la espina de la penca, vuela apenas y se clava en la arena, y desde ese momento ya es otra penca. Ya es planta. Y ahí se queda.

Hasta la muerte -cuándo no- tiene sus vidalas. Y son ,distintas según la hora. Entre alabanzas y liturgias transcurren las etapas de un velorio en el monte, o allá por Salavina.

Pero cuando la noche está cumplida, cuando hacia el naciente el cielo ya no tiene estrellas y empiezan a desmayarse los azules de la madrugada, las ancianas rezadoras organizan el ritual de la Vidala.

Una voz solista llevará la responsabilidad del canto. Y antes de concluir el primer verso, se le sumará el pequeño coro, en un "pianísimo" armónico y perfecto que nadie estudió pero que todos conocen, entienden y adaptan:

(Solista) *"Ya viene la luz que alumbra"*
(Coro) *Lo mos de llevar ... Lo mos de llevar ...*
(Solista) *Pa que su sombra querida*
(Coro) *Pueda descansar ... Lo mos de llevar ...*

Quien oye esta vidala allí, en el agreste escenario de la selva, o en un pequeño rancho entre jumiales cerca de las salinas, no olvidará jamás su tremendo impacto en la sensibilidad.

Amanece, sí. Pero una sombra querida "ya no hay 'ver la luz".

Y según la región, en español o en quechua, la Vidala cuelga su misterio en la última esquina de la noche vencida.

Aquí, la luz, la mañana con sus primeros estremecimientos, con pájaros tempraneros, con los primeros ruidos del trabajo, que a esa hora son siempre musicales. Y ahí, en un rincón de pobreza y vigilia, un puñado de viejas santiagueñas de cimbas encenizadas, mimbres envejecidos, rodeando al difunto, rezando la vidala de la despedida.

Quizá, antes de cumplirse el día, cuando la tarde traiga su minuto azul y lo deje como una flor sobre la nostalgia del hombre, los algarrobales recogerán otras vidalas, otras coplas, otros salmos de esos que immortalizan el alma de los pueblos:

*"Me ciñe invisible lazo
No puedo cantar.
Por eso me voy silbando
por el arenal ..."*

XV

CAMINOS Y LEYENDAS

Ignoro si algún día volverán las leyendas a correr a través -del, alma de nuestro pueblo, pero pienso que sería saludable que así ocurriera. La leyenda no es sino la idealización del sueño de los pueblos, el fruto de su fantasía necesariamente exaltada, su forma de fugar hacia una irrealdad que compense los dolores de la existencia. -

En la leyenda no tienen cabida la mentira ni la mera exageración. En ella juegan la fantasía, el sueño, la necesidad del espíritu de crearse un mundo mejor, y así manejarlo, dominarlo, transformarlo. Por eso la leyenda tiene poesía, y vuela sin dejar la tierra, la pequeña patria, la comarca nativa. Por eso vuela al ras de la tierra, lame los horcones de los ranchos, gira sobre el cansancio de los changos en la noche, desvela a los hacheros en la selva y a los reseros junto a los fogones.

Cada país tiene una suerte de leyenda del más diverso tipo. Y todas ellas revelan un carácter, una modalidad, una forma de ser y de pensar, una fisonomía, un pulso de la vida, una particular manera de entenderla, o de enfrentarla.

Nuestra tierra tiene leyendas magníficas, algunas ya universales. Cada provincia, cada región, cada aldea argentina guarda su sagrada tradición en la leyenda lugareña. Las generaciones anteriores, con otro ritmo de vida, con otro sentido de la existencia, con otro orden del tiempo y de la urgencia, atesoraban leyendas, las reformaban ligeramente.

Y la leyenda corría por la comarca, agitando todos los fantasmas del sueño y del ensueño, según su destino. En la pampa, al ras de los trebolares, como un chasque indiano. En el litoral, sobre la niebla que cubría los juncos de la, orilla de los largos ríos mudos, dejando escrito su nombre y su misterio en la greda bermeja. En la selva, junto a las hachas dormidas en la sobretarde, trenzando su fantasía como adorno de la quinchá, donde los hombres esconden su fatiga para no entristecer a las estrellas. En la montaña, con lenguaje de piedra y de camino antiguo. En la Puna, enredada en los tolares, aprendiendo a expresarse en el lenguaje perfecto de la soledad: con el silencio.

La innegable facultad poética de nuestros paisanos ha poblado los fogones, a lo largo del tiempo, de las más bellas leyendas.

Asuntos desdichados, en los que la tragedia jugaba su fuerte rol; historias del amor, de la ausencia, de la gracia, la aventura. Y en todos los temas, la fatalidad, envolviendo, con su manto infalible el espíritu de los hombres, la vida de los árboles y las bestias, el alma de las piedras y del aire.

EL ISCALLANTI

En la precordillera sanjuanina, hay un cerro hermoso, lleno de majestad: El Iscallanti.

En una parte, la mole está partida en dos, y hace unos años se aprovechó este accidente para facilitar un camino, una carretera. Pero para los viejos pobladores, El iscallanti es el monumento del amor desdichado.

Dicen que unos novios huyeron de la aldea, buscando la ruta de Chile. Huían sin haber cumplido una palabra empeñada a los abuelos. Estos, se llegaron a la Salamanca, adquirieron poderes fabulosos, y maldijeron a los fugitivos. Y en una parte del camino, los dos novios quedaron convertidos en piedra, frente a frente, como un cerro partido. Mirándose, si, pero condenados a no juntarse nunca.

Y los arrieros y caminantes bautizaron esas peñas: Iscallanti. "Iscaj", del quechua: Dos. "Llanti", del huarpe Malditos. "Los dos malditos".

Y ahí está el cerro Iscallanti, hermoso, solitario, mostrando las dos peñas, con un camino al medio. Y la leyenda le quita y le agrega detalles. Y las viejas sanjuaninas bajan la voz cuando la cuentan a los changos.

EL PAISANO ERRANTE

Un mozo muy jinete, cantor y guitarrero, andaba en malos pasos con la vida. Abochornaba a sus padres, causaba disturbios entre sus amigos.

Un día, desdichado día, le arreó un rebencazo a su madre. Y ésta lo maldijo de la siguiente manera: "Nunca tendrás paz. Cuando quieras alegrarte, algo sucederá y sólo la amargura será tu compañera. Cuando te dispongas a guitarrear, tu memoria te fallará. Y cuando quieras cantar, no has de poder. La única milonga que escucharás no saldrá de tu guitarra, sino del galope de tu caballo en la noche, sin rumbo, sin amigos, sin paz en tu corazón. Sólo un galope eterno y desesperado . .

Esta leyenda del paisano errante, la escuché de niño, y más de una vez, en el campo -cuando por leer historias propias de mi edad mantenía mi lámpara encendida más del tiempo debido-, escuché la voz de mis familiares, o la del indio Luciano en la estancia Maipú, gritándome: "*Oye, oye bien ese galope en el camino*".

Yo aguzaba el oído. Y escuchaba o creía escuchar el eco de un galope en la noche.

"¡Ahí pasa el Paisano Errante!" -me decían. Y rápidamente, de un soplo, yo apagaba la lámpara, y me sumergía en un mar de frazadas multicolores.

LA LOCA JULIANA

Era en un valle de Catamarca. Juliana, peona de una finca, por un desengaño amoroso, enloqueció.

Se allegaba a los pueblos, a pedir comida, y las buenas gentes le obsequiaban ropas, y algún rebozo. Para agradecer, Juliana cantaba:

*"Con una piedra del río
torcí mi destino.
¡Ay, mi Negrito lo hi perdido!
¡Lo hi perdido!"*

Se refería a su hombre, a su "Negrito", al causante de su desdicha. La leyenda de la Juliana dice que una noche, Juliana sintió que iba a ser madre.

Estaba sola, en una cueva del cerro, donde se refugiaba. Había, luna.

Una enorme y desolada luna ambulaba sobre los cerros ,dormidos.

Entonces la Juliana le habló a la luna:

"¡Ayúdame, Mama -Kuilla! ¡Quiero morir, pero antes quiero parir un hijo que no muera nunca ... !"

Y la luna la ayudó. Pero la Juliana no tuvo un chango, -ni una huahua. No.

De ella nació un canto. Parió una vidala.

Por eso, la Vidala del cerro catamarqueño, es un canto que no morirá jamás.

No pierdo la esperanza de acercarme una tarde cualquiera a una "Peña" o "Guitarreada" no filmada ni televisada; en fin, una reunión de jóvenes argentinos en una casa particular, en un ateneo, en un rincón de criollismo, y oír de boca de ellos la versión de nuestras leyendas provincianas, la narración de ese infinito y poético rumor que va de corazón a corazón, manteniendo la supervivencia de ese aspecto de folklore arqueológico en la generación presente.

Aplaudo a las guitarras y a las coplas, aunque no hacen "folklore" sino que repiten, imitativamente, el cancionero moderno, sin mensaje antiguo y algunas veces sin paisaje. Pero está bien el gesto y la intención de cantar. Aunque no estará logrado el propósito cultural si no se entra en el mundo sugestivo y maravilloso de la leyenda de la narración de las historias nacidas en nuestros campos, y que determinan una manera de ser argentino, de sentir la tierra, su pasado, su carácter, su alma, y su misterio.

XVI

LOS PAGOS CHARRÚAS

Hace muchos años ya, tal vez treinta, escuché una guitarra pintora de paisajes y sentires. Y como toda guitarra traductora de la verdad, tenía ya la trascendencia que la convertía en guitarra inolvidable.

Esa guitarra guardaba en su noble cuenca muchas hilachitas que el viento había sembrado en su pasar: la sombra de una leyenda, la mitad de una copla, la trunca historia de un amor en los ceibales, algo que narraba temas de heroísmo, lucha y muerte, derrota y sacrificio en las cuchillas, donde las divisas blancas y coloradas fijaban las cribas de sus fervores.

Esa guitarra vibraba junto al corazón de un hombre uruguayo: Telémaco Morales.

Llegó a mi tierra, a mi amado país argentino, en un tiempo de sombras para su pago. Decía que la libertad era sólo una palabra declamada en boca de caporales. ,

Y cruzó este ancho río "color de león", al decir de Lugones. Y llegó con buen "naco", hojillas de papel de arroz, un yesquero "cola de gato" y una guitarra de oscuro brillo, vihuela nocturnal y desvelada.

El hombre era oriental de tierra adentro. Devoto de la música, y agradecido de su mensaje, pleno de esencias antiguas con tratamiento nuevo, me acerqué a Telémaco Morales.

Yo era un muchacho entonces. Un caminador intrépido pero sin madurez. Vagaba por ahí, por los campos y las aldeas, juntando en las esquinas de la tarde el necesario silencio para entender los misterios que rodeaban a la vida, al tiempo, a la música, al hombre, al camino ... Por eso me llamó -distante y profunda-, la guitarra de Morales.

Muchos años después conocí sus pagos, su comarca, su terruño. Pero la música de don Telémaco ya me había mostrado las vegas de su bienamado Treinta y Tres. Estilos y preludios pintaban las linduras de esos verdes prados, el roquedal sobre las cuchillas, los nacederos del Olimar, las lagunas pensativas, el pajonal donde anidan las cruceras, la palma arisca, el rancho claro junto al ojo de agua, el sarandizal cerca del viejo camino de carretas; pericones y cifras en cuyo discurso desfilaban los paisanos de los arrozales, los esquiladores de Peyrano y Nico Pérez, los jinetes que se allegaban desde Cerro Chato, donde la roja candela del ceibal alumbraba la nacencia del Yi. La guitarra de Morales historiaba las luchas orientales, desde la diana de Palleja hasta la danza dramática de Perico el Bailarín. La técnica auxiliaba a la imaginación y al sentimiento, porque Telémaco Morales era un estudioso, y sabía aplicar sus conocimientos de manera que la ciencia guitarrística fuera amparo y no prodigio, conciencia y no espectáculo. Y por encima de todo, y antes que todo, era paisano. Es decir era su paisaje manifestándose. Era su tierra rezando su grito del modo más artístico que un hombre puede expresarle.

Morales era fuerte, con un rostro de campesino intelectual. Generalmente serio, de gran prudencia. Armaba su cigarrillo con ademán de rito. Y no tenía prisa para encenderlo. Hablaba, mirando más allá, como buscando el nidal de sus saudades en un rincón de la noche. Precisamente en la noche, en una noche de aires otoñales lo conocí.

Un patio, en el barrio de Flores, en casa de un porteño que cantó con gran respeto y fervor las cosas de la Pampa: Don Juan Más.

Este caballero recibió a Morales, en una reunión presidida por la señora mayor, la abuela. No había niños que lucieran sus precocidades, ni padres que lo permitieran.

Juan Más cantó su famosa canción de entonces: *La serenata del unitario*. Su guitarra lucía cintas argentinas. Por ahí, fumando en silencio, estaban Juan González Márquez, oriental amigo de los versos y de todo lo bello; Domingo V. Lombardi; Germán García Hamilton, Romildo Risso.

Me tocó el turno. Yo venía con un caudal de soledades no del todo acomodadas. Fiel a la leyenda del Viento, recogí yaravíes de los Andes, tristes de Arequipa, huaynos de Puno, bailecitos de Tarija. Algo de eso toqué. Y para ayudar al clima del artista oriental, arimé una milonga punteada a la manera de los entrerrianos.

Y luego todos nos quedamos, serenos y expectantes, como los álamos al alba. Un silencio cordial nos envolvía.

Telémaco Morales afinó su instrumento, en pianísimas armónicas. Y su guitarra desgranó un estilo. Un antiguo estilo, que parecía tocado en primera audición. Bien armonizado, y el leitmotiv cantado en las bordonas con naturalidad, con lógica.

Era como la sencilla corriente de un arroyo, atravesando juncos donde las garzas cuelgan su tímida presencia.

Es que nos estaba pintando el Olimar, el río legendario de su comarca nativa, el río al que luego cantaron José Gorosito y Valentín Macedo en encendidas coplas de su tiempo, allá por Treinta y Tres.

La guitarra soledosa de Morales nos fue dando paisajes, nos fue contando de la mejor manera la historia de su tierra. Allí aprendimos la milonga abrasilera del Este uruguayo, pleno en palmeras y pajonales, con angostos senderos como hechos para la fuga o el malón, de las costas del Chuí.

Los pericones en Sol Mayor y en La Menor nos decían de las reuniones en las viejas estancias, en aquellos tiempos de Saravias y Riveras, y Muñises, cuando los jinetes de 1904 galopaban las cuchillas desde Melo a Soriano, desde Tacuarembó hasta las Puntas del Santa Lucía, dando coraje y sangre para el nacer de la copla:

*"Así se escribe la historia
de nuestra tierra, paisanos.
En los libros, con borrones,
y con cruces en los llanos."*

Aprendimos geografía en los discursos guitarrísticos de Morales. Y supimos su soledad, su intervención en los entreveros, las fuerzas de su sentido moral. Sentíamos que nos quemaba el sol de las siestas en los caminos de la derrota. Oíamos el galope de los potros, de los redomones en los pasos de piedra. Entendíamos la razón de ponerle trapos y pañuelos rotos a las espuelas para no asustar al silencio de las cuchillas. Hasta refranes y dichos con áspera gracia paisana:

"No temblés, Negrito, que la muerte es un ratito y nada más . . ."

A veces, caminando las rutas orientales -"orientalas" sería mejor-, suelo escuchar a jóvenes cantores, de hermosa voz y simpática apariencia, que andan por ahí, ejecutando sus alas de artistas, entonando cantares de Brasil, de Argentina, de México, de Chile.

No está mal, pero está mal. Es que no se han hecho amigos del Viento. Es que no han aprendido la gran lección de los desvelados. Es que no han sabido atender los consejos de los que caminaron como apóstoles de la Leyenda infinita.

Y son uruguayos. Y aman a su tierra. Pero la urgencia de vivir les va acortando la vida. Y han de pasar por la tierra, sin haberla traducido.

Mientras tanto, y felizmente, están los otros, los que heredaron el mensaje perdido en los caminos, y lo devolvieron al Viento tal como lo hallaron, o le limpiaron la arena del tiempo y lo entregaron limpio y renovado, mundo de extranjerías.

Quedan y perdurarán los traductores del paisaje, del hombre y su tiempo. Quedan, como las piedras moras emergiendo de la tierra, como raíces de ñandubay, como dentada resistencia telúrica capaz de romper la reja de los arados, como lanza tenaz de guerrilleros de cualquier divisa, como espuelas sin trabas.

Queda ese imponderable Juan Pueblo, el Anónimo, payador de viejas estancias, el trovero sin suerte de los Pueblos de Ratas, el narrador de cuentos que endulzaban los Eneros en Aiguá, el cantor de los anchos caminos entre Rocha y Lescano, el florido juglar de Valle Edén, el vagabundo vate robador de mieles en los montes del Yi.

Quedan los Morosoli y los Ipuche, los De Viana y los Macedo. Quedan los Silva y los Spinola, los Herrera y los Zorrilla, los García, los Risso. Queda la vieja sombra generosa del Viejo Pancho, con su angustia no superada, pero con un aporte de cabal gauchería.

Ellos si, conocían y sentían la Leyenda del Viento, y pusieron en sus trovas y poemas, sus cuentos y décimas el color que ofrecían las montañas de su país, la tarde de sus montes, la niebla de sus bajíos, el misterio de sus lunas rodando por las cuchillas.

Con maestros de tal calidad, con apóstoles del Viento de tal fervor, con tratadistas populares dé tanta verdad tradicional, la tierra uruguaya debiera estar plena de cantores de sus glorias, de su historia, de su paisaje, de sus tristezas, de su esperanza.

La estación de radio, el set de televisión, el tablado ciudadano, son el resultado del tiempo en su progreso, la facilitación moderna para el espectáculo de tipo artístico. Los micrófonos amplían el volumen de la voz. No la ahondan. La hondura está en el hombre, en lo que el hombre es capaz de contener luego de tanto camino.

XVII

LA GUITARRA

"Música que meciste mi alma dolorida.
Acurrucado contra tu corazón,
oigo el latido de la vida eterna..."

ROMAIN ROLLAND

La guitarra es como un extraño nido que suelta sus pájaros crepusculares cuando el aire se puebla de silencios y nostalgias.

Andrés Segovia, prócer de la vihuela, dijo una vez que "la voz de la guitarra es escasa, pero llega lejos. Lejos ... hacia lo hondo."

Esta definición, afirmada en la autoridad y el talento del maestro, no ha sido aún superada, pues ha fijado en ella la línea exacta del destino superior del instrumento.

"Lejos ... hacia lo hondo."

En nuestra tierra, los gauchos y paisanos, en tres siglos, limaron con la música de la guitarra sus ásperas aristas.

Hombres toscos, hechos a la ruda vida del campo, hombres de a caballo, con un mar de gramilla y pastizales abajo, y un par de constelaciones allá arriba, vivían en la soledad sin tener conciencia de ella. La soledad era un muro invisible que circundaba la existencia de los hombres. Era un mundo dentro del cual el paisano trajinaba, galopaba, amansaba potros, tropeaba hacienda, torteaba barro, como el hornero, para construir su hogar, sacaba tientos, recortaba caronas, y vivía sin sentir la pobreza como contrapeso, luciendo a veces algún platerío, "*siquiera pa' que la luna le haga guiños al ombú . . .*", a través de una rastra o un rebenque, o de unos estribos o de la media luna del freno.

Pero llegó la guitarra milagrera y andariega, a los galpones de las estancias, y a las pulperías. Y la guitarra le reveló al paisano el panorama exacto de su soledad. Fue el espejo de su alma y su paisaje. Y el paisano se acercó a la vihuela con todos los reclamos de su pudor, con inocente curiosidad de hombre sin miedo. Y el misterio de la guitarra le donó un miedo nuevo, desconocido. Por eso llegó al instrumento usando la máxima delicadeza.

Sus manos, hechas al rigor del trabajo, se convirtieron en pequeños araditos de plata y seda para trazar sobre la guitarra la melga de una vidalita -semilla del tiempo-, y entonces fue

comprendiendo que la soledad era una infinita voz destinada a traducir lo mejor de su espíritu, sus faenas, sus amores, sus recuerdos, su esperanza, su destino.

Y ya no pudo vivir sin la guitarra. Le cobró "la misma afición" que a su caballo, lo que ya es mucho decir.

Y en el correr del tiempo, la pampa se pobló de cánticos diversos.

Nacieron las trovas, los estilos, las cifras, las milongas; se adaptaron coplas, décimas, temas de danzas, hilachitas del Canto del Viento.

Y en las sierras, en la selva, en las hondas quebradas del Norte, la guitarra se desveló junto a las quenás de kollas y mestizos, se hermanó con el charango, dialogó con el arpa junto a los anchos ríos, fue revelando mundos de soledad al paisanaje de los cuatro rumbos de la Patria.

Es que "la voz de la guitarra es escasa, pero llega lejos. Lejos ... hacia lo hondo."

Alguna vez he nombrado a Nazareno Ríos, uno de esos cantores que pasaron, elegidos por el Viento para juntar las trovas dispersas en la llanura.

Yo era muy niño cuando lo escuché, pero no he de olvidarlo, por la emoción que me produjo su canto y la lección que sembró en su andar. Tañía las cuerdas delicadamente. Y Nazareno Ríos era un gaucho. Cuando elevaba el tono de su voz en un estilo, lo apoyaba haciendo terceras en las bordonas o breves arpeggios graves. De esta manera, su discurso resultaba equilibrado, honesto, cabal.

Era como debe ser: un canto donde la conciencia y el sentimiento se consustanciaban, controlándose.

Muchos años después, un guitarrista me hizo evocar con mayor firmeza a aquel trovero de la pampa. Ese guitarrista fue Abel Fleury. La manera de tratar el modo y desarrollo de sus milongas me recordaron a Nazareno Ríos, aunque Fleury era más completo como instrumentista. Pero la sustancia siempre señaló a Fleury como sabedor de la Leyenda del Viento.

No se pueden tocar así porque sí, las milongas de la llanura bonaerense. Es menester profundizar el misterio del paisaje, el silencio y el anhelo del paisano. Es necesario abordar el tema "confidencialmente" aunque haya mucha gente escuchándolo.

Juan Sebastián Bach, catedral de la verdad musical, decía: "Cuando toco, lo hago pensando que en la sala, anónimo y atento, me está escuchando un gran músico. Para ese, gran músico doy mis cantatas."

Fleury, músico y, además, artista, tocaba sus preludios criollos, sus estilos y milongas, quizá para ese gaucho invisible, anónimo y atento, que oía en la penumbra el mensaje de una guitarra con dignidad. Por eso daba el paisaje en su música. Por eso traducía a su amado pago de Dolores; por eso andaban sus pericones y cifras aromando las noches de Tandil y Azul; por eso lo han visto los campos donde retozan el ñandú, los chajaes, las garzas y los flamencos, camino de Pringles, Tres Arroyos, Bahía, Puán, Trenque-Lauquen, por citar solamente algunos pagos sureños, pero sin olvidar países de nuestra América, ni Madrid, Valencia, Barcelona, Asturias, ni París, Lyon, ni Londres, ni Lisboa.

"Lejos ... hacia lo hondo." Actualmente, la velocidad no es "virtud" exclusiva de los aviones y los automóviles. También se ha ganado al mundo de la guitarra. Ha conseguido abaratar su mensaje. Pareciera que la guitarra, cuanto más se acerca a los micrófonos, más se aleja de la tierra y su misterio.

En nuestro país hay un buen número de mozos guitarreros y guitarristas. Pero, desgraciadamente, prefieren -dada la época- ser cabeza de ratón en lugar de cola de león. Prefieren, y así lo demuestran día a día, ser los mejores entre los mediocres, antes de ser los últimos entre los mejores.

El vibrato se está perdiendo. Las guitarras de ahora suenan, no vibran. Y ese adminículo que llaman "la púa", es como una esponja de acero encargada de borrar el color del paisaje. Es decir, el paisaje del hombre, mirado, sentido y transmitido desde adentro.

No debe darse a mis palabras ningún sentido de animosidad contra nadie. Risso decía: "Hay leña que arde sin humo, cada cual quema su leña". Pienso que me asiste sólo el derecho de dolerme por el destino actual de un instrumento que fue emoción, placer y consuelo de gauchos y paisanos, que reveló en la pampa un mundo para entender y vencer el muro de soledad que aprisionaba al hombre.

Más de dos siglos de tradición y guitarra campean por la Patria. Es una herencia muy importante, y muy sagrada.

Nos desvelamos muchas veces por asuntos que no valen la pena. Bueno será que nuestros muchachos, enamorados del canto, entiendan alguna vez la importancia de desvelarse estudiando, meditando, buscando la manera de incorporarse como herederos de ese íntimo y preciado tesoro que esconde la guitarra argentina, esa guitarra cuya voz es escasa, pero que llega lejos.

"Lejos ... hacia lo hondo."

XVIII

“ME CIÑE INVISIBLE LAZO”

Conocí hace muchos años a un cantor que tenía leyenda y paisaje detrás de su voz. Cantaba yaravíes, vidalas, zambas, tristes del norte y estilos del sur. Y todo lo cantaba con propiedad, dándole a cada tema su verdadero carácter, su cabal sentido. En resumen: sabía interpretar el canto. Sabía ubicarse en la comarca y en el ánimo de cada canción.

A pesar de su hermosa voz, no muy caudalosa pero bien timbrada, baritonal y criolla, siempre escondía, como tras un velo de pudor o de prudencia, algo así como un paisaje que aún podía regalar su luz para la copla atardecida.

Ese cantor se llamaba Juan Carlos Franco. Era tucumano, y en aquellos tiempos revistaba en el Ejército argentino con el grado de teniente primero.

Alto y atlético, amigo del deporte, buen esgrimista, buen jinete, Franco destacóse siempre como gentil caballero de muy cuidada educación y a poco de que se lo tratara revelaba una fina sensibilidad y un profundo sentido de la amistad.

Van a cumplirse pronto treinta años de su muerte, pero los amigos que lo tratamos tanto tiempo en aquella nuestra juventud, lo recordamos como si ayer hubiera partido para algún extraño viaje.

Hábil en la guitarra, buscaba en el instrumento los caminos del encantamiento. Y escribió versos. Y compuso vidalas inolvidables. Vivió varios años en Santiago del Estero. Allá en la dulce tierra, a dos leguas de La Banda, estaba "San Carlos", la vieja estancia de los Arzuaga.

Allí conocí a Juan Carlos, en el año 1927. Allí conocí a su esposa, Pepita de Arzuaga. Allí compuse los juguetes de su hija Perla, bajo los viejos algarrobos de la finca.

Allí escuché las vidalas de Franco, a la hora serena en que los coyuyos de noviembre callan para pulsar el silencio de los montes, mientras el bordón de una guitarra desbroza selvas-fantásticas como abriendo picadas hacia las Salamancas del corazón.

*"Traigo guitarra y vidala
pa venírte a ver.
Sólo te pido, mi Negra,
me des un consuelo
pa poder volver ..."*

Vidala para la serenata a la novia. Vidala que se canta bajo la galería de una casona criolla, mientras, como un rito, se bebe en silencio un pedazo de selva que llaman aloja.

Pero siempre la tarde trae en la ampliada sombra de los árboles, un tono melancólico, casi triste. Y el artista tucumano, el criollo Juan Carlos, se siente un poco solo, lo necesariamente solo como para decirle coplas a un imposible ...

*"Viendo pasar una nube
le dije: ¡Ay!, llévame
tan alto como tú subes.
La nube pasó diciendo:
¡Imposible! ... ¡Imposible!"*

*"Amor pedí a una morena
de sólo verla tan buena."*

*Como la nube y la estrella ,
me ha contestado diciendo:
¡Imposible! ... ¡Imposible!"*

*"Pa qué quiero mis ojos.
Mis ojos, para qué sirven.
Mis ojos que se enamoran,
y se apasionan, vidita,
de imposibles ... de imposibles*

Años después, en 1931, llegué a Salta, de a caballo. Gumersindo Quevedo me regaló un hermoso rosillo, en Río Piedras, y en dos días de viaje me puse sobre el tope del San Bernardo. Y un rato después me quitaba las espuelas para subir las gradas del Club 20 de Febrero y saludar al doctor Abraham Cornejo y al coronel Day.

Esa noche, disfrutando de la tradicional hospitalidad de los caballeros salteños, canté una docena de vidalas de Juan Carlos Franco. Y desparramé sus coplas luego por todo el Valle de Lerma, desde el Mojotoro hasta la Silleta, Cerrillos, Los Laureles, Atocha, Quivilme y Las Moras.

*"Me ha galopiao muchas leguas
pa venirme a ver ...
Sólo te pido, mi Negra, ,
me des un consuelo
pa poder volver."*

Por razones de su profesión, Juan Carlos anduvo mucho país. Caminó los cuatro rumbos de la Patria. Y siempre dejó muy buenas mentas de su condición de criollo, caballero y cantor.

Pero era algo más que un mero cantor. Había en él desvelo y conciencia, y un espíritu bien rumbeado. Conocía bien el campo, aunque descollaba en la vida mundana, donde imponía, aun sin quererlo, su fuerte personalidad.

Era indudable había leyenda y paisaje detrás de su voz. Era como la sombra de una nube larga paseando su misterio sobre un campo soleado.

*"Me ciñe invisible lazo.
No puedo cantar ...
Por eso me voy silbando
por el arenal... "*

*"Cosas me pasan ...
No puedo decir.
No hay más remedio
que andar y sufrir."*

*"Como no puedo cantar,
por eso me voy silbando
por el arenal. . . "*

Una noche, allá por Suncho Corral, Departamento Figueroa, un muchacho santiagueño, con la caja cerca de su sien como si usara la luna por almohada, me cantó la mitad de esta vidala del "Silbador". De los campos venía un aroma de poleo, como si el aire bendijera el silencio de los algodonaes, nieve trasmutada en la fragua de la selva.

*"Me ciñe invisible lazo.
No puedo cantar.. . "*

Con ese mozo, recordamos a Juan Carlos. Suncho Corral, pueblo de la sola calle larga, parecía una aldea de maravilla, a la que le brotaran guitarras en cada esquina, nombrándola al amigo, evocando sus coplas, disimulando su ausencia.

Cierta vez, en Río Grande do Sul, un paisano brasileño, oyendo a un cantor, sentenció: "El que canta de ese modo, no se va más de este mundo. . . "

Así pasa con Juan Carlos Franco. Murió en Jujuy, en 1934, de tifus.

En los momentos en que la fiebre cedía un tanto, Franco pedía la guitarra, y hacía abrir las ventanas de la vieja casa de la calle Alvear. Su pulso le negaba precisión al acorde. Pero esa vez, sí, sólo esa vez, aparecía la leyenda y el paisaje delante de su voz.

Era la sombra de la nube sobre el campo soleado. El "Ay" que nunca dijo, y que se quedaba arrinconado detrás de la copla cumplida y galana. Era el imponderable que señala a los artistas. Que distingue al que camina hacia adelante, adelantándose siempre. El árbol solo, paisaje en si mismo.

El eco abrazando al grito. El adiós, abriendo su llamarada, de fatalidad en el minuto más hermoso de la vida.

Aquella frase india podría estar en la tumba de Juan Carlos:

" PUNCHAY PUNCHAIPÍ, TUTA IARCAJ "

(En la mitad de la tarde se le hizo la noche.)

XIX

EL PUMA

*Brama el puma y por el miedo
queda tiesa la majada.
Y en el campo se alborota
relinchando la yeguada.*

A. Y.

*Desprecio la caridad
por la vergüenza que encierra.
Soy como el león de la sierra:
Vivo y muero en soledad.*

A. Y.

*Me gusta ver al león cuando está herido
para templar mi sangre con sus quejas.
Pero enjaulado no, si está entre rejas
es súplica su voz, ya no es rugido.*

J. C.

Infinidad de historias, citas, coplas, referencias y leyendas han tratado en nuestro país sobre este felino americano que nuestros paisanos llaman el puma, O el león, o "el daño".

Su imagen está fijada en los cacharros de las viejas tribus, tanto de la selva como de la montaña; en los Inti-Huasi, donde aún se estudian los jeroglíficos y pictografías de la indianidad.

En ellos aparecen, en claros y perdurables caracteres las garras del puma, sus hermosos ojos crueles, la actitud de arco de su cuerpo cuando concentra la colosal musculatura pronto al salto, su aire inocente cuando se tiende sobre una peña al sol, su sereno y grave gesto de experto cuando enseña a los cachorros las artes del espionaje, seguimiento o fuga, su ferocidad cuando hunde las garras en el lomo de los potrillos, su habilidad para echarse al lomo de un cordero como una simple mochila, su valentía para morir peleando, sabedor de que su bravura es peligrosa mientras le queda un poco de aliento vital.

Los libros que tratan sobre el puma, coinciden generalmente en afirmar que "el daño" sale a sus cacerías de noche, o muy temprano, antes que aclare el día.

.Es posible que así sea y que siendo un bicho tan desconfiado elija las sombras de la noche para desplazarse por los campos, a través de los pajonales o en la maraña de los montes, en busca de presa.

Muchas veces, en las provincias, cuando al caer la tarde el invierno desata una llovizna delgada y tenaz, los paisanos murmuran: ¡Linda noche pal león!

Pero en muchas ocasiones, la bestia no espera la noche y en pleno día, en plena siesta, atropella a la yeguada, o en la media falda de la sierra topa con la majada de cabras, desnucando a varias y llevándose la mejor.

Es increíble la cantidad de pumas que habitan en nuestras comarcas. Pareciera que jamás hubieran sido objeto de persecución. Pero no pasa año sin que cien pumas caigan en la trampa de la escopeta, o sucumban bajo un balazo certero, o los abata un flechazo apenas silbador en un rincón de la selva, en un vasto territorio que abarca el sur de Salta, las costas del Salado, los esteros del Dulce, las sierras de Comechingones y los llanos de La Rioja.

Hace unos años, en una gran redada entre la provincia de San Luis y el suroeste cordobés, en menos de dos meses se cazaron mil trescientos pumas, entre grandes y chicos.

Y en el Chaco, allá por Pampa de los Guanacos, los viejos pobladores suelen matar pumas y tigres para darles de comer a los perros.

Y es lujo para los puesteros del Departamento de Anta retobar sus sombreros con pieles de puma, o adornar las caronas con recortes de "El overo", "el daño", tigre o puma.

El jesuita Florián Paucke, en su *Historia de los Mocovíes*, nos cuenta que en 1749 hubo un envío a España, de catorce mil cueros de tigre y león.

A propósito de "el daño", Paucke, en sus crónicas tituladas *De acá para allá*, nos cuenta que el puma, junto a los ríos, suele "pescar" metiendo una mano en el agua y moviendo suavemente hasta llamar la atención de los peces. Cuando éstos se acercan y el león cree que la presa está al alcance de su garra, da el manotón y arroja a la orilla al pez., salta tras él y le da una dentellada, volviendo en seguida al río para repetir la operación.

Al cocodrilo también lo vence, saltándole de pronto y rompiéndole la nuca, sin presentarle lucha. El saurio herido se tira al río, y al morir, la corriente lo hace flotar hasta cerca de la orilla, donde "el daño" lo recoge y se da el gran banquete.

Antiguamente, los indios que habitaban las costas occidentales del Paraná solían cruzar los montes a caballo protegiendo las ancas de sus bestias con un par de gruesos cueros de oveja, apenas sujetados con la silleta o la carona usada por el jinete. La experiencia aconsejaba esta precaución, ya que el puma, el tigre o el overo, cuando han devorado un hombre, no desean otra cosa, y acechan el paso del viajero en la selva.

Los mocovíes y demás poblaciones del Chaco Gualampa atravesaban los senderos del monte con grandes precauciones. El león, sorpresivamente, saltaba sobre ellos, y al apresar los cueros de cordero, éstos resbalaban a tierra, y el jinete tenía el justo tiempo para huir, salvando así su pellejo y su caballo.

Hace muchos años, en lo que hoy es tapera y antes era un rancho con libros y músicas en las cumbres de Raco, en Tucumán, don Manuel Arce, poblador de esos pagos, me supo regalar un hermoso morral de cuero de puma.

"Pa que se hagan alvertidos del olor del «daño»", me dijo, aconsejándome que a los caballos que usara para los viajes largos por entre los montes, les diera su ración en ese morral. Era costumbre de las gentes de esas lomadas. Una especie de "gualicho preventivo".

En el siglo pasado, en tiempos de las guerrillas, los centinelas gauchos del litoral vigilaban los pasos del río, las picadas de la selva. Y en las noches frías, llenas de humedad y cerrazones, solían cubrir sus cabezas con un cuero de puma, como si fuera un poncho salvaje, curtido de

apuro, apenas sobado, oloroso a grasa amarilla. Las garras caían a los costados,,; del hombre, como si la "uña caladora" pulsara el nidal de la daga, golpeando a veces los patacones de la rastra, despertando en el gaucho montaraz quién sabe qué instintos recónditos que le encendían la mirada, escrutadora de toda sombra, y encendían en la sangre candelas de coraje que escapaban de pronto cielo arriba, apuntalando el alarido, manera de bramar que el hombre encuentra antes de atropellar con todo, para la vida, para la libertad, para la muerte.

¡El puma!

Hay un viejo duelo, un parejo rencor entre el puma y el hombre, en nuestros campos.

Allá, entre los chañares, en la bravura del garabatal, la yeguada pare sus potrillos, les lame suavemente la pelambre recién amanecida. La yegua no se aleja de su cría. Hasta pasa hambre y sed.

El potrillo apenas se sostiene sobre sus largas patitas. Intenta pasos, ensaya coces, mueve su breve rabo alegremente, comenzando a gustar de la vida, olfateando la gramilla que un día probará; dando cabezazos con dulce torpeza en las ubres de su madre, provocando el manantial de su alimento.

Cada pequeña corrida le revela el mundo. Su mundo. Así, llega hasta el barranco, y se queda estremecido frente al abismo, en cuyo borde los árboles pierden su verticalidad, porque tras cada tormenta la tierra se les va. Así busca en la siesta la sombra de los molles, hasta que la yegua, con nervioso relincho, se le acerca y lo quita de la mala sombra. Dicen que el molle "tiene un aire llorador que hincha los ojos y la fiebre". Y algo de esto es cierto, ya que hay muchos hacheros que se niegan a derribar molles, y otros se han enfermado, hinchados y doloridos. Así, el potrillo aprende a esquivar los hormigueros, las pencas, el falso romerillo, el agua quieta. Apenas siente el galope de los puesteros ,comienza a ponerse serio, y da vueltas alrededor de la yegua como si todo fuera poco para protegerse.

Y, a la hora dorada de la tarde, observa con gran susto la tarea de la iguana en el piquillín pleno de sabrosísimas perlas pequeñas, rojas y negras. La iguana elige el arbusto, se acerca al débil tronco y da en él un violento coletazo. La fruta cae desparramándose en la tierra, y el animal devora grano a grano, goloso, el dulce piquillín.

Pero sucede entonces algo sorprendente: la iguana ha sido espiada y seguida por una pequeña banda de zorzales, gustadores del piquillín, pero cuyo fruto no pueden comer sobre el arbusto a causa de las espinas, y deben aprovechar las perlititas caídas. Y para esto, están dotados de una especial picardía. Un zorzal vuela y se pone a comer a pocos metros de la iguana, como eligiendo los frutos más limpios. Ésta lo descubre y se lanza correteando a la caza del ave, que fingiéndose sorprendida vuela al ras del suelo la distancia precisa para alejar del banquete a la iguana.

Y es entonces cuando los otros zorzales aprovechan y comen a gusto, hasta que la iguana retorna y corre a todos .los piquillineros.

El potrillo va aprendiendo a entender su mundo. Lo demás, se lo va dictando su especie desde el misterio de su instinto. Poco anda, pero su madre lo conduce a trancos lentos hasta el árbol bajo cuya sombra dormirá, sobre pastizales limpios, sin hormigas ni peligros a la vista.

Yo he trajinado durante años las serranías de mi Patria. He vivido largo tiempo en las hondas quebradas, en los montes, en tierras sedientas donde el salitral ostenta sus mentidos mares y sus falsos diamantes. He pasado temporadas entre indios, entre kollas, mestizos y paisanos. He dormido en chozas donde la miseria abochorna a todos los paisajes. He pasado noches en las cumbres,, en los valles abandonados, atando mi caballo a lazo largo, y asegurando la presilla en una espuela, dejándome una bota a medio quitar para así despertarme al primer tirón.

He contemplado las majadas, brincando entre los peñascos de un paisaje bíblico, obedientes al ladrido del pequeño perro pastor. He mirado potrillos tumbados sobre la dura grama, dormitando, y allí cerca, a la potranca madre, recortando su silueta sobre el filo de la loma.

He pasado horas entre el gauchaje de antes, oyendo historias y atendiendo consejos de paisanos casi centenarios, acerca de las diferentes maneras de rastrear y cazar a los pumas, según el día, según el terreno, según el viento.

He visto perros destrozados y otros heridos por los zarpazos de "el daño". He ayudado a curar brazos casi deshechos de gente que enfrentara a la bestia con un perro no muy baquiano, y

con la sola arma de un palo de mato o de arrayán a manera de lanza. He aprendido a machacar la corteza del ceibo hasta hacerla una masa y ponerla como cataplasma sobre las heridas. He aprendido que la misma grasa del león, derretida y mezclada con buche de avestruz es el mejor masaje.

He aprendido que encerrar mulas entre la yeguada es buena seguridad, ya que el mular piafa produciendo un gran alboroto que termina por ahuyentar al felino.

Los paisajes más bellos se suceden a lo largo del camino: cerros montañosos y cerros de pedregal puro, ríos mudos y ríos cantarines, selvas altas y montes achaparrados.

Las mañanas se abren con el gran concierto de todos los pájaros. Y la tarde, lenta y melancólica va recogiendo sus policromías, mientras se oye a la reina-mora y al cacuy, extraños como una leyenda, hermosos como una estrella o un poema. Y entre los rumores, el aleteo tenaz del picaflor junto a la flor de la penca.

Y en medio de esa naturaleza prodigiosa y deslumbrante, el puma, cruzando los campos, vigilando desde lo alto de una peña o bramando encerrado en la noche, bajo las distantes constelaciones estremecidas.

Y de pronto, el terror en el chiquero de las cabras. Y el relincho de alerta en los potreros. Y un tropel de galopes desesperados que ahogan el diálogo de las piedras con el río.

Y la perrada que ladra, se revuelve y atropella las sombras. Hasta que el puma, conseguido o no su propósito de matar, escapa, mientras las voces de los hombres, antes vibrantes, son ahora un susurro que organiza la persecución.

Y tras de los cerros se acuesta la luna. Y los ladridos se vuelven lejanos. Y el viento recupera su voz entre las ramas. Y la montaña vuelve a su quietud de siglos entre grillos perdidos y misterios de tiempo y de silencios.

XX

CAMINOS EN LA LLANURA

Pasa el viento sobre las pampas, sobre las sementeras, sobre la gramilla infinita. Los pastizales parecen bailar una suerte de danza de débil vibración, como si el viento al pasar dejara sobre ellos diminutos violines invisibles, en los cuales, los pájaros fueran a beber la raíz de sus trinos.

Hay un otoño recién abierto sobre la pampa, derramando, serenas mieles a lo largo del paisaje.

Los tiempos han cambiado. El progreso trajo monstruos mecánicos, y los anchos caminos -rastro cicatrizado de todos los adioses- se convirtieron en cintas asfálticas para que los hombres, conduciendo máquinas veloces, pasaran de largo junto a los paisajes para sólo arribar a las ciudades.

Antes, los caminos se componían de infinitas llegadas. Los hombres que cruzaban la pampa en carretones, o montando criollos caballos, aquellos "del aliento largo y el instinto fiel", llegaban a las etapas que determinaba el corazón, el amor a la tierra, obedeciendo el mandato de antiguas voces recónditas. Así, desfilaban "llegando" al ombú solitario, al nido de horneros, al potrero de los toros, o de la novillada, o del terneraje. Así llegaban a las viejas tranqueras, donde se eterniza un pequeño lodazal amasado por el tránsito de bestias y el amontonamiento de las reses. Al nido oculto entre los cañadones -misterio, garzas y mariposas-. Los jilgueros saludaban la mañana del hombre, y sobre la oscura mancha que bordaba la reja del arado, los labradores trazaban en las melgas un pentagrama para anotar con semillas la música de sus silbos, mientras jugaban las gaviotas las fantasías de una zamba plena de frescos bajo la gracia del sol.

A veces, como las paisanitas en las tardes, la pampa cambia sus percales y enjaya sus encantos como si quisiera, enamorar al lucero, dócil flete plateado que la luna nueva lleva de tiro.

Abre entonces su mágico arcón y expone todos los colores frente al espejo de las lejanías. Y se queda pensativa largo rato, ya sin pájaros. Su rostro ostenta el cobrizo tono indiano, y

medita sin resolverse a usar color alguno. Sólo el suyo, -el de siempre, el marcado color de su raíz, de su tiempo, de su hondura. El viento, sabedor y andariego, entiende ,estos estados de conciencia de la pampa, y lentamente cubre el inmenso espejo de la tarde con un viejo poncho oscuro. -Y por ahí quebrando los cristales de la noche, uno que otro cencerro cuelga los tonos que precisa el paisaje, para que empiecen a nacer las vidalitas.

Esta es la tierra inexplorado por la juventud cantora de ,estos tiempos.

Esta es la llanura bonaerense: gramilla, médano, corcovo y caminos infinitos.

Acorazada en su historia y su leyenda, la pampa no está triste. Nunca está triste. El Viento juntó en ella los tesoros ,del campo y los decires del gaucho. Muchos. Muchísimos. Y al pasar en su viaje sobre los pastizales, deja caer las hilachitas de los antiguos cantos, de estilos y milongas, de cifras y cientos, de historias y refranes.

Allí están, en los corrales, cerca de los montes, como nidos ,de amor y de pudor, custodiados por los juncos del cañadón, ,o por los cardos, en la alta madrugada, bajo la Cruz del Sur.

Allí están, esperando. Esperando siempre, atentos al rumor ,de los caminos, siempre listos para volar hasta el corazón de los desvelados y prodigarse en consuelo, en gracia, en evocación, en belleza, en conciencia y destino.

Es verdad que las guitarras pulen sus donosuras para la zamba, y es verdad que si las guitarras son auténticas de la tierra han de traducir el exacto carácter de las chacareras. Y que frente a los algarrobales han de rezar cabalmente una vidala.

Pero poco se puede traducir si no se conoce en profundidad el idioma del paisaje. Sólo él dicta sus leyes en cada pago, en cada comarca.

En materia de música rigurosamente folklórica no caben las "versiones", no tiene sentido el "dicen que dicen. . ." Y mucho menos sirve el tocar un tema porque sí, "porque a Fulano le sale bien". Este criterio, además de barato, es falso, es antiartístico, antipaisaje.

Un criollo santiagueño, en Salavina, canta con áspera voz ,su copla. Pero tiene en su auxilio, para lujo de su decir, su paisaje, su jumial, su arena, el aire de su pago, las candelas que los abuelos encendieron en su sangre.

El artista que busca los caminos del canto nativo, aprenderá la melodía y los versos de la canción. Pero el carácter, el "aire", el misterio y la gracia del canto no los podrá dar sino después del desvelo. El desvelo que supone el andar, el conocer, el meditar, el hacer antes de cada asunto musical un acto de conciencia.

El lucimiento, el espectáculo, el deslumbramiento, son cosas secundarias y hasta peligrosas. Peligrosas, porque se corre el albur de fijar en primer plano la figura y la forma -habilitosa del artista, sin que estén presentes, antes, y siempre, el paisaje, la comarca, el pueblo que amasó el canto con su esperanza, su silencio, su color y su lágrima.

Todo temperamento sin cultura, muere. Tenemos institutos especializados. Tenemos academias y bibliotecas. Tenemos gabinetes de investigación para el folklore, para la etnología, para la arqueología, la lingüística y la música. Sólo hace falta, además del amor al asunto y las oportunidades, voluntad y conciencia. Profundo anhelo de hacer las cosas bien y con verdad. Después vendrá el premio al esfuerzo. O no vendrá nunca. Pero la consagración está fuera de nosotros. No nos pertenece, ni la debemos esperar. El gran dictado indica desde adentro. Afuera están sólo las cosas, y los caminos para el lento andar de los que anhelan aprender, saber, meditar, traducir.

Y entre tantos caminos, hay muchos abiertos como abanicos sobre la pampa olvidada, sobre la gramilla infinita de la llanura.

Penetremos el misterio y la gracia del canto pampeano, ,antes de que la multitud de hilachitas dejadas por el viento maduren demasiado en soledad y olvido. Porque después, al paso que van los tiempos, quizá nuestro corazón reduzca su caverna sensible, y ya no podamos contener para nuestro gozo voces tan importantes como esas que atesora la pampa, bajo la Cruz del Sur, tan seriamente maduradas en olvido y soledad.

EL BOYERITO

*Chaqueta remendada, sombrero de hombre.
Chiflando como un mozo que "anda queriendo".
Y húmedas de rocío las alpargatas,
antes de que amanezca sale el boyero. -*

*Desde arriba lo besan las Tres Marías,
y el vientito que pasa le da consejo.
Y al verlo tan gauchito liar su tabaco
el lucero del alba le oferta fuego.*

*¡Boyerito ! ¡Paisanito!
En el trajín de los campos
entre penas y alegrías
vas aprendiendo a ser gaucho.*

*¡Boyerito! ¡Paisanito!
Hermanito de los sauces
dónde vas a soñar sueños
que no los conoce naide.*

*(Sueña que sueña el Boyero;
sueña que va por la vida
sin penas en el sendero.)*

*Él conoce los vados de las cañadas
y al cruzar los juncales, descubre nidos.
Tiene una madre gaucha, y el muy travieso
para sentir su beso se hace el dormido.*

*Lo conocen los peones, que en la cocina
miran las brujerías del trashoguero
A veces algún viejo lo mira un rato
y se queda pensando: Yo fui boyero ...*

XXI

ONGAMIRA

Quebrada de Luna ... Rincón de Ochoba ... Puerta del Cielo ... Nombres que los paisanos pronunciaban como si mordieran frutas dulcísimas de una comarca de ensueño: Ongamira. Aparecía de golpe, en el camino, este pago de ranchos apretados entre rojizos terrones que copiaban las, formas de una extraña fauna.

Todo quedaba cuesta arriba: la soledad del campo, con, un aire fresco que ondulaba las gramillas; las vertientes que bajaban de la parte oriental del Colchiquín, hasta formar, detrás de los Supaga, una aguada de encantamiento custodiada por cauces y chañares, llamada Yacochay.

Los paisanos ocupaban los domingos conversando, gustando vinos lugareños, entre "agora" y "velay"; luciendo arreadores y rebenques de buena trenza, con yapas flecudas. Sobre los

fletes, la tarde curioseaba las cacharpas del apero, los mandiles azules o bermejos, los *estribos-caspi*, el chapeao de las cabezadas, el lazo arrollado sobre las ancas.

En los patios el aire barría con suavidad la nievecita de los jazmines, y de las cocinas se evadían aromas de membrillos asados, de maíz de mazamorra, de azúcar caída sobre las brasas.

A veces, del fondo de las lomas venían los mugidos de la hacienda, de la torada en celo. Las horas pasaban lentas y claras, mientras allá en occidente, los dioses, sin apuro, comenzaban a encender las fraguas del ocaso para despuntar las estrellas gastadas de tanto largo viaje.

Llegaba así la hora azul de las vidalas, en la última luz de Ongamira.

*"Todos los que cantan bien
cantan de puertas p'adentro,
mi dulce cantar.
Yo, como canto tan mal,
canto de sereno al viento.
Mi dulce cantar. . . "*

La guitarra jugaba con cristales desconocidos. Era otro el aire, otra la tarde, otro el paisano. Había que andar senderos de humildad, como los debe andar un forastero que no quiere ofender ni la, gramilla que pisa ...

Las muchachas acarreaban mate. Y de sus manos sólo .emergía la bombilla, porque el recipiente estaba cubierto con una blanquísima servilleta, como si le presentaran al cantor una paloma dormida en la nieve. El brebaje tenía un acentuado sabor a yerba-buena, y avivaba recuerdos de lejanas acequias, acercando paisajes nunca olvidados.

Recortando en el filo de las lomas su alta figura, bajaba de la sierra Deodoro Roca, con su caballete y su caja de pinturas. Había estado entre los riscos de Ochoba, yapando hilachitas dejadas por el viento. Deodoro tenía tercera dimensión. Profundidad. Sentido cósmico.

Más allá de su bufete de abogado más allá de su casona toda libros, más allá de sus polémicas con los académicos ,de la vulgaridad seudointelectual, su motor trabajaba creando mundos de color y de gracia, de amistad y poesía.

Al rato, estaba Deodoro, cubierto con su poncho puyo, mirando hacia lo lejos, como adivinando el camino por donde se va la música cuando el canto ventea querencias entrañables.

Junto al fogón, Carlos de Allende, vichador de troncos y ramazones, estudioso de árboles, de hojas y raíces: un Lillo ,cordobés, pero al que la poesía ganó debilitando al científico.

Por ahí, haciendo espalda en la barranca que limita el patio, Alfredo Martínez Howard, el poeta entrerriano que luego de correr el mundo ancló definitivamente en Alta Gracia. El mismo chango aquel de "Cuaderno de estudiante", que miraba a las muchachas pensando:

*"No aprendés a dividir,
y sabés multiplicar... "*

Y como fundido en el crisol del ocaso, bajo el alero del rancho de Supaga, Mario Bravo, ausente de todo trajín político, Mario Bravo, el tucumano, hermano de las zambas y glosador de vidalas. El criollo aindiado, de pronta imaginación para un cuento, para un recuerdo, para acercarnos hombres y paisajes de su Tucumán bienamado.

Entre los lugareños, el criollo "avizcachao", como decía Deodoro: Don Feliciano Córdoba, con sus ocho perros, cada cual con nombre y apellido: Usaba don Córdoba como sobrepuesto, dos peleros de oveja sin recortar. Apenas estaqueados unos días y sobados de apuro, sin tarjar ni recortar las garras. Y usaba un solo estribo, del lado de montar. "Ansí puedo taloniar mi lobuno más mejormente. ¿Sabe ... ?"

No se afeitaba sino de lejos en lejos, "pa que la nieve de julio no me escarche la yema de la cara. . . " Y andaba en su viejo caballo, seguido de sus perros.

Tenía una finca regular, y vacas, y ovejas. Y vivía solo, avanza de antigüedad pero fuerte todavía.

Don Córdoba era muy dado a escuchar. No fumaba. Cuando le ofrecían un cigarrillo, respondía haciendo un guiño: "Gracias, no tengo vicios secos . . ." Será por eso que, además de buen vino comarcano, bebía cada palabra que los demás conversaban, fuera el tema que fuera.

Una noche se trenzaron a discutir Deodoro y el doctor Bravo sobre la posible habitabilidad de la luna. Citaron revistas especializadas, opiniones de extranjeros notables. Hasta el nombre estimado de don Martín Gil anduvo entreverado entre otros nombres difíciles como receta cara. La culpa de esa charla la tuvo la luna, una luna redonda y solitaria que salió detrás de la Puerta del Cielo. El pago estaba tan claro que no cabía ni la sombra de una intención.

El viento, ausente, y sólo la voz de Deodoro, en larga exposición, hablando de estados cósmicos, de cielos estratosféricos y otras linduras del espacio.

Don Feliciano Córdoba no perdía palabra, y escuchaba con asombro creciente. Hasta que no pudo más, y acercándose a Deodoro Roca, exclamó: "*¡Pero, nadita había sabío viajar mi doutor en sus andanzas. ¡Hasta en la luna se ha metío más de una güelta, dejuramente ... !*"

Ongamira ... Quebrada de Luna, Rincón de Ochoba . Puerta del Cielo . . . Entre los terrones bermejados han de vagar las sombras de tus poetas, de tus pintores, de tus gauchos.

Muchos años han pasado, y no he vuelto a trajinar el cuesta arriba de tu senda, entre higuerales y durazneros, junto a la aguada del Yacochay, donde bajan a beber las palomas siesteras.

Cada mimbre, cada piedra, custodian el eco de las voces que en la tarde de Ongamira ofrendaron los poetas para el paisaje, para la evocación.

Por caminos sin regreso partieron muchos. No sé cuántas casas fijaron sus horcones después de aquellos días, en 1938. Pienso, sí, en el cristal de la tarde, en los terrones extraños, en esa soledad aquerenciada de guitarras, de poemas, de acuarelas, y charlas, y silencios jugosos que me regaló la vida en Ongamira, allá, cerca de la Puerta del Cielo...

XXII

DON JESÚS

*"Se ha muerto don Jesús Luna,
buen criollo pa lo que mande.
Difícil será olvidarlo
aunque no lo nombre nadie."*

Don Luna era resero, albañil, domador, picapedrero y otras yerbas. Era "siete oficios", como muchos criollos provincianos. Y como había tenido muy buena criadez ostentaba sin orgullo su buena conducta, su generosa humildad, siempre dispuesto a hacer gauchadas.

Lo mismo rastreaba un puma, que remendaba su maleta maicera. Lo mismo le quitaba el orgullo a un potro, que le componía el calzado a su changa, gurisa sordomuda, espejito empañado de la selva.

Jesús Luna vivía entre los chañares de Cerro Colorado, detrás del Puesto de los Bulacios.

No tenía camino para llegar al rancho. Era una senda angosta, espinuda, crecedora de matas a la primera humedad. A la media legua se abría el monte en un claro que llamaban "el patio". Allí estaba un corral, las cabras, la lechera, las gallinas, y la casa, donde una hermana vieja arreglaba las cosas, entendiéndose con la changa, en cuyos ojos nacía cada mañana un paisaje de pájaros mudos y viento sin música.

Entre los gustos criollos, don Luna tenía uno preferido: era un narrador.

No andaba por ahí buscando quien lo escuché. Pero si alguna vez la cosa venía con rumbos al cuento, a la historia, al sucedido, don Luna sacaba una tosecita cortona, y mientras trazaba

con el índice quién sabe qué dibujos sobre la tosca mesa, comenzaba siempre con las mismas palabras, como un ritual de voces llamadoras de la buena memoria: *"Ahura que dice eso ... yo siempre me sé acordar de una güelta . . . "* Y así, despaciosamente, casi sin levantar la vista, relataba algún asunto, algún acontecimiento del pago, gracioso o dramático, pero sin desperdicio. Le salían imágenes "como pa verso", pero sin duda no eran más que el vivir entre piedra, y algarrobos, chañares, represas, soledad y pájaros.

Indudablemente, don Luna era un amigo del Viento sembrador de hilachitas, el Viento de la leyenda. Por eso encontraba, sin buscarlas, las formas de expresión que le dictaba la tierra, el pago, la vida. Por eso decía los detalles de una doma, en que el potro le quería robar las riendas en furiosos estirones: *Y a mí se me aburrían las manos de hacer juersa . . .*

O hablando de un día lindo. *"Pasaban los pajaritos con los colores más lindos y cantando de un modo ... como si Dios hubiera desparramao azúcar en el aire. . . "*

O sobre asuntos serios: *"Y ... amigo, la esperanza es como la flor del garabato. Ahí está, arribita, pero hay que hincarse con tanta espina, de no, no se logra. . . "*

En las noches del verano, cuando en el boliche tocan "la música", don Jesús, sin bailar ni truquear, se quedaba horas escuchando la sucesión de chacareras, remedios, valeses y zambas.

: A veces, la hora alta lo hallaba fuera de las casas, y entonces montaba en su doradillo y partía como sin ganas, rumbo a. sus montes. Y como si lo llamaran de atrás, acomodaba la oreja "pal lao del viento" para no perderse el final de una vidala que el viento de la noche le acercaba como un presente antiguo, como un saludo de viajero a viajero.

*"Su lazo de diez brazadas,
su flete de ganar reales,
su hacha de abatir palos
guapeando en los pedregales.
Su niña triste y enferma
con un rosario de males.
Su rancho en medio del monte
sin caminos y sin calles,
con sólo una senda larga
entre los algarrobales...
Se ha muerto don Jesús Luna,
buen criollo 'pa lo que mande'.
Difícil será olvidarlo
aunque no lo nombre nadie."*

A veces, ejecutando uno de sus siete oficios, se pasaba los días enteros emparejando palos de piquillín para postes. Afilaba la azuela como para afeitarse y luego pisando el palo, comenzaba la tarea, haciendo que el filosísimo acero fuera puliendo y redondeando la madera, frenándose en la alpargata con justo golpe.

Todo lo hacía con medido tiempo, sin apurarse. De a ratos, cuando el trabajo se lo permitía, solía canturrear alguna cosa, para él solo. Y cuando por torpeza o distracción cometía algún error, sacaba mal un palo o forzaba un torniquete, se retaba diciéndose: *"¡No cantés, que estás de duelo! "*

Pasaba por el camino de la Quebrada Brava, la caravana de jinetes, rumbo a Caminiaga, para las fiestas de la candelaria. Don Luna, golilla al viento, lucía sus pequeñas espuelas antiguas. Allá en el pueblo colmado de peregrinos y curiosos, la plaza ofrecía la sombra de los viejos aguaribays. Y en los bosquecillos cercanos, envueltos en un aire de inocencia, un grupo de paisanos pasaba la siesta tabeando de lo lindo, donde Ramirez y Contreras lograban lo mejor de las chirolas con su pulso sereno, su ausencia de avaricia, y la cabal vuelta y media del "hueso".

Allí estaba don Jesús Luna, con sus amigos, que lo eran todos. Y al caer la tarde, volviendo al Cerro Colorado al tranco de la caballada, los viajeros hacían un alto en la marcha, cerca de El Pantano. Liaban su tabaco, armando cigarrillos, bebían los fletes en el agua clara, y charlaban un rato. Allí comenzaba la tosecita de don Luna, y el relato jugoso de algún sucedido. Cuando volvían a montar a caballo, ya los grillos estaban sacando la noche desde el fondo de las grutas.

Al llegar a la aldea de Cerro Colorado, los jinetes se separaban, cada cual camino a su casa. Don Jesús pasaba de largo el río, el caserío de los Sosa, el pencal de los Gayanes, Las Trancas, y enderezaba hacia el norte, rumbo al Puesto de los Bulacios. Junto al pozo grande, abandonaba el ancho camino y ganaba el monte por la estrecha senda de los chañares. En la noche, apenas si resonaban los cascotes del doradillo, como si se cuidaran de no despertar los pájaros.

Don Luna atendía la ración de su flete. Colgaba en una horqueta la bajera sudada. Bajo los horcones quedaban riendas, lazo y arreador. El hombre contemplaba las estrellas, averiguando el tiempo de mañana.

Penetraba en el rancho, y se quedaba un rato observando el sueño de su changuita, la niña cercada por todos los silencios del mundo.

Conociéndolo a don Luna, no era difícil adivinar sus pensamientos de esos instantes. "¿Para qué brinca el agua en el río? ¿Para qué cantarán los zorzales y las reina-moras, si ella no puede escucharlos? ¿Dónde, en qué rincón del monte, debajo de qué piedra están las palabras que Dios ha destinado para que ella las pronuncie. . .?"

Jesús Luna salía con la mañana en ancas de su caballo, "pal trabajo". Y como era "siete oficios", lo mismo amansaba un potro o lidiaba con arena, portland y agua, o pulía postes, o rastreaba pumas, o curaba novillos en la sierra "dagüelteando la pisada", mientras pronunciaba en voz baja antiguas y rituales frases.

Y cada semana se proporcionaba la ocasión de una historia. Y don Luna soltaba su narración: "*Sí ... Me sé acordar de una güelta, cuando Rufino Galván cruzó el maizal de frente a las casas. Caminaba cayao, como el destino. . .*"

Un día amaneció dolorido. Le echó la culpa al frío, al calor, a la fatiga. "*Questo que lotro, la cosa es que no andoy bien. . .*"

Pero a las pocas semanas ya no pudo levantarse. Veía la vida del monte desde la puerta entreabierta. Y el hombre, con la osamenta tullida, contemplaba las travesuras del sol y del viento en la arenita del patio, apenas nomás.

Murió a lo criollo, según nos contaban la noche del velorio. Seguramente sintió que se iba, y llamó a la vieja hermana. Le pidió que le ensillara el doradillo, "pero bien ensillao".

¿Pa qué ... ? Preguntaba la familia. Y él respondió: "Pa verlo. Ensillado, sujetá las riendas arriba, y tráilo del cabestro hasta el patio. ¡Pasialo, pa' verlo!"

Le cumplieron el gusto. El último gusto. Y le pasaron el flete por el patio, frente a la puerta del rancho. Desde el rincón, medio acomodado en su catre de tientos, don Luna contempló su caballo. ¡Su caballo! No sería raro que en ese momento, su corazón de criollo le hubiera prestado la necesaria fuerza para que suelte una tosecita, como esa con que solía anunciar el comienzo de un cuento, de una historia, llena de imágenes lindas como pa verso.

Y así mirando su caballo "bien ensillao" se fue yendo de la vida, callado, como el Destino.

*"De a pie, o en sulky, o en carro,
los criollos de estos lugares
acompañan a don Luna
por medio de los chañares.
Son 'siete oficios', como él.
Gente de los pedregales.
Paisanos de monte y cerro.
Gauchos de las soledades".
"Se ha muerto don Jesús Luna,
buen criollo. . . "pa lo que mande'.
¡Difícil será olvidarlo
aunque no lo nombre nadie ...*

XXIII

OTOÑO

Ha llegado el otoño, pintor de la Pampa. Y sobre la Pampa va pasando el Viento, desnudando los montes, emponchando a los gauchos.

Los potreros ostentan un lujo de oro viejo en los chalares, donde la mañana aprende nuevos tonos para su canción amanecida.

El cielo está más alto, y los cañadones, en los que el verano solía reflejar sus grandes nubes blancas, están aprendiendo a conocer la soledad.

Los caminos se pueblan de balidos, porque los hombres están cambiando de potrero a la novillada. Trajinan un poco los reseros y luego, al emparejarse la marcha de la tropa ya pueden lír un cigarrillo y pitarlo lentamente, mientras los chuzos se aburren al tranquilo, sin tener una mosca que espantar.

Han de llegar los días de la yerra, después de la segunda helada grande.

Los capadores gauchos han de operar los potros y el toraje. Todo ha de salir bien, si lo hacen con luna en menguante.

En esos días las estancias estarán muy visitadas. Sulkys, caballada, camionetas, automóviles de lujo, paisanos y curiosos.

Antes ... era otra cosa.

*"Aquello no era trabajo.
Más bien era una función."*

Antes . . . Cuando la pampa no estaba ceñida por las alambradas; cuando los paisanos errantes y los chasques cruzaban "po ande quiera"; cuando los mendigos viajaban de a caballo, de estancia en estancia, y se los distinguía por un pequeño cencerro que soltaba su bulla desde la gargantilla de viejo mancarrón.

Cuando la bisabuela Natividad Guevara -resabio tehuelche en pagos de Pehuajó fumaba en las tardes su pipa de yeso bajo los horcones del rancho, envuelta en un silencio que parecía nacerle de las largas trenzas color ceniza.

Antes ... Cuando los viejos de la familia volvían de los campos respirando fuerte, impregnados de un paisaje con maizales, sol y pájaros. Dejaban en los patios sus implementos, azadón, lazo, bozal, y enderezaban hacia la cocina para hacer entrega de un peludo o un pichi que habían pillado por ahí.

Cuando los caminos no tenían otra música que el repicar sereno de los galopes, o el sencillo tarareo del paisano, mientras los teros alborotaban en el bajío, y allá arriba, como llevándose la luz de la tarde pasaban las bandadas de patos

Cuando las mujeres con ademán de arpistas extendían los brazos sobre los telares primitivos, anudando los hilos en el "alma" del tejido que un día sería poncho.

La reminiscencia me trae en tropilla esas imágenes que ya creía perdidas para siempre, y veo a las mujeres del Sur, afanosas hilanderas, sentadas en sillas "petisas" retobadas con piel de oveja.

Dos meses ocupaba esa tarea. Y al tiempo cabal, la mujer se erguía, cortaba los amarres del telar, pasaba la mano en amplia caricia aprobadora sobre la prenda.

Y era justamente entonces cuando ya estaba plena su madurez de madre.

Porque era costumbre pasar los dos últimos meses del embarazo trabajando un poncho.

Tiempo milagrero. Tiempo de sazón. Un día cabal, la mujer sella el tono mejor de su destino entregando un poncho para su hombre, y un niño para el rastrojo, para la Pampa, para el mundo ...

*"Dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar."*

Pasa el viento sobre la llanura ...

Las guitarras se tornan pensativas, ahondando su intimidad. El lujo de la danza se fue, abrojo sonoro prendido en los flecos del diciembre fiestero.

Guitarras otoñales sueltan sus quejas en la tarde, apuntalando el sentir de los paisanos. Y es varonil la queja, en el sobrio decir del payador.

*"Popular tradición de mi tierra
que empañada por otros albores,
viste caer deshojadas las flores
por el tiempo implacable y traidor."*

El tiempo del canto está fijado por decisión del hombre. Las guitarras no mudan sus colores si el hombre fija en ellas su verdad, el color de su nacencia, de su raíz, de su ,afirmado espíritu.

Si el hombre, ganado por la confusión, por ausencia de personalidad, por ambición o envidia, busca reflejar en las guitarras otro discurso, ajeno a su paisaje, no logrará acomodar conformidades en su conciencia de criollo. Y creará, además, un precedente peligroso, una escuela sin destino, un arte con falsedad.

Puede hacer y crear música. Pero no debe usar el pasaporte sagrado de lo ya tradicional, de las formas que ya son esenciales para el alma de la Patria. Hacer eso implica sentido de ventajeria barata, además de inmoralidad artística.

Cada generación toma la herencia que le deja el quehacer ,de los hombres manejadores del arte popular, del canto criollo. El solo pensar en esto debiera despertar el sentido de una tremenda responsabilidad.

Si se ama a la Patria, si se la respeta, si se cree en sus ,símbolos y en su raíz, en su gaucho, en su paisaje, en su destino, no se puede crear un arte innoble, ni se debe imprimir un modo extraño, no verdadero, falso de toda falsedad.

Pueden gustarnos, de un árbol en el campo, su tronco, ,o su ramazón, o sus hojas, o el cielo que a través de las :ramas se dibuja en la tarde. Pero no podemos pintar un ombú con los colores del abeto, o del limonero, o del sándalo, ni adjudicarle condición que no tiene, ni forma que no ostenta. La honradez nos obliga a mirarlo ombú, a cantarlo ombú, a amarlo ombú. La herencia que podemos dejar .a la juventud cantora de mañana, no será ni nutrida, ni rica, ni fantástica: será un sentimiento, y una conciencia, y un antiguo amor de sangre, paisaje y sueño que nos vienen de muy lejos, en las venas y en el Viento sembrador de los cantares más bellos de la tierra.

XXIV

NOSTALGIA

Tenía necesidad, verdaderas ansias de escuchar una canción tradicional, de reencontrarme con el alma de mi Patria, de contemplar su rostro espiritual, de oír el latido de su corazón sensible. Esto me ocurría noche a noche, en Buenos Aires, en la primavera del cincuenta y uno, a mi regreso de Europa.

Aunque en dos años de vagar por el viejo continente me habla colmado de asombro, de admiración, de luz y caminos, comprendí que también habla acumulado demasiada nostalgia, y precisaba sacudirme de ella.

Siempre he sido un tanto gustador del estado nostálgico, ese movimiento del alma, caracol de rara bruma donde se aprieta un recuerdo, regusto de un estado meditativo, íntimo estar, como tan lindamente dicen los quichuistas: Són- kop-ujúmpi, "En el corazón, más adentro". Pero de ninguna manera complace a nadie ser un esclavo de la nostalgia.

Por eso, al pisar la tierra bienamada, me dije con decisión: Bueno. ¡A saludar a los abuelos!

Y como mis abuelos, el de rostro blanco y el de tez bronceada, ya han cubierto sus cenizas con sus árboles preferidos, uno, el ombú, y otro, el algarrobo, salí a encontrarme con el alma de ellos que siempre está en las guitarras argentinas.

Buscaba en las noches de Buenos Aires la guitarra que hablara el idioma de mi sangre, que dijera el indiano decir de los salitrales, que me acercara al reclamo del cacuy.

Una guitarra que dijera con sagrado acento la palabra Pampa.

Una guitarra con caminos y leyendas, tibia de arenas infinitas, temblorosa de constelaciones.

Una guitarra cantadora de penas superadas. Una guitarra serenada y honda, guardadora de coplas. Una guitarra simple como el lenguaje de las madres, prudente como un paisano del sur, llena de miedos cósmicos, como el alma del indio.

La había soñado ya bajo los árboles del paseo del Luxemburgo, en ese otoño de París, cuando las piquetas de la nostalgia comenzaban a cavar 'un socavón de saudades.

Y allá en las aldeas del Norte de Francia, por Lens, por Arranz, oyendo a los muchachos de la zona carbonífera con sus acordeones graciosos, pensaba en las danzas de mi tierra, en los claros payadores que en mi infancia escuché.

Y evocaba pericones en la Macedonia búlgara, camino del Mar Negro, viendo bailar la Rechenitza y el Joró a los aldeanos de blancas polainas y bordadas chaquetas.

Un fantasma de bagualas y ponchos puneños se me aparecía en las montañas de la Transilvania, en la naciente primavera, con cornetas iguales a nuestros erkes indios.

Como en malón me atropellaban las coplas vidaleras junto al Danubio húngaro, cuando escuchaba las romanzas ziganas en esos violines apasionados que hablaban de amor junto al hechizo de los címbalos. Los cantantes, gitanos-magyares, hablaban de muchachas rubias y de mozos de altas botas. Y yo los escuchaba, mientras me rondaban ecos de viejas vidalas, resonancias de lejanos estilos sureros de mi Patria, sombras de galopes, refranes, alaridos, silencios y pensares de mis gauchos. ¡Runa, allpacamaska!, "¡El hombre, es tierra que anda!"

Por eso, por la lágrima nunca vertida. por el suspiro nunca exhalado, por esas vitales razones nacidas de la sangre y del silencio, buscaba a mi regreso la voz de las guitarras argentinas. ¡Y sin ningún esfuerzo, las hallé!

Sí. Las encontré por ahí, donde la medianoche porteña simula salamanca provincianas, para que cada cual arrimesu soledad al fogón de las coplas y el recuerdo.

¡Benditos sean, cantores de la noche, que tan lindamente., tan cabalmente adornaron la nostalgia que mi corazón cargaba desde tanto tiempo! Sí. Ahí estaban, los changos de mi tierra, misioneros de artes olvidadas.

"La Donosa", "La Belenista", "Viene clareando", "Vidala del Culampajá", "Añoranzas", "La vidalita de Joaquín González", "De mis pagos", "La Arunguita", "Tristeza de un santiagueño", "La Resentida", "La Telesita" ...

Ahí estaba el conjunto "Llacta Sumac", lleno de verdad y de feryor, con Esteban Velárdez y Lorenzo Vergara al frente, con Arboz y Narváez, con Miguel Ángel Trejo. Piano, guitarra, requinto y bombo. Sin primeras figuras, sin hombre en primer plano. Todos, al servicio de la canción nativa, de la canción sagrada, sencilla, auténtica. Unos, de La Rioja. Otros, de Tucumán. Otros, porteños. Pero la vidala era vidala con pureza y mensaje. Y no podía ser de otra manera, ya que a todos ellos les asistía una vocación, y una conciencia, un respetuoso amor Por el folklore anónimo y por los temas de los músicos criollos que nutrían su repertorio.

Escuchar a "Llacta-Sumac" era asistir al desfile de antiguas coplas caminadas, decantadas por el tiempo y el camino. A cada danza, su ritmo. A cada canción, su exacto sentido. El alma de la tierra está siempre presente, para la gustación de los públicos nuevos, para el goce del público en general, para la emoción y la gratitud de los que, como yo, se allegaban anhelantes de una verdad sencilla y elevada. ¡Benditos sean, muchachos de mi tierra! Nunca alcanzaré a expresarles del todo lo que mi corazón recibió de esas guitarras, de ese decir vibrante y entonado, de ese respeto por la herencia lírica, único tesoro invalorable que jamás envilece a los pueblos que lo aman, lo cuidan, y lo dan.

Sí. Yo encontré en la noche la guitarra anhelada. Estaban ahí las vihuelas, apretadas contra el corazón del dúo Benítez-Pacheco, uno riojano, otro catamarqueño, y los dos, traductores de la pena y la gracia contenidas en el canto, nacional. El chango Peralta Luna, fiel a su timidez mal controlada, apenas si bordaba los cielos de la zamba. Y su adorno era justo, porque en las venas le caminaban los dictados. de sus abuelos shalacos, y lo hacían ordenado en su grato.

discurso de pianista criollo. Y veraz, porque aunque amaba los ritmos de América, nunca tuvo la tentación de ofender a la vidala con un acorde que no le correspondiera como paisaje, como luz comarcana, como color de querencia. Jamás tocó zambas "a lo Nueva York", y menos se le ocurrió nunca mezclar en el ritmo los acentos de los valsecitos peruanos-

Sí. Encontré las guitarras, vibrando en manos de Martínez- Ledesma, uno tucumano, otro santiagueño. Aunque más preparados para "lo nuevo", respetan lo eterno. Y oyendo en boca de ellos una chacarera, yo evocaba aquella tierra de arenas calientes y noches abiertas, de Sumamao, de Silipica, de Cansinos, donde el hablar de las gentes ya es música, donde corren los changos para San Esteban, donde en las fiestas se cuelgan cosquillas que penden de las ramas de los, churquis, y las muchachas ríen con candor, mientras a la sombra de los Algarrobos los músicos encienden las fraguas de la hechicería, y comienzan a brotar las "truncas", los marotes, los escondidos, los "musha". Y el bombo alcanza resonancias rituales, y danzan los reverberos cerca de los quiscaloros y los ucles, mientras los santiagueños se entregan a la danza, olvidando toda pobreza, todo desamparo, toda lejanía ...

Sí ... Estaban las guitarras preparadas para el canto de la tierra. Estaban estremecidas de chayas y de coplas, acompasadas, serias, en manos de los Peralta-Dávila, muchachos de aquel Chilecito de claras calles apacibles, entre viñas milagreras y soles firmes. Guitarras que traían el aire ennoblecido de Samay-Huasi, con sus álamos, su acequia, sus sauzales, el sendero de las siete Piedras por donde vaga la sombra pensativa de Joaquín V. González.

Yo los escuchaba, agradecido por los recuerdos que traían a mi corazón, y evocaba mi paso por Tinogasta, por Pomán, Londres, Belén. Veía la majestad del Famatina, el camino a la Mejicana, recordaba los vientos desatados de sus mesetas, los paisajes tendidos a lo lejos, el desierto, la sucesión de cumbres al oeste. Y el calor allá abajo, y la arena rojiza de Vichigasta, y el abanico de sendas en Patquía, y la paz de Los Llanos, jarilla, breas y chañares en una pampa montuosa de misterio y de historia aquietada.

Ahora, al recordar en estos días el tiempo pasado, a pesar de que no han transcurrido muchos años, me asalta un pensamiento que me torna confuso y me llena de preocupaciones.

Pienso en la gente viajera. Pienso en los hombres que parten del país por algún tiempo. Pienso en los argentinos que se ausentan por dos años, o más.

Y me pregunto: Cuando retornen, ¿hallarán las guitarras traductoras de la verdad nacional, el acento paisano, la voz de la comarca añorada ... ?

Cuando retornen, ¿estarán los cantores preparados de verdad folklórica, de respeto por el alma de la tierra, para cantar las coplas provincianas con autenticidad?

Temo desde ya, no por mí, sino por la mozada viajera, que tal vez al regreso las guitarras no le muestren la verdadera fisonomía del espíritu nativo, que la confundan y la engañen, aun sin quererlo.

Temo que haya que desbrozar mucha selva de "innovaciones", que carpir mucha maleza inútil, para hallar la margarita que Dios puso sobre el campo para gracia del paisaje, pequeña verdad, luz, aroma y color sobre la tierra. Quizá tono primero de la más tierna copla que el Viento de la leyenda sembrara sobre la Patria nuestra ...

BENICIO DIAZ

Toda la tierra santiagueña es un riquísimo yacimiento quechua. Los pueblos viejos levantaron sus caseríos a lo largo del Salado, entre los bosques, bajo soles ardientes, con oscuras acequias cuyas aguas los nativos "aclaraban" con penca'i tuna.

Después llegó el ferrocarril. Las vías se tendieron a lo largo del río Dulce, y prosperaron nuevas comarcas criollas, mientras se empobrecían las viejas aldeas indias del Salado. Para colmo, este río, entre arenales implacables, desapareció en leguas, y sólo de tanto en tanto asoma su espejo entre los montes y barrancos sedientos. Allí, cerca del agua preciosa, las mujeres instalan sus chozas, mientras los hombres combaten en la selva con los inmensos quebrachales, o marchan hacia el Tucumán de los ingenios azucareros.

La región "shalaca", como llaman a la zona del Salado, es la comarca indigenista más antigua e importante de la provincia, Allí se encontraron los hermanos Wagner. Allí nacieron las mejores vidalas, alabanzas, chacareras, de síncopa indiana. Allí asomaron a la vida folklórica los más diestros bailarines, las mejores tejedoras y randeras, los más afamados "compositores" de huesos rotos y los magos de la medicina quichua. Allí pasaron su vida, entre el asombro respetuoso y supersticioso de las gentes, los "domadores de tormentas" más famosos del Salado.

Estos extraños personajes aparecían cuando estaba el tiempo nublado y ofrecían sus servicios al que tenía pequeña huerta o sembrado nuevo. Cobraban por anticipado un par de pesos y hacían noche en medio de la siembra; y amanecían luego de la tormenta, con las ropas sucias y el rostro descompuesto, y la melena en desorden. Habían peleado "mano a mano" con la tormenta y la habían vencido con su magia particular. Claro es que casi siempre aparecían un par de botellas vacías entre los sembrados ...

Cuando comenzó el país a interesarse por los temas musicales de origen folklórico, todo santiagueño amigo del arpa o la guitarra vio la posibilidad de un camino de prosperidad económica y fama nacional. Se produjo, aunque no deliberadamente, una sucesión de "recopilaciones" que tenía color de piratería folklórico. Y se produjo en Santiago un éxodo de artistas y "sacha-músicos" que se largaron hacia el sur, camino de Buenos Aires.

Entre los que nunca sintieron deseos de abandonar su pago -ni por su fama ni por su plata- estaba Benicio Díaz.

Este mozo, criollo y quichuista, tenía en su alma todo el color, el drama, la alegría y el lirismo de su tierra "shalaca". Tal vez no haya habido en toda la provincia un tocador de chacareras tan artista y cabal como Díaz. Con su hermano Julián formaron el dúo de músicos populares de más autenticidad. Conocía Benicio los secretos de cada compás de la danza. Salavina tenía su canto, su arena, su luz. Atamiski tenía su sol, su travesura, su sonrisa. Loreto tenía su empaque, su orgullo indiano, su antigua castellanía. Silípica tenía su silencio y sus pencales. Sumamao ostentaba su paz de adobe claro y cielo azul, donde los veintiséis de diciembre los muchachos hacían las tradicionales "corridas de indios" en la festividad de San Esteban.

Todos estos detalles, y mil más, conocía Benicio Díaz, y los incorporaba al tema de sus danzas y sus vidalas. Ahí estaba el secreto que desconocían los otros "folkloristas": el arte de hacer música con rigor tradicional, con ritmo exacto y criollo acento melódico, y además con todo el color, y el lenguaje, y el aire y el paisaje de la zona a que cada tema pertenece. No en chiste una vez dijo Enriquez, citando a Díaz: "Toca en quichua". Y era verdad. La voz de su sonido era quichua.

Inteligente y observador, Benicio Díaz preparaba sus danzas sin apuro. Pulía, compás a compás, la chacarero o la vidala. Buscaba el tono adecuado, el acento expresador. Y trabajaba sin drama ni ostentación. Era un criollo de veras.

Sencillo y bondadoso, nunca puso precio a su arte, y nunca fue un profesional del folklore. Tampoco se dejó engañar por los señoritos, que reclamaban a menudo su participación en una fiesta. Sabía bien quiénes eran sus amigos y quiénes aparentaban serlo.

Quedan de él muchas vidalas, chacareras, algunas zambas, alabanzas, escondidos, gatos, huellas.

Más de treinta años de andares y cantares formaron su prestigio popular. Casi todos los nativistas santiagueños de la última hora han tomado el modelo de las chacareras de Díaz para sus composiciones de éxito-. Es posible que lo nieguen con el tiempo. Siempre ocurre así. Pero no podrán negar la influencia que Díaz ha tenido en el ambiente santiagueño durante años. Está el pueblo para defender esa verdad.

Hace muchos años nos dimos con Benicio Díaz el saludo de "hermano". De él aprendí muchas cosas, cosas del paisaje santiagueño y su música. Viajamos mucho por las selvas y las salinas. Soles quemantes nos vieron andar por esos campos "shalacos", dando nuestro canto al paisanaje, sin hacer profesión.

No sólo su hermano Julián ha quedado sin aparcerero. También ha entrado la soledad en mi corazón. Y pienso que la mejor manera de honrar al artista y al amigo muerto es expresando con toda verdad el espíritu del hombre y su paisaje. ¡No han de separarse tus danzas de mi guitarra andariega, hermano Benicio! Y tu vidala "Andando" seguirá diciendo las cosas de la tarde en tu tierra de Salavina, en esos minutos de la última luz, cuando la brisa viene de los jumiales sedientos para escuchar la copla:

*"Conozco todos los pagos.
Los, de ayer y los de hoy,
andando ...
Y así me paso la vida
sin saber ni adónde voy,
andando ...
Corazón triste
pensando en tu amor ..."*

XXVI

EL COMPADRE CHOCOBAR

Felipe Chocobar es un indio sabedor de sendas y lejanías. Hace mucho tiempo ya que se doctoró en baquianidad andina. Nació con todas las condiciones para ser un baquiano y un rastreador de ese complejo mundo de valles y quebradas, huaycos y "refaladeros", pajonales y nieves, cumbres y abismos del infinito valle calchaquí.

Chocobar nació en la comunidad indígena de Amaicha del Valle, en la esquina más lejana del noroeste tucumano.

Amaicha, que quiere decir "Cuesta abajo", era una aldea formada por la reducción de las familias indias en el siglo XVII. En aquellos tiempos los hombres se nombraban Mamanj, Chaile, Chocobar, Chauqui, Condori, Aguasol, Sarapura, Tolaba ...

Luego vinieron Arces y Rodríguez, Maidanas y Suárez, y se creó una suerte de mestizaje que afirmaba el criollismo de la colonia.

Cuando pasé por Amaicha comenzaba el año 1932. Venía yo desde la Ciénaga de los Terán, cruzando Tafí del Valle, Cara-Punco, Río Blanco, El Infiernillo ...

Tierras altas y pastos ricos. Caballada flor, pashucos peruanos repicadores del suelo con fuerza y con gracia. Gauchos tatinistas, mestizos, gente de piel blanca curtida por los soles, pero con el clásico perfil del indio. El sello de cóndor en su perfil, las pestañas chuzas y el

ademán prudente. Gentes que miraban con infinita libertad, con una serenidad sin miedos. Gentes con mucha confianza en su brazo, en su flete, en sus espuelas, en su paisaje.

Llegué a Amaicha con el corazón cargado de bagualas. A lo largo del viaje me acompañó ese grito que nunca se despeña, y que los tafinistas antiguos llamaban el "Joi-joi". Porque, antes de lanzar la copla al aire, como forma de probar la voz, elevaban el grito diciendo: "Joi-joi". Y así, un par de veces. Y quedó esa voz como sello, como estribillo o refrán del viejo cantar arribeño.

Se descolgaba de la alta soledad del hombre la baguala, corría en la tarde resbalando en las mesetas donde la nieve se arrincona en los peñascos, brincaba sobre los huáycos y ganaba las laderas, para perderse perseguida por todos los ecos que el canto despertaba.

*“¡Joy...joy...
De las peñas vengo.
Pal valle me voy!”*

Desde las cuestas del Cara-Punco y el Infiernillo se tendía un largo camino que serpenteaba en lento y porfiado descenso, hasta llegar, después de trajinadas leguas, a Amaicha del Valle. Quedaban, como postas del viajero, la pequeña escuelita de El Cardonal, el apeadero de San Antonito y un extraño lugar llamado Tio-Punco, que quiere decir "Puerta del arenal". Y al final, como en una hollada, Amaicha del Valle, pequeña aldea, con ranchería desparramada a lo largo del río, con el nombre de Los Sassos, Ampimpa arriba y Ampimpa abajo.

Allí nació Felipe Santiago Chocobar. Allí corrió sus años changos, bajo la vigilancia afectiva de su padrino, el cacique Agapito Mamanj.

Como todo muchacho indio, "bien alvertido", fue marucho. En los largos viajes de los hombres con hacienda, con cueros, con piezas de cacería, Chocobar era la sombra pequeña que cuidaba las mulas, los arreos, elegía los rincones del pastoreo, las aguadas.

Con el tiempo adquirió la baquianidad, y al llegar a hombre ya no tenía secretos la montaña, ni el valle, ni la senda.

Además, mantuvo siempre su orgullo de indio amaicheño. Los trajines de su oficio lo llevaron a Bolivia, a Chile, a través de las punas, los salitrales y las cordilleras.

En cada aldea del camino dejó un cordial recuerdo. una amistad, un fogón encendido para meditar.

¿Por dónde no habrá andado este Chocobar inquieto, coplero, amansador, viajero del largo camino?

Se casó con una criolla, hija de don Manuel Arce, y se alineó en las cumbres de Raco.

Allí lo hallé una tarde, hace muchos años, cuando decidí vivir un tiempo en esas soledades. Chocobar me ayudó a levantar los horcones de mi rancho, allá, -cerca de las nubes, entre las cumbres raqueñas, en las que pasé una de las etapas más solitarias y hermosas de mi vida.

Muchas noches, desde mi lugar, solía traerme el viento la voz del amaicheño, colgando en la sombra del sendero la copla preferida:

*"Charanguito ...
Huáccan hermano*

La melodía, conservando el modo clásico pentatónico, jugaba a frases como desprendidas de algún antiguo yaraví.

Otras veces, la voz de Chocobar era baguala pura:

*"Cafayate y Tolombón.
Bollo grande y llenador ..."
"China fiera, rastrojera ..."*

Isabel Aretz Thiele, cuando recorrió los valles juntando melodías y coplas folklóricas, anotó cinco modos distintos de bagualas vallistas, todas dictadas por Felipe Santiago Chocobar.

Este hombre, tan completo en su oficio, solía cantar acompañándose con la caja, el viejo tamboril andino. Tenía en su rancho hasta tres tamboriles diferentes, los cuidaba mucho y su gusto era probar la sonoridad del instrumento, escuchar el vibrato de la chirlera junto a su rostro y soltar su Joi-joi con segura y fina voz.

Su buen ánimo no lo abandona jamás. Detrás de su rostro indio, detrás de sus pequeños ojos renegridos, que le hacen ostentar una máscara dramática, se esconde un diablillo burlón, amigo de la luz y la gracia, de la broma y el canto.

Después de muchos años de vivir en Raco, el amaicheño enviudó. Sus hijos se fueron por diversos caminos. El hombre se halló, de pronto, con cuarenta años encima, empobrecido y solo.

Juntó sus pocos animales y los malvendió. Y una mañana ensilló su zaino cola larga y partió sierra adentro, camino de la Hoyada. Por esa senda comienza a andar, y luego de dos días de penosa marcha llega a Tafí del Valle.

Chocobar conocía esa ruta. Cien veces la hizo. Montó a caballo y miró por última vez el rancho que fue su hogar y que los vientos pronto convertirían en tapera.

¡Destino de las cosas! Tapera sería esa casa de pobre. Y estaría frente a frente con otra tapera, aquella que fue rincón de lirismo, de copla y sueño, cuyos horcones el hombre me ayudó a levantar años atrás. Tapera es hoy aquel rancho que tanto quise y que los tiempos cubrieron de pajonal, enredaderas y olvidos, después de las luchas bravas que sostuve y que remataron en una zamba que me lastima cada vez que la canto: "Adiós, Tucumán".

Felipe Santiago Chocobar volvió a su pago de Amaicha del Valle. Volvió a los huaicos de Ampimpa, a los arenales de su infancia. Por ahí andará, quizá un tanto silencioso, pensando cosas de aquellos tiempos, de los viejos andares, de los rezos en medio de las cumbres, de los soles desmayados en los abismos del poniente; de las lunas caminadoras del cielo calchaquí.

XXVII

EL RIOJANO Z. Z.

*"Pasa el tiempo ...
Los años se inscriben en la carne
del árbol que envejece.
¡Sólo tú no pasas, música inmortal!"*

ROMAIN ROLLAND

Estos riojanos, con su larga fama de "pobres", tienen una riqueza folklórica como para prestar leyendas y prestar coplas a más de alguna presumida comarca.

El doctor Zacarías Agüero Vera, riojano profundo y escritor de nota, solía decir: "Si uno no fuera tan ocioso, podría escribir diez libros sobre historia y tradiciones, abarcando, sólo la región comprendida entre Mazán y Olta."-

El autor de "Los ojos de Quiroga" tenía tercera dimensión y gastaba su riqueza de imágenes en cuentos y leyendas, poemas y vidalás. Era un verdadero deleite escucharlo en aquellos años inmediatos a 1930, cuando todavía la gente se reunía para practicar un hábito que venía de lejos con jerarquía de rito: para conversar.

¡Qué bien soportábamos los jóvenes de ese tiempo el ritmo bravo de Buenos Aires, la lucha desapareja, el largo esperar, el fogón escaso, la promesa incumplida, el engaño, inútil!

Es que teníamos lo que Ortega llama "la ventana abierta". Y nuestra ventana estaba orientada hacia el paisaje de esos, hombres que nos recibían con generosidad y comprensión, en sus casas sencillas, en sus patios de barrio, o en sus salas repletas de libros y recuerdos. Así conocimos algunos grupos de "seres pensantes", de hombres con ideas y caminos, madurados en el pensamiento y la cultura, que mucho nos ayudaban con sólo dejarnos en un rincón, escuchándolos en diálogos a veces apasionados sobre problemas del mundo y de la vida.

Lugones, Burghi, Martín Gil, Gerchunoff, Saldías, Deodoro Roca, Julio González, Mantovani, Canal Feijóo, Coviello, Bravo y otros más, constituían los pequeños cenáculos donde conjugaban el tiempo del hombre y del mundo. Recuerdo con claridad una noche larga en discusiones acerca de "La historia de San Michele", sobre la personalidad de Axel Munthe, con un acuerdo final en el que no quedó muy bien parada la humildad del autor de "Hermano perro".

Tomaban un libro, o un autor, y lo analizaban en profundidad. Luego buscaban elementos nacionales parecidos, y allí ardía Troya. Otros penetraban, como llevados de la mano, en "la selva de la filosofía", como gustaba decir García Morente, y brillaban en citas y tendencias donde pasaban rigurosa revista a Kant, Spinoza, Demócrito y Sócrates. Otras veces las sesiones tenían en el banquillo a Bach, a Beethoven, a César Frank, a Debussy, a Vivaldi y Monteverdi. Y en memorables ratos solían hacer gala de su agudeza frente a la pampa o la sierra nuestra. Y aparecían los detractores del gaucho, los que intelectualizaban las condiciones del hombre rural de antaño, y los simplistas, los que tomaban un tipo de hombre tal cual era, sin deformarlo ni idealizarlo.

Las visitas a estas salamanca culturales nos obligaban a leer todo lo que caía en nuestras manos, a metodizar la lectura, a disciplinarnos hasta donde nos fuera posible.

Por supuesto que no aspirábamos a alcanzar la altura de semejantes colosos. Pero si anhelábamos entender su pensamiento, su rumbo, su posición. Alguna vez, Manuel Farías, - al salir de esas reuniones, me decía: "Tengo la impresión de que esta gente enrarece el aire que respiramos..." Otra vez comentó: "Muy bien, Confucio. Pero me quedo con Lao-Tse, filosóficamente perfecto."

Indudablemente, aprendíamos y avanzábamos. Aquella pampa en que nací, apretada entre la leyenda y el cielo, comenzó a tener un sentido en mi vida, un destino, un objetivo. Decidí entonces una posición frente al paisaje que amaba. Ni primitivismo, ni espiral que me divorcie del sencillo decir. De paso cumplía con un imperativo de mi temperamento, y con una ley que se afincaba en mi orfandad literaria.

Yo aspiraba a traducir las cosas del paisanaje del sur y del norte, los sentires del hombre campero, como si fuera él quien me los dictara. Todo aquello que el hombre hubiera querido cantar o mencionar, pero sin tomar posición filosófica, ni política. Separar al hombre de todo lo que no sea su paisaje. Seguir, en suma, el buen consejo de Ricardo Rojas: "Que sea verdad el canto que nos conmueva, siempre que antes haya emocionado a los hacheros, a los humildes hijos de la tierra. . ."

Fue, pues, en una de esas reuniones donde me topé con Zacarías Agüero Vera. Y fuimos amigos, con un sentido de tierra que auspicia el germen. Durante horas oíale recordar a su Rioja, sus llanos de chañares, breales y algarrobos, sus arenosos caminos por donde la historia transitó con alboroto de lanza, espuela y grito. Las escenas de vaquería ocupaban lo mejor de sus evocaciones. Era conocedor y además ponía fervor, sagrada luz, en su discurso. Cuando llegué a La Rioja, años después, y recorrí sus bíblicos paisajes, ya tenía el

conocimiento por adelantado de la manera de ser de sus gentes, gracias a Fausto Burgos, a Adán Quiroga, a Dardo de la Vega, al inolvidable Joaquín V. González y a este riojano tan riojano, capaz de sonreír frente al olvido, que era Agüero Vera.

Lo recordé muchas veces observando las fiestas de diciembre, "El topamiento" del Niño Alcalde con San Nicolás, "El Tincunacu", cuyos versos traduje del quechua tiempo después a pedido del Padre Juan Carlos Vera Vallejo.

Conocí muchos riojanos honorables, con mucho paisaje dentro de ellos. Mielles entrañables se vertían sobre las charlas de estos provincianos en su recordar del pago.

Hay un cuento sencillo, una fantasía que narran los paisanos: Dicen que un buen hombre, al morir, fue al cielo y lo recorrió teniendo como cicerone al mejor guía: Tata Dios.

El nuevo huésped admiraba lugares de encantamiento. Pero por ahí observó a dos hombres, de criolla estampa, estaqueados en un cepo primitivo, sin movimiento alguno. Venciendo el apuro, le preguntó a Tata Dios por qué estaban esos criollos sometidos al cepo, qué pecado habían cometido.

Y Tata Dios habló: Ningún pecado, hijito. ¡Si son las almas más buenas del mundo! ¡Pero sucede que son riojanos, y si los dejamos sueltos se me vuelven a La Rioja ... !

Este y otros cuentos certifican el profundo amor que el riojano siente por su tierra. Aunque tenga que vivir en pobreza, casi en olvido, prefiere la luz de la comarca nativa, la sombra de los viejos algarrobos, frente a las siestas largas y cálidas, como esperando que el crepúsculo le arrime un amago de brisa, a la hora en que los duendes llanistas comienzan a yapar las hilachitas de una vidala.

XXVIII

LOS CONTRABANDISTAS

El viejo Cata tenía su hija casada, que vivía en la zona boliviana, a pocos kilómetros de la frontera salteña. El hombre, enfermo "de los hígados", apenas podía con su vejez y sus achaques. Pero montaba a caballo, y diariamente cruzaba "la raya" para visitar a sus nietos; almorzaba con ellos, y por la tardecita volvía a su rancho en territorio argentino. Y siempre traía bajo las caronas un par de kilos de matambre, y alguna vez una botella de "singani", el buen aguardiente boliviano.

Así, andaban los días y los meses. En invierno, don Cata lo pasaba muy mal. Vivía en la zona de los bosques, más allá de Tartagal, en lo que denominan el Chaco salteño. Los agostos desataban su manada de cuervos sobre los montes húmedos. Las crías chicas no salían de los corrales, y los ranchos se ennegrecían con el humo picante de leñas verdes y mojadas.

Cata combatía la pobreza vendiendo la mitad de su "churrasco" a unos vecinos tan pobres como él. Total, unas chirolas para yerba. . . Cerca de su rancho, el camino ancho vibraba constantemente con el trajinar de camiones y carros en la selva.

De vez en cuando, su yerno llegaba a verlo, de noche alta. Detenía el camión y saludaba al viejo. Departía con él unos minutos y luego seguía viaje.

El mozo era camionero de los Iglesias, y sus viajes eran misteriosos. Los Iglesias eran campeones en el contrabando. Cubiertas, caucho, pieles y maderas introducían a territorio argentino. Cuando conseguían buen precio, vendían incluso sus camiones, y a veces volvían cargados de mercadería que se cotizaban alto en tierra boliviana. Santa Cruz de la Sierra era la capital del mercado negro y allí reinaban los burladores del fisco.

Todas las ganancias ilícitas eran oro que rodaba por las tabernas, entre orgías baratas y lujuria de prostíbulo. El cholaje bebía y bailaba los bailecitos cruceños, mecapaqueñas y cuecas del oriente. La cerveza era un caldo en ese trópico donde las pasiones no tenían freno, y de las bacanales de arrabal participaban los Iglesias, los muchachos camioneros, las mozas del dancing y los milicos del piquete. No importaba el gasto. Entre risas, insultos, algún botellazo y rezongos rítmicos pasaban tres días de juerga los industriales del contrabando, con sus peones y sus sirvientes.

Era un secreto a voces la actividad de los Iglesias. Pero los mozos estaban "acomodados". Todo parecía legal, inocente, correcto. Un billete de mil es buena llave para la indignidad.

Para asegurar el "negocio", uno de los hermanos Iglesias vivía casi todo el año en Buenos Aires. Los más lujosos cabarets conocieron su rostro de cholo amoratado por el alcohol y la cocaína. Siempre tenía a su lado una buena moza alquilada, pálida estrella de la decadencia moral del mundo. Cuando cerraban el cabaret, el Iglesias "aporteñado", cargaba su moza y la orquesta, y se largaba a los cafés nocturnos donde se hacía música nativa. Era recibido como gran señor. Tiraba billetes y gritaba órdenes: "¡Toquen, cucarachas! ..." Era su manera de pedir música. Y los mocitos tocaban más y más chacareras para endulzar las horas del inmundo personaje.

Un día pareció que estas cosas llegaban a su fin. La represión del contrabando se organizó con severas consignas. En distintos sitios del litoral, entre los riachos y canales, y allá sobre las punas calladas, silbaron las carabinas, se coparon bolsas, paquetes, cueros, grasas, instrumentos diversos, y se apresaron contrabandistas. Pero los presos eran pobres: kollas contratados a jornal, y comandados por un capataz.- Los capitalistas, los verdaderos negociadores, seguían a salvo. El apresamiento del contrabando era ya cosa calculada que se registraba en ganancias y pérdidas.

Los Iglesias no entraban en estas dificultades. Eran demasiado duchos y trabajaban en negocios "grandes". Es posible que hubieran detenido un tiempito los acarreo, hasta ajustar las líneas de la seguridad fronteriza y trabar amistad comercial con nuevos personajes. Pero cubierta ya la trampa, seguían comerciando como en chacra privada.

Una noche, las estrellas se asomaron como siempre, ignorando que a poco habían de reflejarse sobre un pequeño, charco de sangre criolla.

Había orden de arrasar con los contrabandistas. Cambiados los piquetes, tenían consignas crudas. El viejo Cata había cruzado como siempre la línea fronteriza, y jugaba con sus nietos, que le acariciaban la blanca pelambre que usaba por barba.

Nunca había estado más contento el kolla. Sentía renacer los jugos de la vida en esos changos descalzos y mansos, que travesaban con cariño inocente con su vejez enternecida.

Al llegar la nochecita, ensilló su zaino, guardó sus dos kilos de "tumba" y su botella de aguardiente bajo las caronas, saludó a los suyos y partió: "Hasta mañana, hijitos". Los otros le contestaron: "Vaya con Dios, tatita".

Don Cata inclinó el cuerpo y el zaino "agarró" el tranquito marchador. Cruzó los cercos del rancho y se perdió en el camino de rojizas arenas, que se angostaba poco a poco hasta ser una senda sacrificada por el abrazo de la selva.

Cruzó "la raya" por el paso de siempre, a quinientos metros del piquete de vigilancia. Lo hacía todos los días. Los milicos de antes lo sabían. Todos lo conocían. Sospechaban que alguna cosita se traía el pobre viejo, pero lo dejaban no más. Total, poco sería para su hambre y su vejez.

Cuando se acabó la senda, a los pocos kilómetros, salió al camino ancho. En la sombra, alguien le gritó: "¡Ep ... ! ¡Párese!" El viejo dudó un momento y pensó seguramente que no sería para él esa orden. Y siguió, al tranquilo no más. Inmediatamente se oyó otro grito, un sonido metálico, y sonó un tiro de máuser que estremeció los montes. Entre el ramaje se agitó un rumor de vuelo rápido de aves asustadas.

Cuando uno del piquete llegó hasta el viejo, éste estaba tumbado sobre una huella, desangrándose. En el charquito de su propia sangre, el viejo veía que una estrella le estaba haciendo guiños.

No hubo nada que hacer. El zaino quedó quieto, junto al cadáver.

Otros milicos se acercaron, y luego de revisar el apero, descubrieron dos kilos de carne y un frasco de aguardiente. Tenían con ese material el mejor justificativo para su crimen.

Al rato, se oyeron toques de bocina. Hicieron a un lado al zaino, y sacaron al difunto de la huella.

Minutos después, pasaban pesadas y ruidosas, las caravanas de camiones conduciendo mercaderías de los Iglesias ...

XXIX

EL TIEMPO DE LA SED

En la zona del oeste riojano, a lo largo de los valles interiores por donde atravesaban de vez en cuando los arrees de vacunos rumbo a Chile, se mantiene todavía una suerte de usos y costumbres muy antiguos entre los pobladores de esas precordilleras de piedra áspera, escasa agua y arena rojiza bajo un cielo sin nubes.

Desde el Guandacol de Santa Clara, hasta el legendario Valle de Vinchina, y aun hasta las soledades del Jahué de los diaguitas, se tiende la comarca del oeste riojano, a muchas leguas de Chilecito, hacia los Andes.

Las aldeas se tendían a lo largo de esas setenta leguas. Aldeas quietas, de adobe y cal, ancho patio y palenque al frente, que gozaron de prosperidad durante el siglo pasado, cuando los pastizales y alfalfares de Villa Unión, de Villa Castelli, de Los Palacios y Guandacol facilitaban el tránsito de haciendas para Chile. Luego de una sequía que duró casi veinte años, la población emigró a Chilecito y a la ciudad de La Rioja; el gaucho quedó "de a pie", y los hacendados chilenos de Coquimbo y Copiapó no tenían interés en haciendas flacas.

Y allí quedaron los horcones de las casas viejas, mudas como taperas, aguantando el peor de los silencios: el silencio con miseria. Se quedaron los heroicos, los arraigados, los que jugaban con el corazón de las cosas tradicionales de la zona, los que querían morir en su pago.

Allí, en la costa precordillerana, hay pequeños viñedos muy afamados. No alcanza tal industria a servir para la exportación hacia los grandes centros. La cosecha se coloca en la zona, y a lo sumo llega algo hasta Chilecito. Para el tiempo de las pasas, las viejas y los changos al atardecer, cuando amaina el viento Zonda, se trepan a los techos para "tipiar" uva, es decir, para aventar la tierra de los granos de uva reluciente, y acondicionarla a fin de poderla vender luego. Esta tarea la realizan personas livianas, porque los techos son de paja; y allí, mujeres y changos son livianos por naturaleza y por desnutrición.

Entre las costumbres más tradicionales que se cultivaron hasta fines del siglo pasado, se hallaba el arribo de los estancieros y campesinos y gauchos prósperos para lo que denominaban "el tiempo de la sed".

La peonada, las chinitas y el changuerío hacían el gran rumor que prestigiaba al viñedo de un vecino o le decretaban un bochorno que duraba un año entero.

Cuando virques, casco y barriles estaban repletos del buen vino comarcano, era la señal de que había llegado "el tiempo de la sed". Pero "el tiempo de la sed" era una ceremonia báquica en la que participan solamente "los señores" de la zona. Tradición del tiempo feudal, se mantenía en los campos montañosos de La Rioja, entre los caballeros que usufructuaban los "vinculados" y las heredades cuyo origen se remontaba a la cédula real, o entre camperos que ostentaban una castellanía sin mácula indiana.

Los señores recogían informes acerca de la mejor producción de vinos en calidad, y disponían "bajar" a las aldeas para una fecha determinada.

Llegada la fecha, enviaban una avanzada de peones y "propios" hacia las fincas con viñedo de las aldeas, con el anuncio de la "bajada". Los dueños de la bodega casera preparaban hospedaje para cincuenta o más personas en amplios cuartos, y habilitaban los patios para los banquetes íntimos.. de estricta selección, y para los bailes nativos que infaliblemente debían llevarse a cabo.

Los serranos venían preparando a su vez "las ganas". Durante meses y meses, bebían sólo agua, y desarrollaban su vida dentro de una sobriedad de tipo ritual. Es que estaban "amontonando sed".

El día señalado para "la bajada", toda la aldea ganaba los costados del callejón por donde pasarían luego los vallistos y cumbreños, jinetes en sus mejores caballos y mulas andinas, luciendo platería en los aperos, y produciendo la algazara de chicos y grandes con la polirritmia de espuelas y lloronas, única música que acompañaba esa procesión de sedientos señores de largas barbas y lujosos atavíos gauchescos.

Ya la avanzada de peones y mandaderos había arreado las vaquillonas de mejor marca y peso para ser sacrificadas en la quincena. Lo que sobraba en carnes, pasteles Y vinos, se "desparramaba" entre el pobrerió, que asistía desde afuera al desarrollo de la fiesta, atraído, más que por las conversaciones, chistes o dudosos discursos de los vallistas, por la armonía de las canciones y la quejumbre de los tamboriles cumbreños que tañían los melancólicos tonos de la música lugareña. Las trovas y tonadas de coplas amorias, endulzaban la noche limpia de esa Rioja lejana, y ponían a la fiesta báquica, sensual y desenfadada, la nota de pureza necesaria para que pareciera menos bárbara la ceremonia "del tiempo de la sed".

Parte del ritual era la consigna de no alterar la alegría con asuntos de rivalidad y enojo. Se dormía cuando el lucero abochornaba con su belleza a todas las estrellas que fugaban en la media claridad de la naciente aurora.

Era por las mañanas, cuando reinaba el silencio en el caserón. Y era en esas horas, cuando una multitud de mujeres y changuitos descalzos, con canastas, alforjas y cazuelas de alfarería diaguita, asomaba por el portón de los corrales para recibir "lo que sobró anoche". Así, día tras día, y noche tras noche, se desenvolvía la parranda ritual de los caballeros serranos. Bebían incontable cantidad de vinos, desde el "asoleado" y el "puesto en sombra", hasta el "pisao con pata' i chango" y el famoso "agüita' i Dios", como le llamaban a un vinito blanco de inocente cara, y más "patiador que mula sanjuanina".

-El hecho de que se rezara antes y después de comer no era incompatible con el lance amoroso ni con la creación de comanditas para apoyar un movimiento político en aquella Rioja convulsionada todavía por la lucha entre caudillos, con abundantes sollozadas invocaciones a la Patria, que hacían murmurar a más de un paisano pobre: "Estos son como los bolicheros: siempre hablan mucho de aquello que quieren vender. . ."

Concluida la ceremonia, los caballeros preparaban el regreso a los campos. Momentos antes, obsequiaban a niñas y chinitillas con dinero, alforjas y alguna pieza de plata.

Y partían. Esta vez, peones y "mandaderos" cerraban el paso a la caravana. Algunos ayudaban a sus patrones, a los señores, en cuya cabeza todavía bullían las burbujas del exquisito "agüita' i Dios".

XXX

LA DANZA DE LA VIUDA

Van y vienen las comadres, haciendo cien veces el mismo camino entre el patio y el rancho, entre el árbol y el horno, entre el corralejo y la enramada. Hormiguitas parecen las mujeres. Una lleva una fuente; otra llega desde la yema del monte portando leña seca, otra está regando el patio con los baldes que le alcanza la encargada del acarreo entre la acequia y el rancho.

Los hombres están en los campos, trabajando; los hombres están en la selva, hachando; los hombres están en el pueblo -pueblo norteño, de una sola calle larga-, comprando cosas, alcohol, cigarrillos, e invitando a determinados personajes, unos músicos, otros caudillos políticos lugareños. Está cambiando el viento. La selva, en la media tarde, tenía una melena inquieta, que es el gesto de los montes cuando hablan con las nubes para pedir la ayudita de una lluvia. Pero ahora, la selva se ha calmado. Las nubes, lerdas, grises, van pasando hacia el Este, y de pronto cambian el rumbo y andan hacia cielos abajeños.

Los algarrobillos estaban cimbrándose en sus ramas menores, pero ahora se durmieron al arrullo de los primeros pájaros de sueño tempranero.

En los pencales se está operando el milagro de la palabra y el vuelo, en el cotorreo de los loros que confunden su verde parlotear con el verde callado y arisco de las primeras tunas. En alguna penca, en la que bebió por sus dardos la mayor humedad de la noche pasada, está sangrando una flor, agradecida del aire y de la abeja.

Dos mujeres están peinando y arreglando a María Juana, la dueña del rancho. Le han aceitado con sacha-unto la negrísima cabellera, que se derrumba sobre la espalda y se amplía conformando el nacimiento de las caderas de la mujer.

Manos tejedoras, manos sabias en color y nudo, comienzan a trabajar un par de trenzas perfectas, gruesas hasta la mitad, estilizadas y suspirantes hacia el final del cabello, pero recias y elásticas graciosas y firmes como un látigo.

En un rincón están planchando el vestido ritual de María Juana. Se lo pondrá para el preciso momento de la danza. Rojo, intensamente rojo, de breve escote, apretada cintura, ancho vuelo de tipo campesino y largo hasta un poco más arriba del tobillo. Un angosto cinturón del mismo género abrazará la cintura de mimbre. Con una yapa que sobre, se hará el pañuelo para el baile de la mujer.

Mientras tanto, la tardecita ha comenzado a travesear con las sombras. Y la sombra es huraña. Gruñe su oscuro gruñido, y al oírlo se callan las palomas y se encienden las estrellas allá lejos. Y cada paloma se lleva al nido un pedazo desmayado de la tarde. Y la sombra vence, y la noche viene, sin trinos ni vuelos, desnuda, abierta y ancha, desde el fondo de los montes.

Retornan los hombres al breve rancho. Llegan aquellos que fueron al pueblo. A la rama baja del algarrobo le han colgado el tucutucu de un candil. El changuerío, anda por ahí, curioseándole todo, y es ahuyentado por las viejas rasquinchas: "Ite p'allá, muchacho".

La María Juana no asoma todavía. Luce su gastado vestido negro, el hábito ceñido de su viudez paisana.

Cuando murió "él", se extendió un gran silencio por ese patio que antes supo de albahacas y de cantos. Comadres y vecinos respetaron "el luto juerte" de la viuda. No asistió en las navidades a las danzas de otros hogares. Los hacheros la extrañaron durante el Carnaval; y en las Telesitas, procesiones del monte, se la vio por ahí, colocando sus candelas al pie de los árboles, para la niña santa que murió quemada. En una sombra, apagada en silencios rituales.

Pero hoy, se cumple el año de la viudez bien guardada, y ya puede la viuda recibir en su rancho, oficialmente, la visita de vecinos, paisanos y comadres, porque "va a salir de la viudez".

Para eso trabajan todos esa tarde. Para eso vendrán los músicos. Vendrá el violinista ciego; vendrá el tocador de bombo indio; vendrá el guitarreo de los montes. Llegarán andando, a pie, a caballo, en sulky.

Llegó la noche. Ya no se ve en los pencales, y el cotorreo de los loros es sólo un recuerdo disperso. El candil asoma su vacilante luz, pintando sobre el patio, en oro sombrío, la escena de la fiesta.

Sillas de paja, humildes; sillas retobadas en cuerito de cabra; troncos de árbol; restos de destrozadas carretas, constituyen los ocho o diez asientos. Los demás, andarán por ahí, bajo el árbol, detrás de los músicos, curioseando, callados, haciendo a veces un comentario en quechua acriollado en un susurro que no entorpece el silencio.

Comienza a rondar la jarra de vino comarcano. Dulzón y cálido, juega su brujería el vinito norteño. Como los vasos no abundan, nadie debe demorarse en beber. Todos conocen esto, tradicionalmente. Entonces, apuran el contenido hasta el final, y devuelven el vaso a la comadre, que corre presurosa hacia el interior del rancho, y al rato reaparece con una nueva ofrenda líquida.

Poco después, alguien se acerca a los músicos. Estos "igualan", afinan, se combinan acerca del tiempo y el matiz de la música. Para probarse, rompen con una chacarera. El bombo, honda quejumbre de tierra antigua, no desata toda su fuerza todavía. Mide su intensidad. Es temprano.

El guitarrero rasguea su guitarra dulcemente. Por momentos acompaña con la escala en bordonas el final de una frase que le agrada. El violín, llora, agudo, agrio y tristón. Violín de ciego, toca siempre igual una suerte de sonidos de gran ritmo, de justísimo compás, pero sin matices ni colores. El violín tiene los ojos cerrados, como su dueño. Se suceden las danzas. A la chacarera, sigue un "remedio"; luego, un "escondido". Bailan las parejas. El patio comienza a animarse, y las palmas que acompañan los compases finales, despiertan un rumor en los árboles y acucian la sed de los hombres. El tocador de bombo se está afirmando mejor; el guitarrero se anima ya a cantar el estribillo de la danza. Lo festejan. Es el oportuno pretexto del rápido brindis. Otros curiosos, desde la sombra donde no alcanza a dominar el candil, fuman y comentan en voz baja. De pronto, salen las comadres del rancho, con gesto que reclama la atención de todos. Los músicos callan. El silencio es más grande que la noche. Hasta el candil se mantiene quieto en su lucecita, de pie, como un signo de admiración.

Y aparece en seguida la María Juana, vestida de rojo intenso. Sólo sus ojos, almendrados y brillantes, y sus trenzas magníficas, son el matiz de su figura, crisol de todos los soles y todas las auroras de un año de silencio y centinela.

La saludan los hombres, y le alaban su belleza y donosura. La viuda sonrío, mesurada y gentil, con una sonrisa un poco asustada. Una sonrisa que guardó un año redondo para ofrendarla a los hombres recién en su fiesta de "salida". Recién ahora, al año de muerto "él", la viuda puede reincorporarse a la vida social del ranchería. Recién ahora puede recibir una galantería, y considerar una propuesta amorosa. Recién ahora podrá soltar sus brazos en la danza, brazos que sólo se abrieron sobre la tierra en el trabajo, y se cerraron sobre su luto, en el recuerdo.

La voz de uno de los músicos anuncia: "¡La zamba de la viuda!"

Es el momento de la danza ritual. Ella deberá bailar la embrujada zamba después de la cual quedará liberada de cadenas, prejuicios y vigiliás. Ella deberá elegir el paisano para formar la pareja en la danza. Los hombres están quietos, expectantes. Los mozos se acercan al candil para que ella los vea. Los otros, permanecen en la sombra del patio.

Los músicos han comenzado los compases de la introducción de la danza. Es una vieja zamba norteña, pero parece dada en primera audición. Es que ahora tiene un cumplido destino.

La viuda, mira uno a uno, a mozos y paisanos. Y se dirige decidida hacia un criollo que es su vecino. Le ofrece su brazo, y los dos van hacia el centro del patio, lentamente, un poco avergonzados, aunque sonrientes.

Los espectadores exclaman diversas cosas, entusiasmados, y piden alcohol para regar su alegría. Y el alcohol llega, quema la gruta de las gargantas, y escapan de los pechos, de los hacheros, endiablados alaridos en los que el instinto, disfrazado sus goces primitivos.

La pareja comienza el baile. Nadie mira al hombre. Todos miran a la viuda, incendiada en la noche. La sombra del algarrobo se derrumba sobre las melenas de los músicos, y a los ojos de los hombres les brota una suerte de candiles misteriosos y tenaces que persiguen la ronda roja de la María Juana.

El violín llora el ay de la zamba lugareña. El bombo acrecentó su quejumbre, y ahora imita un tropel de potros galopantes.

El guitarrero hiere, no con rasgados, sino con chirlos, el sonoro cordaje de su instrumento. Y la voz del cantor se pone ronca. Ronca de alcohol, de noche, de intención y de gracia dramática.

Delgada y alta, la viuda danza sin mirar a nadie. Mira al suelo, sin verlo. En realidad, está el misterio de su propia danza. Esclava de la magia, sacerdotisa de un rito de lujuria espiritualizada por la canción de los campos, la María Juana siente que se está quemando con su propio incendio. Y allí, sobre el tope del brazo moreno, flamea la llama roja de su lenguaje de esperanza, en el pañuelo que llama y responde, y suplica y reta, y gime también, en los mimos que aconseja la zamba de la selva.

¿Quién logrará el amor de la María Juana?

¿A quién preferirá la mujer encendida, tea del amor brotada del silencio?

Por momentos, cálidas oleadas llegan hasta el patio, desde el fondo de los campos. Es el Zonda. Es el viento del Norte, que sacude enervante. El viento que reseca las caronas, que endiablaba los remolinos, que desorienta a los pájaros, se arrastra ahora como queriendo desplazar al hombre y comenzar una dramática lucha de pañuelo y remolino, entre la Viuda y el Viento.

Pero no. El viento se revuelve en el patio, y se va hacia la noche, donde la selva ha comenzado a protestar con seco rumor, de fronda sorprendida. Y la viuda baila su danza, libre de viento y de lutos, libre de puertas trancadas y de mirares bajos.

Baila la María Juana. Baila como un remolino incendiado, libre de custodias rituales y de frenados impulsos.

Libre, como la roja llamarada de su pañuelo que se agita en la noche, en "su" noche, llenando la selva de esperanzas, promesas y deseos.

XXXI

SIN CABALLO Y EN MONTIEL

*"Pasé de largo por Tala.
Detenerme, para qué ...
De poco vale un paisano
sin caballo ... y en Montiel."*

Dicen los trashumantes que los caminos se han hecho para ir, nunca para volver. Aseguran que todo retorno tiene algo de fracaso. Tal vez porque esta reflexión impresionó mi espíritu hace mucho tiempo, o quizá porque en mi antigua condición de trotamundos adjudicaba a la sentencia una jerarquía de suprema verdad, el asunto es que al pisar suelo entrerriano luego de treinta y tres años de ausencia, no quise pensar que regresaba, sino que "iba a Entre Ríos" nuevamente.

En pleno septiembre, un viento del Sur traía al litoral su saludo de nieves cordilleranas, asustando la flor de los durazneros que trepaban graciosamente las cuchillas entrerrianas engalanando el paisaje con promesas dulzonas.

Llovía, como en los viejos tiempos, como en aquellos inviernos que ablandaban los cascos de los potros y endurecían el gesto de los hombres.

Pasaban los paisanos, jinetes en peludos caballos, de anca redonda; y el poncho era prenda inmóvil, que aprendió con la lluvia a ceñirse en el cuerpo como un abrazo de hombre.

*Dejé atrás Altamirano.
Por Sauce Norte crucé.
Barro negro y huellas hondas
como endenantes miré.*

*La sombra de mi caballo
junto al río divisé.
Se me arrollaban en l'alma
las leguas que anduve en él.*

Las ciudades entrerrianas han progresado, sin cambiar su fisonomía de pueblos camperos, de villas rodeadas de estancias viejas, de montes extensos todavía, a pesar de las grandes hachadas.

Los caminos tienden a mejorarse en trechos, por la cinta asfáltica. Es decir, los caminos que unen las principales ciudades. Porque los otros están no más como los vi "endenantes": tierra, huellones, barro, zanjas, cañadones, un monte espinudo, un ceibal serio y florido, un concierto de pájaros, arroyos grandes y chicos, buenos pastos, un cielo overo negro, que se torna rosado en la esquina lejana de la tarde; campesinos en chatas -gringos acriollados ya-, sulkys, y gente de a caballo, bota lisa y espuela breve, sombrero ala ancha, barbijo de tientos; gente nerviosa y cordial, un poco fantasista y refranera, con una gran condición argentina y un profundo amor a su provincia.

*Sin canto pasaba el río.
¿Para qué lo iba a tener?
Ancho camino de fuga,
callado tenía que ser.*

*Así, con mirada moza
de otros tiempos, contemplé
sobre un mangrullo de talas
el palmeral de Montiel.*

La leyenda del viento cruzó por esos montes, vadeó esos ríos, enredó en las espinas de los talas viejas historias, sabrosos cuentos, trovas, vidalitas y milongas paisanas.

Las guitarras travesen en floreos que recuerdan el modo de tocar de los orientales.

Es que son hombres montaraces los guitarreros. Y el monte determina leyes, pensares y sentires. El monte se traduce en el hombre: precavido y capaz. Florido y enredado. Abierto a la esperanza junto a la ventana de una moza estimada, y rastreador de puma en la maleza.

Los hombres guitarreros del presente, en Entre Ríos, quizá no adviertan esto. Alguna vez será. Y entonces, la tropilla de coplas que transita por esas cuchillas donde la historia todavía tiene su cuerpo caliente, será ejemplo de gauchería y paisanaje, aunque no cite

guerrillas ni lanzazos, aunque no ostente el latiguillo ya gastado del machismo, aunque no mente galopes y atropelladas, ni dagas, ni degüellos.

*De recuerdos y caminos
un horizonte abarqué.
Lejos se fueron mis ojos
como rastreando el ayer.*

*Climaco Acosta ya ha muerto.
Cipriano Vila, también.
Dos horcones entrerrianos
de una amistad sin revés.*

Sobre cada ceibo hay una guitarra encendida en la espera. Busca en el aire las manos que desaten las lianas que la ciñen, para darse a su dueño, liberada y vibrante.

La guitarra entrerriana tiene una gran misión: dar el paisaje.

Darlo con un amor sin demagogia. Las cuatro estaciones del año se acusan en la naturaleza, definitivamente. También las vive el hombre, el corazón del hombre. La guitarra es baquiana en esos rumbos. Sólo espera que el hombre la comprenda, y se comprenda.

El entrerriano es afecto a la pesca. ¡Cómo no serlo, con los ríos que tiene!

Sabe de playa, barranco, remolino, espinel, canoa y virazones. Durante años vio trizarse la luna sobre el agua, huyendo del anzuelo. Durante años escudriñó a la yará escondida en el adiós del camalote.

Tiene, entonces, atesorada y grata, la virtuosa paciencia.. El paisaje lo espera. El paisaje de su tierra hechizada, y el otro: su mundo, su "porqué". Prepare su espinel de desvelo y ternura, y arrójelo bien lejos, pecho adentro, donde moran el artista, y su conciencia. Y todos aplaudiremos al "pescador" de ese litoral maravilloso.

*En la orilla montielera
tuve un rancho alguna vez.
¿Lo habrá voltiao el olvido?
¿Será tapera ... ? No sé ...*

*Por eso pasé de largo.
Detenerme, para qué ...
De poco vale un paisano
sin caballo y en Montiel..."*

XXXII

HISTORIA DE TESOROS

Perdura aún en el Norte de nuestro país -aunque con. menos fervor- un viejo afán provinciano: la búsqueda de "tapaos", de tinajones plenos de alhajas, monedas antiguas, patacones y luises, petacas de cuero, pieles de león o jaguar llenas de riquezas, de pepitas de oro, de dineros, ocultos en tiempos de la Colonia, y desde mucho antes, cuando el famoso rescate del Inca Atahualpa.

Cada tanto se organizaban las búsquedas en las grutas andinas, en las lagunas, en las hoyadas, en las anchas paredes de las fincas, en los pedregales cuya formación hacía sospechar coincidencias con no sé qué mapas que quizá jamás existieron.

Se hacían planes, investigaciones en el campo arqueológico, el estudio de tamberías, antigales, cementerios indios, etc. El profundizar el sentido de algunas leyendas llevaba, tiempo, pero siempre había lámparas que se apagaban muy tarde y, a su alrededor, jóvenes y hombres maduros planificando la aventura de buscar el tesoro escondido, el "tapao".

horas, semanas, meses, pasaban mientras se estudiaba, paso a paso, la historia, los desplazamientos de los godos, los éxodos de las poblaciones criollas, los hechos salientes, los acontecimientos misteriosos, las deserciones, el movimiento de los viejos chasques, la recua de mulas, el hato de llamas cargueras, los caminos del atajo, en fin, todo lo, que pudiera ser una pista, un dato, un detalle para comenzar la tarea de hurgar cerros, pedregales, pucarás, tapias, paredes de adobe, quinchas y tejados.

Muchas veces los buscadores del "tapao" renovaban sus bríos al hallar por ahí una moneda antigua, algún viejo puñal oxidado. Nuestros escritores, cuentistas y narradores del campo argentino, se han ocupado de historiar aspectos de la aventura de tesoros. Y hemos de recordar algunas que se mantienen en la memoria de los viejos provincianos de Salta, Tucumán, Catamarca y Jujuy.

Yo mismo, en años mozos, formé parte de algunos grupos buscadores de tapados en las montañas jujeñas y tucumanas, y aun en la puerta de los valles calchaquíes, detrás de Los Laureles, de El Candado, en esas luminosas lomadas salteñas, en tiempos en que la vida cabía en una copla bagualera, y el almanaque no tenía valor; tiempos en que un buen recital de guitarra se cotizaba a cincuenta pesos, y era bastante efectuar uno por mes, ya que los demás conciertos se daban gratuitamente, para beneficio de bibliotecas lugareñas, de pequeños clubes o de paisanos empobrecidos. A mí personalmente, me sobraba con un concierto al mes, pues tenía caminos, paisajes, gauchos, un par de mulas, un colorado pedidor de rienda y un indomable vigor para cabalgar por esos valles, días o semanas, aprendiendo cantares, respirando un aire antiguo y gratísimo, durmiendo junto a los corrales o al reparo de los aleros kollas, vistiendo solamente la sencilla y noble ropa del paisano del norte, portando -como un caracol sin brújula- la cama en mi apero, las armas en la guitarra y la quena, y un anhelo profundo en el corazón: ahondar América, para encontrarme a mi mismo.

*"Lunas me vieron por esos cerros
y en las llanuras anochecidas,
buscando el alma de tu paisaje
para cantarte, tierra querida. . . "*

Así, años atrás, remontábamos las cuestas de Yala en un abril jujeño, para instalarnos en la laguna del Poniente, frente a un misterioso paisaje solitario, donde las mañanas se emponchan de brumas y el río clava sus dardos en la piel de los viajeros.

Allá abajo, el río de Yaya víboreaba entre las peñas, custodiando en su helada espuma la fuga de las truchas.

¡Truchas! Ese fue el único tesoro que hallamos en los días -y también noches- que pasamos buscando el tesoro fabuloso del rescate del Inca.

En las horas de reposo, rodeando un fogón que ostentaba más humo que lumbre, nuestras charlas estaban orientadas hacia otras experiencias, algunas serias, otras jocosas, y todas referidas a la búsqueda de tapados.

Hacía pocos meses yo había hurgado algunas grutas cerca de la Quebrada del Toro. Les contaba a mis amigos detalles de mi aventura. Recuerdo que fue en el año 1934, y que al regreso de ese raid me topé en Campo Quijano con un viejo gaucho salteño, a quien habla conocido tiempo atrás cerca de Metán. Era el paisano Montoya, andariego, resero y buen chalán, amigo del caballo y del camino largo. Por coincidencia, Montoya me mostró en esa ocasión la imagen de un santito que había hallado en esa zona, mientras destroncaba en la picada de un monte. Era un San Isidro "ñato", con la nariz quebrada, al que también le faltaba una mano. Pero mantenía, a pesar de la tierra adherida y el largo tiempo sepultado, hermosos colores de singular firmeza.

Montoya me describió con detalles la zona del hallazgo, y quedamos en volver al lugar un tiempo después. Pero nunca regresamos para seguir cavando. Por ahí, en años posteriores, nos encontrábamos con el gaucho Montoya en Salta, o en Río Piedras, y hasta en algún desfile en Buenos Aires con motivo de fiestas Patrióticas, y evocábamos aquellos días del santito misterioso.

Más de una vez hemos sentido la agresividad, la hosquedad de los mestizos y kollas de la montaña, enemistados con los buscadores de tesoros.

Cuando llovía fuerte en el alto, crecían los ríos peligrosamente, rompían los "atravesaños" y se llevaban alguna res panza arriba y río abajo.

Y los kollas murmuraban: "Todo es a causa de esos abajeños hurgadores de cerros".

Pero la gente inquieta por esos asuntos se estimulaba siempre por alguna buena noticia.

Cierta vez, un buen vecino de una villa norteña sacó su sillón a la pequeña galería de la casa.

Lo hacía todas las tardes en tiempo de verano. Era un hombre anciano y pobre.

El techo de la escasa galería era de cañizo "juntao", nidal de vinchucas y murciélagos.

El hombre siempre miraba las cañas encaladas y veía una especie de "bicho-canasto" adherido, que a veces oscilaba un tanto, como meciéndose al aire de la tarde.

Un día, por rara molestia, o sin razón valedera, se incorporó y trató de arrancarlo. Estaba firme. Entonces dio un fuerte tirón. ¡Y casi se le desplomó el techo de cañas! ¡Era un viejo cuero de gato-onza, lleno de monedas de plata, y lo que asomaba era la puntita de la cola. Dicen que el hombre salió de pobre y, además, entró en la leyenda. Porque la imaginación popular aumenta siempre la fortuna de los afortunados, como también aumenta los pecados de un pecador.

Entre los cuentos de tesoros y buscadores, es famoso en el norte este "sucedido": un provinciano alquiló una vieja finca en una villa y, cuando su familia salía, aprovechaba para "tinquiar" los muros, golpeándolos con un pequeño martillo. Cierta día notó un sonido distinto en una de las paredes, e hizo una pequeña señal con un lápiz. Y así, sin dormir, obsesionado, esperó el día domingo.

¿Por qué el domingo ... ? Porque ese día envió a toda su familia a misa. Cuando estuvo solo comenzó a cavar en la señal de la pared, gruesa, de antiguo adobe colonial. Toda la tierra y basura la juntaba en una gran bolsa, con el fin de no dejar rastros de su aventura.

Cavó y cavó, febrilmente, hasta hacer un respetable boquete, por el que pudo, al fin, introducir un brazo.

¡El tesoro! Y comenzó el hombre a extraer cucharones de plata antigua, cuchillos con iniciales de oro, tenedores de doscientos gramos de peso, de plata pura, y alguna estatuilla rara.

Cuando no hubo más que descubrir, cubrió el boquete como pudo y colocó un almanaque para disimular el asunto.

Cuando su gente regresó de misa, el hombrecito tenía todo oculto, y a pesar de su enorme alegría nada dijo.

Pero ocurre que "Dios no quiere cosas chanchas", como dice el refrán.

Al día siguiente se le presentó la policía y cargó con el buscador de tesoros y con las piezas de plata halladas después de tan paciente labor.

¡Se había "bandiao"! Sí. Le había robado casi toda la vajilla a un vecino ...

XXXIII

EL MINERO

Hace mucho, quizá treinta años, conocí al minero. Buscaba oro, cordillera arriba. Su tenacidad era tan grande como su desamparo. Buscaba oro, pero temía encontrarlo. Un día me dijo: "Sé que he nacido «buscador». Pero nada más que «buscador». Si mi sueño, mi destino es buscar, seguiré mi estrella, allá donde se acaban los caminos. Pero sé que nunca disfrutaré del oro. Porque será como vender mi sueño por un puñado de oro. Y por razones que no sé explicar, yo no podría vivir sin ese sueño. . . "

Hace un tiempo nos volvimos a encontrar, en el Noroeste. Estaba pobre, con una limpia pobreza. Y la dignidad seguía siendo la mejor luz de sus ojos.

Tenía su amor, su mujer, a la que nombraba con un sobrenombre extraño y encantador: Nácar.

Durante dos noches conversamos largamente. Mejor dicho. los escuché, mientras evocaban tiempos de lucha, de soledad, de dramas y esperanzas, cosas vividas y lloradas, y vencidas, en un paisaje de cumbres y senderos, de abismos y de cielos, donde sucumbe todo lo que es débil, donde triunfa o permanece sólo aquello que es fuerza y es verdad.

La tierra que se da en estaño, cobre, plata y oro, no tiene bosques ni hierbas. Es páramo desolado, piedra maldita, donde la nieve es siempre rostro idealizado de la muerte.

El hombre busca con afán el oro. Rompe la piedra; doma leguas; libra combates con la nieve y la altura.

Sueña. Sueña extraordinariamente. Y cava en los peñascales, creando su socavón de esperanza.

Y casi siempre, está cavando su propia tumba. La montaña se defiende. Tiene vientos y escarchas. Tiene nieblas que borran todas las sendas, menos las del anhelo recóndito del hombre. El hombre sólo tiene su piqueta. Antes de tenderse a morir un poco su sueño de ser cansado, en tosca fragua afila su herramienta, la temple, la envuelve en su casaca como a una huahua heroica. Y se duerme, para soñar sueños menos bellos que los que sueña con los ojos abiertos, en perenne desvelo, como el cóndor.

A veces, la luna, abierta navaja sobre un paño azul, corta de un tajo el aire. Y un pedazo de copla cae sobre el sueño del minero.

Fuerte alcohol. Comida picante. Negro tabaco. Débiles cosas frente a la vida del minero. Ama a la hembra, mordiéndola. La hembra, la china, es la culpa simbólica de la cumbre.

En la riña, es un puma. Es el viento y la niebla, el río crecido y la nieve en remolino.

El minero no anhela disfrutar del oro. Su dicha es descubrirlo. La muestra que en su mano brilla, vale todo el palacio de los que tienen oro sin haberlo soñado, ni buscado, ni sufrido.

Hay domadores bravos que nunca tuvieron un caballo suyo. El minero es así, doma el misterio, y se queda dormido sobre su potro de piedra solitaria. Dormido o muerto; al fin, las dos esquinas más exactas de su sueño.

A veces, una muchacha espera, valle abajo, en el pueblo. Luce como un adorno su condición de hembra del minero. Es la mujer del hombre. Lo siente, y se enorgullece.

Pero baila en burdeles, y se requiebra, y se da como la arena floja en las mañanas de viento. De una chuspa de cogote de guanaco saca un par de "pepitas". Y de ahí son sus zapatos chillones, su moño multicolor, su pollera floreada, y la botella de licor para el amante, y el disco innoble que musicaliza la espera sin espera.

Y allá arriba, quemado de viento y soles implacables, el minero. Solo; porque hasta su sueño lo dejó, para irse de sus ojos, a lo largo de la cordillera. Buscando ¡Siempre buscando! Y, a veces, engañándose un poco a si mismo, piensa que está cerca de la veta. Precisa jugar con esta ilusión, para que descansen sus ojos. Porque siempre que piensa que "llegó", llora un poco.,Y esto le hace mucho bien.

El minero sabe que tiene un enemigo importante. Ese enemigo es otro minero. En esa lucha, enconada, tenaz, sin tregua, vence aquel que tiene mayor capacidad *de silencio y de soledad*.

"Nadie nombre su río ni su peña", es la consigna. El minero es locuaz sólo borracho. Pero a la más leve pregunta, clava sus ojos en la frente del otro, y lee hondamente, letra a letra, la intención del despojo. Entonces muestra su mano derecha, toda surcos y callos, y. alguna herida antigua. Y habla con su voz sacada en años de gruta y, socavón:

"Aquí, en mi mano, está el mapa de lo que busco y lo qué hallo. ¡Apréndelo!" Y se aferra a la garganta del otro, apretando, apretando. Sólo el puñal defiende esa garra. O los demás, que, solidarios con el agresor, castigan en silencio al que se atrevió a preguntar a un minero "dónde trabaja, en cuál río, en qué peña".

La nieve tiene forma de mujer. Hay noches bravas. Noches de luna llena, en que la cordillera desata sus fantasmas, viste sus duendes, y seca la garganta de los mineros.

Y el hombre tiene sed, y bebe nieve. Mira lejos, y siente que la nieve es seno, cintura y boca.

El minero fuerte, masca tabaco, piensa. Luego escupe, y se cubre la cabeza con su puyo de llama o de guanaco.

Hedor de animal macho lo conforta, y lo lleva a otros sueños que lo salvan, que lo recuperan. Vuelve a ser él.

El minero joven sucumbe al espejismo. Busca sediento a la mujer de nieve.

Algo vio, algo sintió; una palabra en el aire, una canción en la luna; una senda de flores entre piedras heladas. Y a la mañana, los cóndores revelando sobre los huaicos trazan las palabras del último salmo bárbaro, sobre el cadáver de un muchacho minero que no supo esperar, que no pudo resistir el fatal encantamiento de la luna en las cumbres.

“Montañita que me rindes.

¡Ríndete tú!

Mano fuerte y vida triste.

¡Minero soy!

¡Me duele el pan que gano!

Brilla la piedra y la llama,

mientras yo me apago ...”

En algún boliche, rincón entre las peñas con tablas de cardón, suele el minero romper su silencio con la copla de la "lactara", la baguala ritual de los buscadores.

Si tiene "caja", golpea el parche, pausadamente. O con los nudillos sobre la única mesa, donde converge el silencio de todos los angustiados por la piedra que brilla y se esconde. Pasa el viento, y se roba la canción. Y el minero la sigue cantando, para adentro. Y la copla se le desangra, como un sueño. El sueño es el amargo metal de los hombres que cavan en su propio corazón.

XXXIV

LOS BANDOLEROS

En las cordilleras andan los hombres. Unos mineros. Otros, cazadores de vicuñas. Otros, chinchilleros. Los Andes son el nivel de las chinchillas preciadas. Un ejemplar vivo de chinchilla blanquísimo, vale de 4.000 a 6.000 pesos. *Si es* hembra vale 8.000 pesos. Descubrir un nidal de chinchillas (que tienen cuevas con tres y hasta cinco bocas de salida, a cien metros una de otra) es tener un capital. Hay mineros que luego se convierten en chinchilleros. Pero esos no son "el minero". Es la aventura de "pechar" la montaña para salir de pobre. No es "el sueño". El minero deja de serlo cuando cambia su sueño por el oro. Atacama. Campo-Paciencia. Pasto Seco. Coranzulí. Laguna Brava. El Veladero. .. Nombres que el minero pronunció para su sola fuerza. Nombres "de adentro". Nombres de comarcas y regiones de minería, a veces organizada, con galpones y alambradas y "centinelas del cerro"; y a veces, alturas de los hombres solos, de los hurraños, de los desvelados buscadores.

Hay mineros que no recuerdan los nombres de sus hermanos; pero sí los sagrados nombres de estas diferentes soledades andinas.

Cuando hay tormentas de nieve, bravas, las empresas de minería no sufren. Los galpones, las barracas, tienen reserva de alimentos, bebidas, tabaco, munición. El solitario sufre. Sólo su alforja, o su costal, tienen víveres para diez días.

Después, y siempre, la coca, el ayuno, el frío en los huesos, el mirar la nada.

Hay bandoleros en la cordillera. Salteadores (chilenos, atamaqueños, bolivianos, argentinos. Algún gringo también).

El minero suele temerlos, pero los enfrenta. La carabina acorta los caminos. Hay mañanas en que el sol lame un chorro de sangre como una roja flor entre la nieve.

Alguna vez llegaron tres jinetes al boliche de "Mulas Muertas". Boliche, un rancho entre las piedras de un barranco, a cinco días de Vinchina, sobre el límite de La Rioja con Chile.

En la casa, el bolichero, su mujer. Y un minero, comiendo sopa con charqui de guanaco.

El revólver hizo más grande el silencio, señalando el pecho, Eran los bandoleros. Encuerados. Alta bota. Bufandas sobre el cuello y anchos sombreros. Tres sombras. Sólo los ojos brillaban más que las armas. Al bolichero le quitaron su dinero. El de la caja y el de las latas escondidas cerca del fogón, en la cocina.

Dos bandoleros revisaron al minero: un poco de tabaco, un puñal, una chuspita con seis pepitas de oro. Lo demás remiendo y piel heroica. El "jefe", pequeño y seguro, observa a distancia. Cuando, le alcanzaron las "pepitas", las hizo jugar sobre su mano de grueso guante. Entibió el oro, y dijo:

-Buscador, ¿no? ... Guárdalas y sigue buscando. Se acercó al minero y sobre la miserable tabla de la mesa puso el puñado de pepitas. Y dijo más:

-Tonto; como lo fue mi padre! Y un día lo devoraron los cóndores. ¡Pero antes lo habían devorado los bolicheros

Era el atardecer. Encerraron en la cocina al matrimonio. Los bandoleros y el minero se instalaron en el "almacén". (Botellas de vino y alcohol. Tarros de pólvora. Alguna medicina. Cueros, cueros, cueros, vicuña, guanaco, chinchillón, vizcacha, llama, oveja.)

Comieron charqui y bebieron algo.

El jefe se aflojó el cinto con balas. Se quitó el sombrero Y *se* le desparramó por los hombros la melena oscura- ¡Y lo cambió!

Era una mujer., Era una chilena que se cansó del hambre, después de ser carne de la aventura en la aldea. Y se fue con uno. Y después con otro. Y topó las alturas. Y se encontró un día con un hombre baleado a sus pies, y el revólver humeante que le quemaba la mano. Y después, el camino.

Y "el bravo": el límite. Y en la cintura su mejor adorno: un revólver con empuñadura de nácar.

Y como nunca le dijo su nombre a nadie, los otros bandoleros lo inventaron uno que les pareció bueno: Nácar...

¡Nácar! Este es el nombre. El único nombre. El minero también tiene que nombrarla así: Nácar.

Nombre que tiene raíz de ese sueño bárbaro que sueñan los mineros. Nombre mineral. Cuarzo sublimado por la luna, y el alga, y la sal. Yodo muerto, sobre un mar transformado en cordillera. Nácar, nombre que tiene lejanías "de adentro". Nácar ...

Ya tiene nombre la mujer de nieve. Ya no es el Muna- munanqui, "amor enamorado", hembra que el remolino viste, para gastar al hombre en soledad.

El minero no está solo. Tiene un amor en las cumbres. La nieve ya no devora su noche de ojos abiertos. La nieve tiene ojos, y boca tierna, y cabellos derramados como una selva llamadora de besos.

Y el minero piensa: esto es; y esto debe ser. Busco el oro, pero no quiero encontrarlo. Busco el Muna-munanqui con olor a piel de hembra enamorada, con esa callada fuerza, y ahí está. Es Nácar. Esto tiene que ser. Esto tiene destino y verdad.

Pero Nácar se va, llevando sus bandoleros en la noche, como un viento romántico y maldito. Sólo el rastro de cinco caballos queda en la senda nevada. Un rastro oscuro sobre el camino blanco. Un adiós bárbaro de galope y repechada, y abismo, y distancia infinita. Un rastro que alivia el pecho de los bolicheros y de los cobardes.

Para el minero, es un latigazo en el rostro. Una puñalada en la esquina más vital de su sueño.

Nácar galopa, cordillera adentro, con cuatro ponchos detrás, que la siguen como cuatro lobos. Ella no sabe de la luz ni la sombra que sembró en el minero. Sólo piensa, un minuto, en el hombre con un pequeño puñado de pepitas, y en sus ojos, serenos, sin miedo; serenos, como una esperada fatalidad. Ella no sabe que detrás de su galope, rastreando la oscura huella, la van siguiendo los ojos del hombre; ojos que no pueden gritar: ¡Ven! Por eso la siguen ,con una honda mudez desesperada.

Y el minero golpea la piedra deshecha, socavón adentro. Pero está ciego, porque los ojos se le fueron por el camino, detrás de un galope.

Allá abajo, en el pueblo, está la hembra, su hembra tan ajena como la ambición. Está calculando robarlo, para darle ,oro a otro; al subhombre que siempre ronda la vida de la mujer sin distancia interior.

Y el minero baja un día, para mirar esos ojos grandes y sin nobleza; para mirar esa boca que ofrece siempre una ternura alquilada.

Y como tiene asco, y como tiene un sueño limpio que lo salva, deja un poco de oro, como si escupiera bilis. Y sale a la calle. A la única calle de la aldea.

Y se mira las manos, y las ropas. Mira la piedra del veredón antiguo, las casas azules y rojizas, y siente que allí está muerto.

Y se va. Sin remordimiento, sin que le duela la copla que oye. Se va.

Ni siquiera piensa en Nácar. Sólo en él. Y entonces decide: "Debo nacer de nuevo; debo parirme a mí mismo, de una vez y para siempre."

Allá en el cuesta arriba, hay una cumbre nevada que lo espera, como una abuela, con los brazos abiertos, para guardarle el secreto del llanto.

Ha pasado un tiempo; es decir, ha pasado ese tiempo que se mide por afuera.

Hay un sol aquerenciado que prolonga su brillo en los barrancos. El aire entibia el lerdo caminar de los rebaños de nubes por el cielo. Es primavera. Alguna tarde los pastores se embriagan en el boliche del Alto.

Y los pastores preguntan por el hombre. Hace tiempo que no lo ven, y piensan que quizá vendió su sueño.

Pero no. El minero se ha limpiado los ojos en manantiales de agua de nieve. Y ahora sí, piensa en Nácar.

La buscará; caminará por todos los caminos, hasta encontrarla. Cuando se canse su cuerpo, se le saldrá del pecho el corazón, que no se cansa nunca, y la seguirá buscando.

Llega una tarde al boliche del Alto. Allí están los pastores, bebiendo alcohol azucarado. Brebaje bárbaro que les entibia la soledad. Miran hacia el camino. Hacia el cruce de los caminos.

Y cada cual tiene un cuento que dice de años, de viajes, de tormentas, de alegrías. De oro que llega y oro que se va, como los días, como los vientos, como la vida.

Y los pastores beben, y tal vez hay un canto. De esa cara barbada, de esa boca fuerte y apretada de tiempo, sale la copla, fresca, como el lloro del agua entre la roca. La copla salva al hombre, porque tiene, muy juntos, el dolor y *la* gracia.

Todo lo que sufre, canta. Y la gracia es un canto también, porque tiene raíz en la victoria del hombre sobre la pena.

XXXV

N Á C A R

El minero ha llegado al boliche del Alto. Ahí está, maduro y cabal, limpio, porque se limpió de los dolores que enmugrecen. Sólo dejó dentro suyo la pena que le camina por la sangre, ennobleciéndolo.

Antes de entrar, queda un instante entre el salón y el camino, entre la noche y el alba.

El trabajo y la soledad, y el sueño -su gran sueño-, lo han esculpido como un peñasco.

El saludo de los pastores, con ser cordial y rudo, parece débil cuando llega al oído del Minero. Porque el Minero está ahí con todo lo suyo, sintiendo que se ha parido a sí mismo, de una vez y para siempre.

Se adelanta, y casi no sabe decir el nombre del alcohol -que va a pedir. Y entonces hace una seña, indicando algo del estante. Siente como si la palabra le pesara, como si cada sílaba le quemara la lengua como una estrella caliente.

Saca de la gaveta de cuero pequeñas chuspas cargadas. -Oro. Oro de buena ley. El bolichero, aburrido de ver cosas y misterios, abre los ojos para que pueda asomarse a ellos todo el asombro que lo quiere ahogar.

¡Oro de buena ley, y en cantidad! Un pastor se atreve a preguntar.:

-¿Hallaste al fin la veta? Pero la mirada del minero se le clavó en la garganta, como una lanza.

Bebe. As!, de un trago, como se beben el amor y la muerte, cuando se es un Hombre.

El bolichero pesa el oro. Quiere reflejar interés en la tarea; quiere trasuntar un profundo aire de honestidad, de leal entendimiento. Pero sus dedos son gruesos, y uno se acuerda de la garra del cóndor; pero sus ojos tienen un idioma que quisiera gritar un plan de emborrachar, hacer la fiesta, salir al camino, pegar en la nuca un solo balazo, y luego acostarse a dormir sin rastro de pecado. La mirada está quieta; no sigue ni acompaña la tarea frente a la pequeña balanza, la mirada está dentro de su corazón inmundo.

Concluye el asunto. Los jarros con alcohol se animan a tintinear en manos de los pastores, como un desmayado -cencerro desprendido del fantasma de la sed.

-¿Lleva algo? -pregunta el bolichero. -Eso.

Y el minero señala un Winchester y un cinturón de cazador.

Hasta la mujer del bolichero asoma su cara en la puerta. El Minero ya tiene el arma con él. La mira, le calcula el peso, y se sirve luego otro trago de alcohol.

El Minero sabe leer intenciones. Por eso ha sabido descubrir la veta rica en la cordillera.

Pero ahora, eso no es lo importante. Estuvo, sufrió, abrió arañando la roca, rezó con salmo bárbaro cada mañana. Sólo él sabe para qué. Sólo él y algún cóndor.

Sacó oro; borró la veta, cubrió de piedra y arena su lugar, su camino, su rastro. Porque él sabe bien que su destino es buscar oro. Pero si una vez hallado colma deseos de afuera,

adorna la ambición, su sueño morirá. Y nada es más grande que su sueño. Sobre todo ahora, que a su sueño le ha salido una luz: Nácar.

Por eso llega. Y cambia. Y espera la noche, para que el viento le borre la huella.

Y por eso parte en la noche, bajo la luna grande y primera de un tiempo de tibiezas. Y marcha por un camino que nunca anduvo, pero que conoce. Porque una vez los ojos se le fueron por él, siguiendo a Nácar.

Allá está el "Bravo", el límite. Bravo lo bautizaron los bandoleros y los contrabandistas. Los que pasaron, y los que cayeron con una bala en los riñones. Porque ahí está el resguardo aduanero, incrustado en el paso cordillerano. Hay seis hombres, capaces de poner seis balas en el mismo blanco.

Claro es que hay pasos ocultos. Rincones para filtrarse. Pero es ilusión creer que son pocos los que los conocen.

El Minero llega una mañana al "Bravo". Pero no tiene pecados. No huye. Va. No teme. Adelanta. Lleva silencio mordido en larga senda, en años cerrados por la nieve y el sueño. Dentro suyo, algo que se parece a una copla le dice cosas tibias al corazón.

Atrás quedan caminos con pastores de ruda voz y mano amiga; queda el boliche; y en el valle, la sombra apenas de una vergüenza disfrazada de amor y de paz. Allá, adelante, luego de la cuesta abajo, un solo nombre, prisma de su fuerza: Nácar.

Nácar ya no corre caminos de tragedia. No la siguen bandoleros que la aman y la temen. Los galopes se durmieron en un pueblo del norte chileno. "Aquello" pasó. Ahora tiene Nácar una pequeña venta, y hasta aprendió a sonreír un poco con las gentes. A veces, cuando oye cosas ingenuas y sencillas, compara esas escenas con los peligros corridos en los caminos crueles. Está sola. Es que siempre estuvo sola. Su corazón estuvo amurallado tanto tiempo, que fue un ritmo sin música, un eco sin voz, un lago dormido sobre las cordilleras, donde nunca ha caído un guijarro, ni una pluma de cóndor que inquietara sus aguas.

Vio el amor en los otros. Un amor sin amor. Una fuerza de instinto sin nido ni candidez. Un voltear chinas, sembrando vientres tímidos, entre la noche y el llanto. Maridos que suspiraban mirando caderas sin pudor, adivinando formas, maldiciendo besos, y entregando a sus mujeres sólo la baba destilada en deseos crecidos para otras.

Nácar, la bandolera, la que una vez mató a un hombre, la que se fue con uno, y luego con otro, la que galopó entre balas y polvaredas, mantiene la castidad de un alma que se hizo aguerrida para no entregar su timidez, ni en la mirada, ni ante la flor, ni por el hombre o la luna, o la mañana abierta.

Es que sentía un horrible miedo de no vivir el verdadero amor. No lo busca, ni lo buscó nunca. El amor era en ella un latido porque sí, como los nervios de su caballo, estallando en voluntad de ganar toda distancia. Un mundo dormido. Y ahora está allí, en la paz de una aldea de hombres buenos y un poco rudos. Mira las calles con niños, la vecina que convida las viandas lugareñas, el hombre del salitre, y allá lejos, el mar.

Cada tarde se cumple sobre su vida con el mismo color sobre los cielos. El mismo viejo pasa a paso lento, vuelta de su casa, saludando con mirada de abuelo. El mismo ruido de las puertas al cerrarse. El hacha en algún patio, partiendo leña. Y el humo sobre los techos. Y allá lejos, el sol besando el mar.

Hay un hombre que busca los favores de Nácar: el farmacéutico del pueblo. Un hombre simple, con la necesaria vileza de los ciudadanos apacibles y prestigiosos. Miente en la farmacia, miente en la política, y se miente a sí mismo. Su voz nuclea a jóvenes ambiciosos, aunque algún sueño también los alienta. Su voz analiza, sentencia, profetiza. Es dirigente de fiestas artísticas, de festivales pro moral del pueblo. No cree en Dios, pero almuerza con el cura. No cree en el amor, pero se acuesta con su mujer y la llena de hijos. Va a la venta de Nácar; tejidos regionales, andinos, pieles de guanaco y de llama, baratijas diversas, ponchos, casacas de cuero, chalecos de vicuña.

En todo pequeño negocio de estas regiones, en la trastienda, siempre hay una mesa con una botella de buen vino comarcano, para el rato de plática.

Y el boticario despacha sus teorías y ostenta su "prestigio" en la trastienda. Nácar lo oye, lo atiende, lo conoce "de memoria", y lo utiliza para que no avance su contribución por el impuesto a las pieles y otros productos.

El boticario lo sabe, pero también cree que es hombre gustado por la mujer. No puede dejar de creerlo, porque esto le hace bien. Lo entona.

Alguna vez, en un paseo al campo, los hombres probaban su puntería. Como en broma, le ofrecieron un revólver a Nácar. Ella vaciló un instante, y observó dos o tres armas, eligiendo la que le resultó mejor para ella.

Y asombró a los circunstantes esa tarde. Cuando le preguntaron dónde habla aprendido a tirar tan bien, dijo con sencilla voz:

-En el fundo de mi padre, allá en el Sur ... Y todos le creyeron. Y también les empezó a hacer un prudente respeto hacia esa moza morena y delgada, de hermosos ojos criollos, de gesto un tanto lejano y dramático, que su mirada tornaba casi nostálgico.

XXXVI

EL ENCUENTRO

Y como tenía que ser, fue. Nácar, día a día, en el trato con ese desconocido, tan extraño y que parecía conocerla, fue descubriendo el nidal de la ternura.

Los ojos del Minero no eran más bellos que los de los demás. Pero había algo que los otros ojos, al mirarla, no expresaban. Ternura. Misteriosa y antigua ternura. Timidez que no amenguaba un cierto sentido de seguridad, de firmeza. Era el amor tímido, firme, lleno de miedo y de glorias escondidas. El suspiro largamente contenido. El sueño soñado en la alta cordillera, en soledad. Una soledad que mordía las manos, estrujaba los ponchos. Una soledad pintora de esperanzas y de tragedias en un telón de nieve y de ventisca.

La mirada del hombre registra los caminos andados. La distancia tiene una luz para los ojos del caminador, que no se puede inventar, ni disimular. Es un cuenta-leguas cuyo mecanismo se origina en las reconditeces del espíritu.

Así era la mirada del Minero. Así sentía Nácar esa mirada. Y como tenía que ser, fue.

Resolvieron irse. Irse lejos, a Tacna, al Perú. O hacia Lipes, hacia San José, en tierra boliviana. A comenzar, a recomenzar la vida.

Una mañana fría los halló frente a una calle ancha, donde pasaban los vehículos hacia el norte, más allá de Calama.

El Minero caminaba como un centinela, para entrar en calor. En un bordo, en una barranca de la esquina lejana, parábase, y sin querer, sin poder impedirlo, se quedaba mirando hacia las cordilleras, cuyos picachos se embellecían con el primer sol de otoño.

Nácar miraba al Minero, a la distancia. Y creyó comprender. Y así lo dijo luego: -¡Qué difícil es dejar aquello que formó nuestra pasta! -Ahá ...

El carruaje no venía. Demoraba demasiado. Demoraba lo bastante como para pensar que quizá anda por ahí el Destino manejando las cosas para la pena o la dicha del hombre.

Y como tenía que ser, fue. Quedó la esquina alta de la aldea, sola. El sol, cuando llegó ahuyentando el frío de la calle, no halló el rebozo de Nácar, ni el poncho del minero.

Pasaron los ómnibus hacia el Norte, pero sólo transportaban hombres y mujeres con destinos pequeños, con destinos lógicos, con sueños sencillos y pobres, bondadosos, sin otros combates que los de todos los días.

Allá lejos, el mar. Y las arboledas. Álamos y tamarindos. Casuarinas. Allá arriba, las pampas de salitre, con casuchas de chapa y madera. Con oficinas, y tierras alambradas. Con nombres extranjeros, que suenan con un sonido ajeno a todos los paisajes.

Y luego, caminos. Caminos que se bifurcan, que se estrechan entre los primeros riscos, donde comienza el corcovo del Ande.

Caminos sin domar, que parecen indicar la senda de los cielos, pero que están, jalonados de muerte, de soledad, de olvido y desamparo.

Caminos donde sucumben la voluntad y la temeridad. Caminos que no ayudan al que quiere andarlos porque sí nomás.

Por esos caminos marchan los dos. Nácar y el minero. El hombre se ha parido a sí mismo. Cabalmente. Se ha enfrentado con su conciencia, y sabe mirar la sombra de su dicha y su tragedia.

La mujer está ahora segura. Segura de su hombre. Segura del amor, principio y fin del ser. Y marcha cuesta arriba, sin frío, ni fatiga, ni miedos.

Envueltos en su sueño infinito, allá van, camino hacia arriba, Nácar y el Minero. Hacia las cordilleras ...

XXXVII

LA CERRAZÓN

Don Cosme vivía allá, entre el Cerro de los Guanacos y la Laguna del Tesoro. Tiene su rancho paredes de piedra y techo repajado, que se levanta sólo a un metro y medio del suelo. Para penetrar en la choza de don Cosme hay que agacharse y para vivir en ella hay que ser un héroe como el dueño de casa.

Tiene mujer y varios changos. Éstos andan por ahí, travesiando en el pequeño corral de pirkas. Visten ropas viejas del Tata, y cualquier blusa o pantalón tiene más flecos que un poncho.

La Laguna del Tesoro está sobre los tres mil metros al nivel del mar, al noroeste tucumano. Dicen por ahí que en aquellos tiempos del Inca prisionero, cuando el rescate exigido por Pizarro, pasaron muchas recuas de llamas cargadas de plata y oro, desde el Famatina y El Leoncito, y que al tenerse noticia de la muerte del monarca indio las cargas fueron arrojadas al fondo de esa laguna andina. Desde entonces la llaman Laguna del Tesoro.

Cuanto muchacho andariego, estudiante o aventurero ha llegado a esas alturas, soñó siempre con encontrar el tesoro de los indios. Botes y canoas se fabricaron. Rastreos en toda la zona. Zambullidas entre los esteros. Pero nunca sacaron más que un catarro.

A don Cosme siempre le tocó officiar de baquiano. Como su rancho está en la comarca y lo demás es pura soledad, infinita soledad, todos los que trajinan esas sendas lo "contratan" de guía.

Mineros, arqueólogos, turistas, cazadores de vicuñas, caminantes del mundo, llegan al rancho de don Cosme, pernoctan allí y al día siguiente salen a sus trabajos y aventuras.

Don Cosme sabe que han de volverse cansados, rotos, apunados y sin más que alguna que otra fotografía, pero los acompaña.

A veces, sonriendo, mientras comenta estas cosas, dice: "Me gusta que se alleguen por aquí, porque así me costian la diversión ..."

Además, don Cosme aprovecha esas visitas porque tienen ocasión de comer mejor él y su familia. Allá la vianda es charquisillo de oveja, anco rescoldeado, mote de maíz y nada más. El pan es lujo de los abajeños. Allá no llega sino cuando los turistas lo llevan.

Generalmente, los viajeros aprovechan el feriado de Semana Santa para esas excursiones. Consiguen mulas en una estancia de El Clavillo, o son amigos de los mozos estancieros. Tienen dos días de viaje hasta la "casa" de don Cosme.

En el Cerro de las Vicuñas y la Cumbre de los Cazadores hay una serie de sendas antiguas que se entremezclan y parten en distintas direcciones. El que no es baquiano se pierde fácilmente, y no es raro que buscando salida hacia Tafí del Valle vaya a parar a Chile. Y don Cosme se divierte a sus anchas, dejando a los improvisados gauchos marchar adelante. El hombre hace como que arregla el apero y les da unos quinientos metros de ventaja. Y desde el cruce de las sendas les grita a los equivocados: "¡Eh, amigos! Saludos a los chilenos." Y se ríe feliz, seguro de su ciencia cordillerana, mientras los mozos retornan disimulando su bochorno con una sonrisita. En las cumbres el aire es puro, limpio. Es hermoso contemplar hacia los valles de abajo la cortina de lluvia que abarca kilómetros, mientras desde su puesto de observación el sol cae en pleno sobre el viajero. Las nubes forman un mar allá, mil metros abajo, mientras en la soledad las sendas apenas se marcan sobre una tierra gris y amarillenta, a veces salpicada con manchones de nieve en algunas hondonadas. Y al frente, siempre espejeantes, los picachos inaccesibles, como una catedral de hielo a la que sólo los cóndores ven de cerca.

No se crea que esas visitas entrañas llegan a menudo. Cada año aparece un par de jinetes, y a veces pasan tres y cuatro años sin que don Cosme hable con nadie más que su mujer, en esos diálogos andinos de veinte palabras diarias.

Hay épocas, cerca de diciembre, en que el "cerro amanece enojado". Y entonces, antes del mediodía, una niebla densa se prende de las cumbres, durante una semana, y a veces más.

Cuando tal cosa ocurre, las ovejillas no bajan al vallecito de buen pasto. Quedan por ahí, cerca del corral. Un paso mal dado puede despeñarlas, y siempre, cuando escampa y sale el sol, don Cosme ya sabe que ha llegado el instante de cueriar, porque es seguro que algún cordero yace destrozado en el fondo del abismo.

"Es mala la sangre sobre la tierra", dicen los andinos. Ellos acostumbran, cuando matan una oveja o un ternero, a practicar un hoyo profundo, en cuyo borde colocan el cogote de la bestia antes de la puñalada. La sangre no ensucia los pastos, respeta la tierra. La sangre cae dentro del hoyo, el que luego se cubre con tierra para que Pachamama no se ofenda.

Un día llegaron a la choza de Cosme dos viajeros. Andaban en tratos para adquirir una zona de la cordillera; y hacer cateos en una mina. Don Cosme los llevó hacia esos rumbos. Marchando en fila india, ganaban poco a poco las alturas. Los viajeros.. hombres de la ciudad y la banca, comenzaron a hablar de negocios, operaciones bursátiles y beneficios y dineros.

Durante horas, a lo largo del trayecto, don Cosme no sentía otra cosa que la palabra oro, pesos, miles, cientos, alhajas, etc. Parecían los dueños del mundo estos señores. Allí, con ese hombrecillo por delante, puro poncho y silencio, pura pobreza eterna, seguían confesándose su habilidad para los altos negocios, para las felices transacciones, para el dichoso enredo.

Don Cosme los escuchaba. Primero, asombrado. Hablaban de un mundo maravilloso, de un lujo que él nunca había visto ni vería. Hablaban de casas cómodas, de aviones, de París, de Chicago, de Londres, de Buenos Aires. Por ahí alguno interrumpía la charla para preguntarle: "¿Falta mucho?" Don Cosme respondía al rato: "Regular, señor ..."

Cerca del mediodía el sol comenzó a entristecerse, y en menos de una hora la niebla inició su gran emponchado de, montañas y valles.

Don Cosme, conocedor, dispuso desviarse de la senda y ganar unas galerías naturales entre las peñolerías cumbreñas. Entraron a las cuevas con bestias y arreos. Desensillaron. Don Cosme les dijo: "Gánense pal fondo y saquen nomás los ponchos y abrigos, porque vamos a hacer noche aquí." Y se fue buscando leña de tola, la única del lugar.

Los viajeros prepararon sus abrigos, sus catres de campaña. Pensaban que al día siguiente podrían seguir viaje. Pero no era así. La niebla es terrible, y don Cosme, ya de madrugada, les avisó: "Esta cerrazón está muy dura y va a durar varios días."

La desesperación de los viajeros, cuando a los tres días continuaban prisioneros de la montaña, esclavos de la cerrazón, no tenía límites. Protestaban del viaje y del destino. Insultaban a la montaña, a la niebla, a las mulas "demasiado lerdas", y hasta ofendieron a don Cosme diciendo que él tenía que saber cuándo se producía ese fenómeno.

Don Cosme callaba. Iba juntando rabia, despacito. Hasta para enojarse tenía el mismo ritmo preciso y pausado del Ande.

Al amanecer del cuarto día, don Cosme salió a "mirar la cumbre". No se veía a veinte metros. Todo era un misterio infinito.

Entonces uno de los viajeros le habló: -Oiga, viejo. Sáquenos de aquí hoy mismo, de vuelta al valle, y le haré un regalo.

-¿Regalo? - - - -Si.

Y le mostró la billetera repleta al kolla.

-Vea, señor. Con plata o sin plata, yo no puedo sacarlo de aquí. Hay que esperar que limpie esta cerrazón. La cerrazón es la dueña del cerro ...

Y achicando los ojos como con picardía, le propuso al viajero:

-¿Y por qué no le ofrece platita a la cerrazón? ...

XXXVIII

EL ÚLTIMO DECRETO

El zorro ha sido uno de los personajes más famosos en los cuentos y tradiciones folklóricas de nuestro continente. Con ligeras variantes, los cuentos del zorro andan por ahí, en todas las veladas provincianas, en los fogones de los arrieros, en la noche de los mineros, en los minutos de "resuello" de los hacheros de la selva y las tardecitas de los peones indios.

Hace un tiempo conocimos otro cuento del célebre Don Juan de los campos. Nos lo narró Narciso Katay en la vieja finca de Ocloya, al nordeste de la provincia de Jujuy ...

Saliendo de Yala hacia el oriente, se escalonan unas serranías boscosas, con valles de muy buen pasto. Se pasa el Cerro Huacanko, que quiere decir "hacer llorar", y en verdad es terrible su travesía por lo peligrosa, llena de nieblas desatadas y sendas angostísimas, apenas abiertas para el paso de la mula, entre una muralla musgosa a un costado y abismos sin ecos. Los baquianos recomiendan en cierto paso quitar el apero al animal, porque el solo choque del estribo contra el cerro puede hacer perder pie a la bestia, y la desbarrancada se produciría irremediablemente.

Por esas lejuras peligrosas andábamos un día, hacia una vieja estancia perdida en los montes orientales de Jujuy, donde hace trescientos años reinaban los indios Okloyas, bravíos rivales de Juríes y Homohuacas. Se había de realizar en esos campos una "corpachada", es decir, un rito indio, un bautizo de corral de piedra en el que la mujer más vieja, de la comarca personificarla a Pachamama, la Madre de los Cerros. De esta ceremonia extraña, indo-criolla, hablaremos alguna vez.

Allí conocimos a toda la peonada, compuesta por gauchos, criollos, mestizos, kollas y algún viejo, de esos que andan como sombras tenaces en estos tiempos. Y allí gustamos la amistad de Narciso Katay, buen pialador y narrador de sucedidos y fantasías comarcanas. Por él supimos que habla peones que ganaban doce pesos mensuales, había enlazadores que trabajaban el primer mes gratis, para poder pagar el lazo con que se les proveía para su labor en los campos. Por él supimos que aquel peón que no presenciaba la misa en la capilla de la estancia, todos los domingos, era rápidamente despedido, y otras lindezas. No precisamos decir que no conocimos el confort de la estancia, a la que fuimos invitados cuando se supo nuestra presencia en el lugar, sino que estuvimos hospedados en el rancho de Katay, pequeñito y frío, pero que nos dio en las cuarenta y ocho horas "que nos dejaron

permanecer" una fuerte y hermosa sensación de solidaridad con todos aquellos que ostentaban las manos callosas y la mirada llena de bondad y esperanza. La última noche, Katay hizo el gasto de la conversación. Nos habló de la mitología andina como de sucesos ocurridos a la puerta de su casa. Nos contó el origen de las tormentas, que era la lucha entre los vientos, el huayra macho contra el huayra hembra. Y entre otras cosas, nos contó varios cuentos de los que el zorro ocupa el rol preferente. Este es uno de sus cuentos:

Una mañana recién amanecida, estaba el compadre gallo sobre la horqueta de un árbol, como avizorando la línea del oriente, donde pronto asomaría el sol, cuando desde los matorrales vecinos llegó el compadre zorro, con paso menudo y silencioso, achicando los ojos con picardía. El compadre gallo lo vio, pero la altura en que estaba le dio confianza y siguió nomás mirando la mañanita.

El zorro se acercó al pie del árbol y habló al gallo:

-Buen día, compadre gallo. ¿Tomando aire?

-*Así es*, compadre zorro.

-¿Por qué no se baja de ahí, compadre gallo? De aquí abajo se respira mejor.. .

-No ha'i de ser, compadre. Gracias. Aquí estoy bien.

Y siguió nomás, el gallo, fuertemente prendido a la rama alta del árbol. El zorro miró hacia todos lados, y acercándose más al tronco del árbol, dijo en tono confidencial:

-Lo que pasa, compadre, es que usted me tiene miedo. Y me tiene miedo, porque usted no está enterado del último decreto del gobierno ...

-¿Cuál decreto? -preguntó el gallo, picado por la curiosidad.

-Le contaré, compadre gallo. Resulta que el gobierno acaba de lanzar un decreto por el que declara la amnistía general entre todos los animales y bichos de la provincia. Este decreto ha causado la dicha en el mundo. Y ya está puesto en práctica. Hace un rato he visto una víbora jugando a la taba con una liebre, y un tigre hacía de canchero, mientras una oveja le cebaba mate ...

El gallo dudó un momento, pero algo había en la mirada del zorro que le inspiraba desconfianza, y se agarró más fuertemente de la rama.

-¿Cuándo salió ese decreto, compadre zorro?

-Anoche, a última hora, compadre. Pero como usted se acuesta temprano ...

En eso andaban, dudando el gallo y afilando su apetito el zorro, cuando aparecieron los perros de la chacra, y olfateando lo ubicaron, El zorro apenas tuvo tiempo de dar un par de saltos para poner distancia, y salió a la disparada, "como alma que se la lleva el diablo. .."

Los perros, cinco o seis, se atropellaban para lograr alcanzar al pícaro zorro, y éste corría, o mejor, volaba, sobre los rastros del potrero, en dirección a los montes. Y mientras disparaba perseguido por la perrada enfurecida, el zorro oyó que, desde lejos, pero con toda claridad, el gallo le gritaba:

-¡Pele el decreto ... compadre ... ! ¡Pele el decreto ... !

XXXIX

¡SIEMPRE!

Viento de mi tierra. Viento legendario. Cántaro cósmico. Nido del canto, del dolor trasmutado, de la voz desvelada de los hombres que caminaron la Patria con una guitarra y una copla -brújula y hechizo.

Yo era muy niño cuando los paisanos me revelaron tu leyenda, tu destino, tu mensaje infinito.

Era un tiempo de gramillas y galopes. Un tiempo de purezas, romántico y heroico.

Y cuando pude andar, salí al camino. A juntar hilachitas de cantares, el ¡ay! de una Vidala, la punta de un Estilo, el ¡aura! de una Zamba. Con el solo linaje de mi sangre mestiza. Un oscuro linaje de Loreto y Guipúzcoa.

Y una guitarra que me acercó la vida. Una guitarra tan indócil para mis manos, como generosa para mi corazón.

Y hasta aquí he llegado, Viento amigo.

Gasté mi voz en los caminos. Quemé mis años en la lucha Siempre fiel a tu leyenda y a tu destino. ¡Siempre!

VOCABULARIO

A

ABRA. Espacio abierto entre cerros, o en el monte.

ACUYICO. Bolo de hojas de coca.

ALGARROBA. Vaina que constituye el fruto del algarrobo.

ALGARROBO. Arbol típico del Norte argentino, muy preciado por su madera y su fruto. Es llamado, por antonomasia "el árbol".

ALMA (*del tejido*). Trama del tejido.

ALOJA. Bebida fermentada que se obtiene del fruto del algarrobo..

AMAICHA. Pueblo del valle tucumano. Comunidad indígena.

ANCO. Variedad de zapallo, de tamaño grande y cáscara dura.

ANTA. Tapir americano. Habita en montes del Norte argentino. Nombre de un departamento de la provincia de Salta.

B

BAGUAL. Animal arisco. Caballo indómito o aún no domado totalmente-

BAGUALA. Canto montañés, solitario. Habitualmente se acompaña con "CAJA".

C

CACUY. Ave del Norte argentino, cuyo grito, que semeja un llanto, se considera **de** mal agüero.

CAJONEAR. Producir un ritmo golpeando sobre una mesa, un mostrador, etc.

CARONA. Prenda del apero criollo. Habitualmente pieza grande de suela o cuero, que se coloca entre la jerga o "lomillo" y los bastos.

CARUNCHO. Cigarro liado primitivamente.

CIMBAS O SIMBAS. Del quechua- trenzas del peinado femenino.

COMECHINGONES Tribu indígena del Norte de Córdoba, ya extinguida.

CORPACHADA. Ceremonia bautismal indígena, en la cual se marca hacienda.

COYUNDAS. Pequeños lazos para ataduras. // Correas de arreo.

CRUCERA. Víbora de la cruz.

CUADRERA. Carrera de caballos, en el campo.

-CH

CHALÁN. Arreglador o adiestrador de caballos.

CHALARES. Rastrojos. Lugares donde se encuentran las hojas secas o chalas del maíz. -

CHANCACA. Dulce provinciano. Alfajor primitivo.

CHANGO. Muchacho.

CHAÑAR. Árbol del Norte argentino.

CHANI. Cordillera de los Andes jujeños, en el Norte argentino.

CHAZNA. Mula de arreo o carga.

CHINCHILLERO. Cazador de chinchillas andinas, roedores de **piel** muy preciada. El que caza o cría este animal.

CHINCHILLÓN. Tipo ordinario de chinchilla.

CHIRLERA. Cuerda, pequeña huasca o tira de cuero que cruza uno de los parches de la "caja" o tambor indio, y que vibra al ser golpeado el instrumento a causa de tal golpe o chirlo.

CHUCARO. Arisco.

CHUNCAS. Designación quechua de los tobillos.

CHURQUI. Árbol del Norte, semejante al aramo o espinillo.

CHUSPA. Pequeño bolso tejido, habitualmente para guardar hojas de coca o tabaco.

CHUZAS (PESTAÑAS). Pestañas rígidas, derechas.

D

DAGÜELTAR. Dar vueltas

DORADILLA. Hierba medicinal, yuyo muy común en las sierras de Córdoba.

E

ERKE. Corneta andina. Instrumento indígena de viento" muy antiguo. **Es un aerófono de larga caña, con embocadura y gran bocina o pabellón.**

ERQUENCHO. Pequeño cuerno musical de pastores indios.

ESTRIBOS CASPI. Estribos de madera.

-G

GUACHO O GUASCHO. Del quechua "huaschu": huérfano.

GUALICHO Hierbas u otras sustancias de la mágica india, para hacer daño a una persona u obtener sobre ella influencia o dominio.

GURISA. Muchacha.

H

HUACAS. Tinajas para enterratorios indios.

HUAHUA. Criatura.

HUAMPAS. Astas o cuernos de vacuno.

HUATO. Honda de David. Piel o cuero de la honda indígena.

HUAYRA. Viento.

HUYRA. Individuo descendiente de raza blanca.

I

IMILIA. Pastora joven. Jovencita india.

INTI-HUASI. Casa del sol.

IROS. Pasto puna, seco y filamentoso.

i

JUAN CHIVIRO. Pájaro **del** Norte argentino, semejante al chingolo.

JUME Arbusto rico en potasa, característico de la zona desértico de Santiago del Estero, en el Norte argentino. Se encuentra también en otras zonas del **país.**

JUMIAL. Lugar donde abunda el jume. -

K

KEÑUA. Arbusto de las alturas andinas, en el Norte argentino y en **la zona de** la Puna.

L

LEGÜERO. Que se oye desde lejos, simbólicamente, desde leguas. Dícese en especial del bombo.

LEÑA' I TORO (LEÑA DE TORO). Estiércol seco de vacuno, que se usa para encender fuego.

LL

LLACTARA. Baguala ritual propiciatoria, de los mineros.

LLACTA-SUMAJ. Del quechua: lugar lindo.

M

MARUCHO. Peoncito de arreo, muchacho que cuida el ganado en el transporte de hacienda.

MECAPAQUEÑA. Danza folklórico boliviana. Música correspondiente.

MINGAO. Cooperación gentil entre campesinos, para determinados trabajos.

MISACHICO. Procesión religiosa vecinal, acompañada por música de **instrumentos típicos**.

MISMIR. Abrir la lana con ambas manos, preparándola para ser hilada.

MUNA-MUNANQUI. Sentimiento amoroso.

MUSHUA. Del quechua: gato.

P

PASHUCO. Dícese del caballo marchador.

PENCA. Variedad de cactus.

PICHI. Variedad de pequeño armadillo.

PIQUILLIN. Arbusto de cuyo fruto rojo se hace arrope y se extrae aguardiente.

PIRCADO. Muro de piedras superpuestas, sin cemento.

PUISCA. Rueda indígena.

PROPIOS. Se dice de la gente de servicio.

Q

QUISCALORO. Variedad de cactácea.

QUIRUSILLAL. Lugar donde abunda la quirusilla, especie de hinojo silvestre del Norte argentino.

R

RASQUINCHO. Hombre enojadizo, fácilmente irritable.

REFALADERO. Ventisquero.

REINA MORA. Pájaro del Norte argentino, de notable canto.

RIATAS. Cuerdas para asegurar una carga.

S

SACHA-Músicos, Músicos populares.

SACHA-UNTO. Grasa animal del monte, utilizada como remedio indio.

SALAMANCA. Gruta o cueva montañesa del diablo, según la Mitología andina, o lugar de la selva donde se efectúan igualmente conjuros y ritos.

SARANDIZAL. Lugar donde abunda el sarandí, arbusto rioplatense propio de las costas de los ríos y lugares húmedos.

SHALACO. Habitante de Santiago del Estero en el Norte argentino, de la zona próxima a las salinas, en la región del río Salado.

T

TAMBERÍA. Cementerio indígena.

TiNQUIAR. Golpear con el dedo.

TIPIAR. Aventar la tierra **del** cereal o de la fruta.

TOLA. Arbusto resinoso **del** Altiplano andino, único que se encuentra en las grandes alturas.

TOLAR. Lugar donde abunda la tola.

TRINCHERA. Serie de palos que protegen la galería de un almacén- Guardapatio.

TRUNCA (CHACARERA). Chacarera sincopada de Santiago del Estero. Danza y música muy características de esta provincia argentina

U

UCLE. Flor del cardón.

USHUTAS. Calzado indio. Sandalias.

V

VINCULADO. Fundo adquirido por mayorazgo, en estado de división.

ViRQUE. Gran tinajón para guardar bebida.

Y

YARAYI. Antigua melodía quechua, de la región andina.

YERBiAO. Infusión de yerba-mate. Mate cocido.

YESQUERO. Utensilio primitivo para encender fuego.

YUCHAN. Designación, en lengua indígena tonocoté, del árbol comúnmente llamado "palo borracho".

YUNGUEÑO-A. De los valles Yungas, en el oriente boliviano.

YURO. Vaso de arcilla.